

# LAURA BARCALI



*Despiértame cuando  
llegue septiembre*

*Despiértame cuando llegue*  
*septiembre*  
**-Laura Barcali-**

# ADVERTENCIA

Este libro contiene algunas escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios.

©2018, Despiértame cuando llegue septiembre

©2018, Laura Bartolomé Carpena

[doriannelor@gmail.com](mailto:doriannelor@gmail.com)

<https://www.facebook.com/LauraBarcali/>

<https://www.tumblr.com/blog/laurabarcali>

Autopublicación sin ánimo de lucro. No se han cedido derechos a editoriales ni a terceros.

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución 3.0 España.

## Capítulo 1

Aquella mañana de finales de agosto, la humedad de Londres fue especialmente pegajosa, aunque las temperaturas no fueran excesivas.

Alan se resguardó del sol bajo un frondoso árbol y miró el móvil: 27°, una media más alta de lo habitual, por lo que se arremangó el fino jersey oscuro, hasta los codos.

Encendió la cámara del teléfono e hizo diversas fotos a la pagoda china, ubicada en el Real Jardín Botánico de Kew, el cual estaba visitando por vez primera, al igual que el Reino Unido en sí.

Le gustaba dar una vuelta por los jardines de las ciudades que visitaba, pues le recordaban al de su ciudad natal, a los cuales no iba hacía ya varios años. Obviamente no se podían comparar ambos. Los de Londres eran espectaculares y Patrimonio de la Humanidad.

Al vivir habitualmente en Nueva York, paseaba por Central Park con su perro Cooper, que también tenía lo suyo, pero en otro sentido.

Se apartó del rostro el abundante cabello negro, pasándolo por detrás de su oreja derecha, mientras continuó haciendo fotos al entorno.

Se fijó entonces en una chica que estaba prácticamente tirada por el suelo, haciendo fotos con una cámara que pareció profesional.

Le hizo tanta gracia que se acercó a observar mejor las absurdas expresiones que ponía. Los demás visitantes la miraron sorprendidos.

Ella detuvo el objetivo en su dirección y luego bajó la cámara, irguiendo la espalda. Le tendió la mano con una amplia sonrisa y Alan la ayudó a levantarse.

—¿Qué tal sales? —le preguntó ella, enseñándole su retrato.

Él miró la pantalla digital y sonrió de forma natural, aunque levemente.

—Mal, como siempre —respondió.

—Discrepo. Hago excelentes fotos —sonrió.

—Lo digo por mí, no por la fotógrafa.

La joven era delgada y esbelta, de cabello castaño oscuro, algo ondulado, que le llegaba por los hombros. Sus vivaces ojos oscilaban entre el color avellana y el verde.

—¿Eres americano?

—Sí. ¿Notas mucho el acento? —preguntó.

—Lo bastante.

—Tendré entonces que trabajar en ello... —musitó para sí, como ensimismado.

—Si quieres la borro. Estaba probando la nueva cámara de mi padre; es fotógrafo profesional.

—No tiene importancia.

—¿Estás aquí de vacaciones?

—Por trabajo, en realidad. Pero quise visitar los jardines. Europa es otro rollo.

—¡Denise! —una joven alta y delgada la llamó desde lejos. Alan adivinó de inmediato el obvio parentesco entre ambas.

—¡Kerry-Ann! —La saludó con la mano.

—Bueno, ha sido un placer, Denise —dijo él, intentando no molestar más a la chica.

—¡Oye! No sé cómo te llamas. Si vas a salir en mi exposición fotográfica tendré que poner al menos el nombre del modelo.

—Alan Davies.

Kerry-Ann llegó a su altura y los miró.

Alan hizo un gesto con la cabeza y las dejó a solas.

—¿Quién era ese? —preguntó la hermana de Denise.

—¡Alan! Un americano —dijo enseñándole la foto.

—Tiene un rostro muy raro. Y el caso es que me suena un montón...

—Ya, como tú estás rodeada de modelos guapísimos todo el día... —se burló.

—Uf, qué pereza me dan —bufó—. ¿Ya tienes suficientes fotos para la expo? Hoy hace calor. Papá y mamá nos han invitado a comer en casa, por cierto.

—Bien, descargaré allí las fotos y le devolveré la cámara a papá. Quiero que me dé su opinión.

—Denise, solo es una expo en un bar.

—¡Oh, cállate! Tener hermanas para esto —se quejó.

Mientras ambas chicas se marcharon, Alan las miró con una sonrisa en los carnosos labios.

El móvil le sonó; se trató de su agente.

—Dime, Nick.

—¿Dónde estás? He ido a buscarte a la habitación.

—Visitando Londres, como cualquier turista.

—Deberías estar preparando tu prueba para el papel.

—Lo he hecho a las siete de la mañana, mientras dormías. ¿Es que no confías en mí?

—¡Claro! Solo estoy nervioso.

—Estamos en el Reino Unido, no en Hollywood. Relájate un poco —intentó calmarlo.

—Pero uno de los productores es de los nuestros, no lo olvides.

—Tampoco es el papel protagonista.

Alan caminó hacia la salida, molesto por no poder acabar de visitar lo que

le quedó por ver de los jardines. Pero aquella interrupción por parte de Nick le quitó la paz.

Tras un rato más de conversación, el moreno fue a comer cerca de Picadilly Circus. Revisó las fotos que había estado haciendo, mientras se comía un menú, tranquilamente. Siguió para abajo y llegó a algunas fotos que le arrancaron una sonrisa. Su perro Cooper, el ser que más quería del mundo, adoptado años atrás.

Siempre que tenía que viajar, Alan lo extrañaba y esperaba que no encontrara ninguna pelota que devorar.

Se hizo un selfi para subirlo a su Twitter, pero lo descartó. No le apeteció en absoluto postear una foto suya. Las odiaba, aunque en el fondo le gustó la que aquella chica, Denise, le hizo. También su broma de exponerla.

Nick siempre le estaba insistiendo en que debía ser más comunicativo en la única red social que tenía.

Finalmente le hizo una foto al emblemático Picadilly Circus y lo subió al Twitter, saludando a sus fans ingleses, si es que los tenía.

Pagó la comida y volvió al hotel, antes de que a su agente le diera un colapso.

Este lo estaba esperando en el hall, con su inseparable smartphone en la mano.

—¡Alan! —lo regañó.

—Estaba comiendo. ¿O es que no se me permite en la Agencia?

—Creí que vendrías directo desde el sitio ese.

—El jardín.

—Eso, sí. Bueno, pasado mañana es el casting. Sé que eres muy profesional, pero nos jugamos mucho.

—No te preocupes. Lo haré bien. Sabes que soy un actor de método. No soy nuevo haciendo películas.

—No es lo mismo esto que películas de autor.

—Oh, bueno, déjame no estar de acuerdo contigo. Además, estuve cuatro temporadas en la serie, cada capítulo.

—A la que te presentaste por probar.

—¿Y qué? Así surgen los mejores papeles; sin esperar conseguirlos.

—No tienes remedio, Alan. Pero eres bueno, y eso me consuela.

—Ya, y un raro. Lo sé.

—También.

—Me voy a descansar.

Alan se levantó del sofá y subió a su habitación. Se duchó, pues había sudado bastante, y se tiró sobre la cama.

En el móvil tenía un mensaje de WhatsApp de la persona de la que menos quería saber en aquellos momentos.

Lo borró sin llegar a leerlo, y dejó el teléfono sobre su amplio pecho, bocabajo. Cerró los ojos con fuerza al sentirlo vibrar. Estuvo a punto de tirarlo contra la pared de al lado. No obstante, contuvo el violento impulso. Necesitaba el móvil para trabajar.

Abrió el mensaje en la App y lo leyó:

“Cariño, perdóname, por favor.”

Los ojos castaños se le llenaron de lágrimas, que retuvo a tiempo.

Escribió una respuesta:

“Ahora no puedo.”

Afortunadamente, no hubo más mensajes.

## Capítulo 2

Denise y su hermana llegaron a casa de sus padres justo para sentarse a la mesa y comer. La casa familiar de toda la vida estaba ubicada en Maida Vale, un distrito residencial de clase media alta, cerca del Rengt’s Canal.

Ninguna de las dos vivía ya allí, pero iban frecuentemente a pasar el tiempo libre.

Denise, en particular, seguía conservando en su habitación todas sus cosas, libros y demás pertenencias.

—Lynda, cariño, pásame el pan —pidió su padre a su madre. Esta le tendió la cestita con una sonrisa.

—Denise, ¿qué tal la cámara? ¿La has probado?

—¡Es fabulosa, papá! —sonrió enseñando sus perfectos dientes.

—Se ha tirado por el suelo y todo, para usarla —se burló su hermana—. Revolcándose por la hierba de los jardines.

—¿Y cómo te crees que he hecho yo mis mejores fotos? De las formas más rocambolescas —dijo divertido Richard, su padre.

—Luego bajaré a descargar y retocar las fotos al estudio.

—¿Para la expo del First Thursdays?

—Sí. Pero en el Beer Bar. Es pronto para poder exponer en cualquiera de esas galerías de arte.

—¿No deberías estar aprendiéndote el diálogo para la prueba esa?

—Ya me lo sé, papá. De arriba abajo y de izquierda a derecha —intentó aparentar seguridad.

Puede que hubiera salido en algunos capítulos de series británicas, como secundaria, pero al menos su currículum no estaba en blanco.

—¿Os la imagináis en Hollywood? —empezó a reírse Kerry-Ann.

—¿Os la imagináis a ella en un desfile de Victoria's Secret? —se la devolvió con fuerza. Luego hizo una de sus muecas y le guiñó un ojo a la vez.

—Payasa.

—¡Sí!

—Parecéis aún dos niñas pequeñas, chicas —comentó su madre, divertida, poniendo los ojos hacia arriba.

—Mamá, ¿podrás acercarte a la expo?

—Lo intentaré, pero ya sabes tengo mucho trabajo en el bufete de abogados.

—Ya sabes que yo sí iré, cariño.

—Gracias, papá. —Lo asió de la mano, sonriendo.

—¿Irá Brendan?

A Denise se le borró un poco la sonrisa del rostro, aunque intentó disimularlo.

—No es seguro. Depende de si vuelve a tiempo de Liverpool.

La joven no supo qué más decir sobre su novio, cuando ni él mismo le había confirmado ir, ni siquiera volver ese jueves.

Le dolía que Brendan no compartiera con ella el mismo entusiasmo por las cosas y se centrara tanto en su trabajo para el equipo del Liverpool. Se podía haber echado un novio del Arsenal, hubieran estado más cerca.

—No quiero postre, mamá —respondió tras darse cuenta de que Lynda le ofreció un pedazo de tarta casera—. Voy a bajar al estudio.

Kerry-Ann se quedó preocupada. Ella ya sabía de primera mano que las cosas con Brendan no funcionaban demasiado bien tras casi cuatro años de relación.

Jamás le contó el intento de coqueteo de este con ella la última noche que salieron todos juntos a tomar algo por el distrito. El muy cabrón le pidió que no se lo contara, que no volvería a pasar, tras haberlo rechazado de pleno.

Denise llevaba tiempo sin fiarse de su novio, y de la pérdida de interés por bajar a Londres a verla. Las última tres veces había ido ella a Liverpool, pasándolo más sola que acompañada.

Mientras sus pensamientos se volvían cada vez más deprimentes, sacó la tarjeta de memoria de la cámara y la introdujo en el portátil. Fue borrando y descartando las fotos de aquel día, salvando solo un par de la pagoda y una de su hermana hecha a traición. Recordó entonces la de aquel chico tan afable; Alan. Estaba la última y le hizo sonreír.

Realmente tenía una fisonomía facial poco común, pero en absoluto le resultó feo, como a su hermana.

La retocó la primera y la imprimió en el plotter de su padre, para luego poder enmarcarla. Hizo lo mismo con la de su hermana. También decidió poner un autorretrato con Puppy, su mascota perruna.

Aquellas fueron las únicas tres fotografías con seres vivos que eligió. Todas auténticas y únicas.

Tras terminar de enmarcar todo, subió a su antiguo cuarto y buscó una novela en particular. Con el dedo la sacó de entre otros dos libros. Era una versión en tapa blanda, ya bastante desgastada, de *Orgullo y prejuicio*.

Aquella noche ya tenía plan, a falta de novio.

Se fue sola a su apartamento, dejando a Kerry-Ann con sus padres.

Puppy la recibió con toda la alegría que su vejez le dejó, pues ya no veía muy bien. Denise era consciente de que no le quedaban muchos meses más por disfrutar a su lado. Lo abrazó con cariño y ojos llorosos.

—¿Quién se va a comer a este Puppy tan rico? —le habló de forma aniñada, besándolo en la cabeza. Luego le puso de comer y fue a ducharse y ponerse cómoda.

Ya en el salón vio un mensaje de WhatsApp de Brendan:

“No me da tiempo a coger un vuelo el jueves”.

Denise suspiró, decepcionada por enésima vez.

“No pasa nada, cariño”, le respondió.

Él le mandó un iconito sonriente.

¿Dónde habían quedado los corazones y besos tontos?

La joven dejó el móvil a un costado, entre el respaldo del sofá y su cadera, esperando escuchar sonar otro mensaje de Brendan. Pero no ocurrió, por lo que cogió el manoseado libro y buscó la escena que le interesaba realmente, leyéndola.

—Toma, Darcy, por confiado y pretencioso —dijo soltando una carcajada. Siempre se reía en aquella parte.

Luego se enganchó a la lectura de tal modo, que se lo terminó

completamente.

Alan se leyó de nuevo su parte de la audición aquella nueva mañana en Londres. No le preocupó demasiado. No se consideraba el mejor actor del mundo, pero tampoco el peor.

De no ser por el insistente Nick, se habría quedado en Nueva York audicionando para cualquier otra cosa. Pero se empeñó tanto, que tuvo que ceder.

Las circunstancias personales también lo empujaron a cruzar el charco hasta la ciudad del Támesis. Solo echó de menos a su compañero de andanzas, algo que le sucedía siempre que hacía un viaje por trabajo.

La puerta de su habitación sonó. Se bajó de la cama y caminó descalzo y con el pantalón del pijama solamente.

—Buenos días, Alan —le dijo Nick al entrar—. Haz el favor de ponerte algo, no tengo por qué ver tu esculpida anatomía —bromeó.

—Yo no tengo la culpa de que estés fofo y tu mujer no te toque las lorzás.

—¡Eso ha sido un golpe bajo! Además, a Marge le gusta tal cual soy.

—Sí, camino de ser Homer Simpson. Cada día más calvo y gordo.

—¿Tú te has mirado bien al espejo? Esas orejotas no se curan solas.

—No me las voy a operar, ya te lo he dicho. Se quedan donde están.

Sus conversaciones informales solían ser siempre hachazos. En realidad, Nick era uno de sus mejores amigos y de los pocos en los que se podía confiar plenamente.

—¿Cómo lo llevas? Ya sabes...

—Ayer me escribió otra vez.

—¿Y qué piensas hacer?

Alan se lavó los dientes, obviando la pregunta.

—Bueno, veo que has estado estudiando... —Nick observó las hojas arrugadas sobre la cama sin hacer.

—Yo siempre hago los deberes, aunque sean un coñazo. De verdad, espero que no me lo den.

—Me pones de los nervios. Me ha costado mucho conseguir esto.

—Es tu trabajo, para eso te llevas una parte de lo que gano.

—Estás realmente insoportable, Alan —bufó su amigo.

—¡A lo mejor es que no estoy en el mejor momento personal porque mi mujer se ha follado a otro! —soltó de golpe, furioso.

Nick no fue capaz de decir nada más. Se le acercó y le tocó en el brazo.

—No me gusta que me toquen, ya lo sabes.

—Perdona... —apartó la mano—. Supuse que estarías mejor después de un mes. Pero veo que no. Eres muy bueno actuando.

—Discúlpame, me he pasado. Venga, me visto y vamos a desayunar esa porquería de desayuno inglés.

—A mí me encanta.

—Claro que sí, Homer.

—Te mato, orejas de soplillo.

Alan rio mientras se ponía la ropa.

—Esta noche nos han invitado a tomar algo por ahí y visitar galerías de arte.

—¿Ah sí?

—Se ve que es el First Thursdays, o algo así. Y las galerías abren de forma gratuita.

—Me parece bien.

—Lo sabía, te va ese rollo bohemio.

—Aunque en la Juilliard no se dieran clases de arte plástico, este se puede transmitir de mil formas, como la interpretación, la música...

—Me hablas como si fuera tonto. Ya lo sé.

Bajaron al buffet libre.

Alan eligió varias piezas de fruta y un zumo para desayunar. El plato de Nick fue todo lo contrario a sano.

—¿Y quiénes nos han invitado?

—Los productores.

Alan casi se atragantó.

—Te quieren para ese papel. Por eso fui tan insistente.

—¿Y por qué me haces venir a hacer la audición?

—Para sacarte de tu casa y dejar de verte deprimido.

Alan hizo una de sus muecas con la boca. Quiso decir algo en dos ocasiones, pero no supo.

—De nada —habló Nick.

El actor hizo un gesto con la cabeza y siguió comiendo.

—Aunque seas el amigo emo del protagonista, es un comienzo.

—¿Qué es emo?

—Oscuro, gótico, deprimido... ¿Cómo no lo puedes saber? —Alan hizo un gesto de hombros.

—Ah, ya entiendo mejor el personaje entonces. Bueno, pues haré el paripé

emo.

—Pero no esta noche, por favor te lo pido.

—Confía en mí. A veces sé comportarte de forma distendida.

—¡Bien! Esa es la actitud.

A Nick le sonó el teléfono y tuvo que dejarle un rato desayunando solo, rodeado de turistas hambrientos.

Una jovencita se le quedó mirando a varios metros. No tendría más de 15 o 16 años. A Alan el pareció cohibida. Esta miró hacia atrás, y sus padres le hicieron un gesto para que se atreviera a hablar con él.

—¿E-eres Alan Davies?

—Sí... Lo soy.

La chica enrojeció más que él.

—¿Me puedo hacer una foto contigo?

—Claro, ven.

Se pusieron juntos y la jovencita se hizo un selfi con él.

—¿Me firmas un autógrafo?

Alan buscó boli y papel en el maletín de su amigo.

—¿Cómo te llamas?

—Lysa.

—¿Estáis de vacaciones?

—Sí, he venido con mis padres. También somos estadounidenses.

—¿Y os está gustando Londres?

—¡Mucho! Pero... lo mejor ha sido encontrarte aquí. Me gustaba mucho cuando salías en la serie.

Alan enrojeció aún más.

—Muchas gracias. Aquí tienes —dijo, tendiéndole la dedicatoria.

La chica volvió con sus padres, realmente entusiasmada.

A él le seguía costando que lo reconocieran. Era demasiado introvertido.

Pero no puedo evitar sonreír; al final aparecería un selfi suyo en las redes, haciendo feliz a una fan.

### Capítulo 3

Alan convenció a Nick de que lo acompañara a hacer algo de turismo por Londres después de comer.

—Con el trabajo que tengo...

—¿No eres capaz de disfrutar un poco de la ciudad? —le preguntó el

moreno, divertido.

—Qué humedad, por Dios —volvió a quejarse.

—Yo estoy estupendamente.

Se había quitado la fina chaqueta, anudándola en su cadera, e iba en manga corta, con gafas de sol y el abundante cabello suelto. Más de una ya lo había mirado de arriba abajo su metro noventa.

—¿Piensas afeitarte mañana?

—¿Para qué?

—Los Emos no suelen llevar barba.

—Y dale con lo de emo. El personaje es así oscuro y depresivo, serio, introvertido... Pero no un emo. He estado mirando eso por Internet. Así que no, no me pienso afeitarme la perilla y el bigote. Me gusta llevarlos cuando no estoy en un rodaje.

—Como quieras. Vamos a tomar algo, tengo sed.

—Quítate la corbata, por favor. Relájate.

Se detuvieron en una cafetería para beber unas cervezas.

—Te recuerdo que no solo soy tu agente —bufó.

—Nos vamos el sábado, tómame de relax al menos esta mañana.

Se quedaron en silencio disfrutando de la cerveza fresca.

—Alan... ¿qué piensas hacer con el tema de Rebecca?

Este no dijo nada, solo jugueteó con el posavasos.

—Perdona —se disculpó su amigo.

—¿Qué harías tú? —inquirió.

—Vaya... Cuando estás seguro de tu mujer es difícil responder a eso.

—Si a mí me lo hubieran preguntado hace un mes, tampoco habría podido responder, porque confiaba en ella. Doce años juntos son muchos en los tiempos que corren, y dentro de este mundillo... Al final el único que realmente me es fiel es mi perro.

Nick no fue capaz de decir nada más. No había querido indagar demasiado en los sentimientos de Alan, pues era siempre muy reservado.

Un mes antes, aproximadamente, su amigo le llamó diciéndole que se iba de casa con el perro. Lo acogió aquella noche y las siguientes hasta que lo ayudó a encontrar una casa. Durante aquel tiempo, ni él ni Marge le preguntaron nada, pero resultó evidente que había dejado a Rebecca.

Con los días les confesó que ella estaba con otro, el director de su próxima película, pues también era actriz.

Unos días antes de viajar a Londres, Rebecca intentó volver con Alan, tras

dejarlo con el otro hombre, sin éxito.

—Por el momento estoy aquí, no allí. No tengo que verla ni hablar con ella. A la vuelta ya veremos cómo afronto la situación —le dijo al fin.

—¿Le darías otra oportunidad?

—No lo sé... Se la tendría que ganar, y luego ya vería. No quiero hablar más del tema —cortó la conversación y se bebió el resto de la cerveza de golpe.

Nick sabía que su amigo estaba sufriendo; era una persona muy sensible.

—Bueno, esta noche te prometo comportarme más informalmente, cuando demos una vuelta por las galerías de arte y bares.

—Te lo ruego —bromeó.

Alan se quedó mirando el Támesis, y al fondo los emblemáticos edificios como el Big Byron.

Le resultó paradójico al recordar que tenía aquel viaje pendiente con Rebecca. Quién le hubiera dicho que iría sin ella. Sintió una extraña pérdida, de algo que ni había llegado a suceder.

Tirar por la borda doce años de relación no resultaba fácil. No para él.

Denise se rascó la frente. Le había salido acné por el estrés de la exposición, el trabajo en el bar y la futura audición.

De hecho, aún estaba allí colocando cuadros fotográficos en las paredes, intentando hacerlo con lógica y continuidad. Los tres retratos los puso en una pared pequeña. El de su hermana y ella a ambos lados y el de Alan en medio.

Luego pegó las etiquetas al cartón pluma y después a la pared de piedra.

—¿Ya lo tienes? —le preguntó Albert, el encargado.

—Casi —se rascó la frente de nuevo, y la mejilla, con las uñas sucias.

—Vete a casa si has terminado.

—¿Y mi turno de esta tarde?

—Ve y relájate.

—Te lo agradezco.

Miró por última vez sus fotografías, satisfecha, y se fue a casa cogiendo el metro.

Puppy la recibió con cariño, el cual le devolvió multiplicado por mil.

—¿Vienes conmigo a darte un baño?

El perro ladró y la siguió.

Denise se preparó la bañera, con espuma y sales. Aquello era para ella un pequeño momento de intimidad único; relajarse en silencio. Ni siquiera con su

novio se había bañado.

Pero Puppy tenía permiso para quedarse allí.

El perro se tumbó en su sitio favorito y escuchó la música relajante que puso su dueña en el móvil.

La joven apoyó la nuca en una toalla, al borde de la bañera. El agua caliente le llegó hasta el cuello. Aspiró los aromas esenciales y dejó pasar un largo tiempo con la mente en blanco.

Se lavó el rostro con jabón natural, para mejorar el estado de su piel, que empeoraba cuando tenía estrés.

Tras cuarenta minutos de relax, salió del agua y se enrolló el cabello mojado en una toalla, tras lo cual se embadurnó el rostro con una mascarilla.

Frotó el vaho del espejo y se miró, poniendo una cara rara.

—¡Buh! —intentó asustar a Puppy, que la miró como si tal cosa desde su cómoda pila de toallas.

Volvió al salón y se hizo una selfi cerrando un ojo y sacando la lengua, para subirla a su Instagram.

—El antes —escribió.

Su hermana fue la primera en comentar que era una payasa.

Se la mandó a Brendan y este lo vio, pero no dijo nada.

Una desazón bastante grande aumentó en su interior.

Estaba harta de ser ignorada por quien debería ser el primero en tenerla en cuenta. Algo tendría que hacer.

Sin la alegría que caracterizaba a la joven, esta se lavó la cara, se secó el cabello y se arregló; un vestido rojo y sencillo, sandalias de tacón alto y su chupa de cuero favorita.

Se maquilló con un pintalabios también carmín, un poco de rímel y colorete.

El acné seguía allí, pero al menos no tan enrojecido.

—Lista, Puppy. Volveré, no te preocupes.

Abrazó a su mascota con muchísimo cariño, y se fue de camino a la exposición.

Alan y Nick recorrieron algunos espacios de arte, mientras conversaban animadamente. Al representante le alegró ver al actor de buen humor. Necesitó distracción.

—Aunque prefiero el arte menos mimetizado, no está mal ver lo que hace la comunidad artística.

—Yo no entiendo casi nada de lo que veo.

—Ni falta que te hace —se burló Alan.

—Mira, ahí están los productores de la película.

Llegó la parte que a Alan no le gustaba nada en absoluto; socializar con los que ponían el dinero. Aquello era trabajo de Nick.

—¡Hola! —saludó el representante.

—Nichols, es un placer conocerlo en persona —dijo el mayor de los dos hombres, el americano.

—¿Harry tenido una buena estancia en Londres? —el inglés se dirigió a Alan.

—Sí, todo muy bien. Un placer —les dio la mano con firmeza.

—Tomemos un poco de vino, señores —los invitó el primero.

Aquella era una exposición privada, con bebidas y catering.

—Estamos entusiasmados en que haga la prueba, señor Davies. Nos encanta en la serie, aunque su papel sea tan particular. De hecho, es lo que nos hizo decidirnos por usted.

—Me alegro de que les agrade mi trabajo —sonrió.

Nick sabía que el cara a cara incomodaba a Alan, pero debía empezar a ser más abierto si quería que su carrera fuera a más. Con su talento natural era capaz de cualquier cosa, pero su carácter reservado se lo impedía.

La velada pasó bastante rápida, entre charlas sobre proyectos.

—Mañana tenemos varios castings, también queremos hacer una nueva versión de un clásico de la literatura inglesa; una serie. Pero no podemos decir nada —rieron— De hecho, conocí hace poco a la que podría ser la protagonista. Aún tenemos que hacerle la prueba, no tiene mucha experiencia todavía.

—Es difícil empezar y que te den una oportunidad —comentó Alan.

—Usted estudió en la Juilliard, de allí han salido muchos buenos artistas conocidos.

—Es complicado entrar, y más complicado es luego al salir. Lo primero es buscarse un buen agente.

Palmeó la espalda de Nick, con cariño.

—Podríamos ir a un bar muy conocido por aquí —propuso el productor inglés—. Precisamente donde conocí a la joven que he nombrado antes. El Beer Bar. Hacen una cerveza belga estupenda, en exclusiva.

—¿Te apetece? —preguntó Nick a Alan.

—Claro, ¿por qué no?

Los cuatro caminaron hasta el bar, una antigua construcción victoriana reformada años atrás. El ambiente estaba muy animado, con muchísima gente. Una exposición fotográfica adornaba las paredes.

Alan dejó a los tres hombres charlando animadamente, mientras observaba las fotos, con la cerveza en la mano.

Vio una de la pagoda, en perspectiva desde muy abajo. Le sacó una sonrisa al recordar a la pizpireta chica de dos días antes, tirada sobre la hierba, pero no pensó que fuera la misma autora de las fotografías.

No hasta que se encontró con su retrato en la pared. Alzó las cejas con sorpresa y vio su nombre en el cartelito.

Menuda casualidad.

Luego miró la foto de la izquierda; era la otra chica, la que debía de ser hermana, llamada Kerry-Ann. A la derecha estaba la artista, en un auto retrato con su perrito, cosa que le tocó el corazón profundamente. Observó verdadero amor y cariño en aquella fotografía.

—Denise y Puppy —susurró, con una sonrisa en la boca.

—Pero ¡y esto! —Nick se colocó a su lado, con los ojos desorbitados.

—¿El qué?

—¿Y esta foto de dónde la ha sacado? —se indignó—. Vulnera tus derechos de...

—Vale, yo le permití que la conservara.

—A ver, explícamelo. ¿Conoces al autor?

—Autora. Hace dos días me la hizo mientras paseaba por el jardín que te dije. Vamos, imagino que ella es la autora, no la he visto por aquí. Es esta. — Señaló su imagen.

—Me sorprende que le permitieras hacerte una foto y exponerla.

—No sabía que la expondría, pero me ha gustado. Y no me suelen gustar mis fotos —se echó a reír.

—Tenemos que pedirle que la retire.

—No me jodas, Nick. Deja a la chica en paz. Solo es una foto mía, ya ves qué drama mediático.

—Como quieras —bufó.

—Vete a seguir con tus nuevos amigos. Y ten cuidado, me da que son pareja, a ver si te van a proponer cosas.

Nick cerró los ojos en señal de cansancio mental.

—Estaría bien que volvieras e interactuaras más con ellos.

—Luego voy, tengo, que hacer una cosa.

Dejó a su amigo con la palabra en la boca, y escrutó entre el gentío, a ver si veía a Denise. Hubiera sido de muy mala educación no presentarse sabiendo que estaba allí.

Reconoció a la hermana, que era más alta, y se abrió paso hasta llegar a su altura.

—¿Hola? —Esta se quedó perpleja.

—¡Anda!

—Ya he visto mi foto —sonrió.

—¿Te ha molestado? Le dije a Denise que no la pusiera, pero no me quiso hacer caso —pareció azorada.

—No, está bien, no te preocupes. Me gustaría saludarla, si está por aquí.

—Claro, acompáñame a la terraza.

Fuera, donde ya hacía más fresco, Denise charló a carcajadas con unos amigos de toda la vida y una bebida en la mano.

A Alan le dejó bastante boquiabierto lo guapa que estaba. No es que junto a la pagoda no se lo pareciera, pero arreglada resultaba incluso más bonita. El rojo le era favorecedor.

—¡Denise! —la llamó su hermana, y ella se quedó de piedra al verlo allí. Corrió hacia ellos.

—¡Oh! Qué fuerte. Mira que Londres es grande.

—Se suele decir que el mundo es un pañuelo —contestó él.

—¿Has visto la foto? —Puso una de sus muecas.

—¡Me encanta! Y te aseguro que odio las fotos.

—Pero ¿por qué? —Ella le tocó un momento en el brazo, algo que no solía agradarle a Alan, pero que en aquel caso no le importó.

—¡Porque salgo fatal! —se echó a reír.

—Bueno, si me dejaras hacerte una sesión de verdad, ya veríamos a ver quién de los dos tiene razón.

—Me lo pensaré. Oye, me ha encantado la tuya con tu perrito.

—Puppy, sí... Es muy mayor ya... —dijo con tristeza—, pero sigue conmigo y tengo que disfrutar de él todo lo que pueda.

—Yo tengo un perro también, Cooper. Es el ser que más amo en este mundo —se emocionó sin querer—. Y, sin lugar a duda, el que me más corresponde de igual forma.

—Te entiendo, ya lo creo.

Kerry-Ann los dejó solos, aburrída de oír hablar de perros. Pero observó

lo cómoda que estaba su hermana con aquel tío tan alto.

Denise presentó a Alan a sus amigos.

—¡Es el de la foto! —dijo uno de ellos.

—¿No es increíble? —Denise estaba entusiasmada—. Os juro que ha sido una casualidad.

Alan sonrió sinceramente. Estaba más a gusto allí que con Nick y los dos productores.

—Oye, tú eres Alan Davies, el actor —dijo una chica bajita y pelirroja.

—Eso creo, sí...

—¡Mira que cuando vi la foto lo pensé! Qué fuerte —pareció encantada.

—¿Eres actor? —preguntó Denise.

—Sí —asintió.

—Denise desea dedicarse a la interpretación a tiempo completo.

—¿Ah sí? Es estupendo.

Ella pareció azorada de pronto, abrumada.

—Ah... Voy a... voy a pedir otra bebida.

—Espera, te acompaño —dijo Alan al verla nerviosa.

Denise lo permitió, pero no fue a la barra, sino que salió del bar.

—Perdona, a veces me entra ansiedad y llevo mucho estrés. Cuando se ponen a hablar de lo mío me agobio, son muy pesados.

Alan no la tocó, pues no tenían confianza, pero intentó insuflarle valor.

—Sé lo que se siente cuando un sueño cuesta que se haga realidad... Y la frustración de no poder llevarlo a cabo.

Recordó cuando solo era un chico que quería ser marine de los Estados Unidos, tras los atentados del 11 de septiembre.

—Dejé mis estudios de Historia en la Universidad, para ser actriz.

—Hablas en serio.

—¡Sí!

—No puedo juzgar sin haberte visto en una actuación, pero me pareces una persona entusiasta, así que no pierdas la esperanza. A mí la actuación me sirvió como respiradero, por las muchas frustraciones que viví en un período de mi vida.

—Oye... —Denise cambió de tema—, ¿de qué serie habla mi amiga?

—¡Ah! Es una serie muy alternativa y bizarra. Se llama “Chicos”.

—¡Vale! Ya sé cuál es, pero no la he visto —se echó a reír.

Denise tenía una sonrisa preciosa, o eso le pareció a Alan.

—No la veas, por favor —le rogó.

—¿Por qué?

—Yo no la he visto.

—¿Me lo dices en serio? —puso una cara rara.

—Totalmente en serio. Me da mucha pereza verme.

—Tengo que verla, no hay más que hablar.

—No me hago responsable —levantó las manos.

—¡Ven aquí!

Le echó el brazo por el cuello, obligándolo a ponerse a su altura. Ella sacó su móvil y se hizo un selfi con él.

—Menudo careto...

—Me has pillado desprevenido.

—Venga, otra.

Alan sonrió.

—¿Puedo subirla a mi Instagram?

—Vale...

Fue imposible decir que no a tanto entusiasmo natural.

—¡Alan! —Nick los interrumpió.

—Nick, te presento a Denise, la autora de la foto. Este es Nick, mi representante.

—¡Encantada! —le tendió la mano, con una enorme sonrisa en la cara. Resultó tan adorable que a Nick se le pasó el enfado por el tema del cuadro.

—Los productores tienen que irse.

—Ah, claro. Denise, tengo que entrar.

—Ve sin problemas. Estoy mejor.

Alan se quedó preocupado de todos modos.

—Parece simpática. Y guapísima.

—Me voy a chivar a tu mujer, Nick.

Este iba a contestarle con igual fórmula, pero cerró la boca a tiempo para no cagarla.

Se despidieron de la pareja de productores, a los que verían a la mañana siguiente.

Cuando Alan buscó a Denise, sus amigos le dijeron que se había ido a casa, pues no estaba bien.

El hombre se sintió decepcionado. Le hubiera gustado charlar más con ella y poder alentarla mejor.

Les pidió su teléfono y Kerry-Ann dio su consentimiento.  
Ese Alan le cayó bien a la modelo, aunque no fuera físicamente su tipo.  
—Seguro que unas palabras tuyas la animan, mañana tiene un casting.  
—Así lo haré, muchas gracias.

Denise observó la foto con Alan, sentada en el vagón de metro.  
Tras irse él, sintió más agobio y no quiso volver dentro. Le mandó un mensaje a Kerry-Ann y se fue.

Le gustó hablar con él, con un actor de verdad, experimentado. Le había agradado tocarlo, tal vez demasiado. Por el calor del momento, y su simpatía con ella.

Le llegó un mensaje de un número desconocido. Lo abrió y leyó;  
“Suerte mañana en el casting. Seguro que consigues el papel. Buenas noches.”

Luego llegó otro:

“Ah, soy Alan.”

Sonrió sin poder evitarlo, con cierta ilusión.

Escribió una respuesta y la mandó, junto con las dos fotos.

Seguidamente saltó la notificación de otro mensaje, el de su novio.

“Espero que todo haya salido estupendamente, ya me contarás mañana. Suerte en el casting. Te quiero.”

Pero Denise sintió que aquel te quiero ya había llegado demasiado tarde.

## Capítulo 4

Al día siguiente, Alan se levantó un poco cansado, pues se había pasado hablando con Denise por el WhatsApp hasta las tres de la mañana.

Cogió el móvil y vio un par de mensaje suyo de las tres y dos minutos.

“Alan?? Te has dormido??”

“Sí, jajajajajaja, te has dormido.”

Le respondió con unos iconos de risas y fue a ducharse.

A las 8 en punto de la mañana estaba desayunando junto a Nick.

—¿No has dormido bien?

—Pues la verdad es que he dormido de puta madre. Pero solo 5 horas.

—De ahí las ojeras. Bueno, igual para el papel va bien. ¿No podías pegar ojo?

—No quería pegarlo, mejor dicho. Estaba hablando con Denise por el

WhatsApp.

—¿La chica de ayer? ¿Y eso? —Alan masticó un trozo de manzana.

—Porque me lo paso bien hablando con ella.

—¿Te gusta?

Alan se le quedó mirando.

—No estoy para pensar en esas cosas. Simplemente me cae bien y por fin me pude dormir como un tronco.

Pero en el fondo, Alan sabía que le atraía Denise más de lo que pensaba reconocerse a sí mismo.

—Tú verás.

—Ha sonado a regañina —se quejó.

—Técnicamente estás casado.

Alan cerró los labios con fuerza y se levantó, enfadado.

—¡Ey!

—Me parece muy fuerte que me sueltes esa mierda —se le encaró Alan—.

Aquí el cornudo soy yo, la dejé hace un mes por lo que me da igual lo que diga un papel. Tiré el anillo a la taza del wáter y lo vi irse por el retrete, como hizo ella con nuestra relación. Así que, si decido entablar una amistad, tener sexo sin compromiso o enamorarme de otra mujer, tengo más derecho que nadie.

Nick asintió.

—Tienes razón, perdóname.

—Vámonos, o llegaremos tarde —zanjó la conversación.

En los estudios de la BBCC se reunieron, ya formalmente, con ambos productores y pasaron a hacer la prueba sin mayor dilación.

Alan se metió en el papel de una forma realmente rápida. Otro le dio la réplica, y bordó la escena de principio a fin.

—Tiene talento natural —le susurró Jones a Nick, ya con más confianza.

—Lo sé.

—No hay más que hablar. La propuesta esté encima de la mesa y espero que sea de su agrado.

—No os preocupéis por nada, él estará encantado.

—Yo he de irme a elegir actriz para una mini serie que tenemos en preparación —se disculpó el productor foráneo cuando Alan acudió al encuentro de los otros tres hombres.

—¿Queréis venir?

—Ah... Claro —asintió Nick tras mirar a Alan, que pareció de acuerdo.

—Esto que quede entre nosotros: vamos a volver a rodar una mini serie de Orgullo y prejuicio. ¿Conocéis la historia?

—Por supuesto —contestó Alan.

Era una de las obras favoritas de Rebecca. De hecho, en una ocasión fingieron ser Darcy y Elizabeth, en una de las clases de interpretación cuando fueron estudiantes.

—Queremos una actriz nueva, y les hemos dicho a todas que harán una de las escenas más importantes de la novela, pero que el papel no es para una nueva versión de la obra de Austen.

Era habitual, para no filtrar proyectos, que los actores audicionaran con otro guion o una obra ya conocida y que tuviera similitudes.

Alan y Nick observaron, en silencio, a varias jóvenes, repetir la misma escena una tras otra, con un hombre que les daba réplica de forma algo anodina. Aquello también estaba hecho adrede para ver la capacidad de concentración de los actores.

—Ahora viene mi favorita. La encuentro perfecta para interpretar a Lizzy —dijo el inglés, con su típica flema—. Esperemos que sepa desenvolverse.

Apareció Denise por la puerta.

Alan y Nick se miraron.

—¿Lo sabías? —Alan negó en silencio, para no interrumpir.

—Hola, mi nombre es Denise Rains y tengo 25 años, aunque aparento menos —sonrió al decirlo—. Soy londinense.

—Adelante, Denise.

Alan notó rápidamente que algo no iba bien, por cómo ella estrujó su falda verde. Llevaba una camisa color crema, parecida al atuendo de la época que tenía que representar.

Vio sus labios temblar un momento antes de comenzar. De hecho, se trabó en varias ocasiones y tuvo que recomenzar, cada vez yendo a peor.

—Qué lástima... —susurró en productor, mirando a sus dos invitados.

Alan sintió una tremenda sensación de tristeza. Pero eso le llevó a tomar una rápida decisión.

—¿Me permite ser su réplica?

—Claro... —no pudo negárselo.

Alan caminó hasta donde estaba Denise, que lo miró sin dar crédito. Este le pidió al hombre que le pasara el papel con el guion. Cogió la silla y la puso más alejada de Denise, que seguía atónita, pero sin hacer preguntas.

—Solo un par de minutos y empezamos —comentó mientras se leía el texto completo, memorizándolo.

Alan hizo como si se quitara un sombrero y lo tuviera entre las manos.

—¿Cómo se encuentra de su dolor de cabeza? —preguntó Alan de forma apresurada.

—Mejor, gracias —dijo Denise, fríamente, con aspecto distante.

—He venido por eso... —El actor dio vueltas por la estancia, aparentando nerviosismo, se sentó en la silla de plástico y de nuevo caminó hasta ponerse frente a ella, que permaneció sentada, pero lo miró a la cara, con aire dudoso.

Tras unos minutos de silencio, donde Denise sintió que él estaba ya metido del todo en el papel de Darcy, él exclamó, preso de una gran agitación: —He luchado en vano. Carece de sentido. No puedo reprimir por más tiempo mis sentimientos. Permítame decirle cuán ardientemente la admiro y la amo.

Denise se quedó tan asombrada como si fuera la propia protagonista, tanto que no tuvo palabras y solo pudo enrojecer de verdad, de pies a cabeza.

—A pesar de la posición de nuestras familias, de su inferioridad social, que el buen juicio me insta a rechazar mi inclinación amorosa hacia usted... Que a pesar de todos mis esfuerzos no he conseguido dominar, le ruego me conceda el honor de ser mi esposa —concluyó Alan.

A Denise le tocó responder y se sintió muy segura con Alan delante, como si estuviera ante el verdadero Señor Darcy.

—En casos como este, creo que es de buena educación dar las gracias, aunque los sentimientos expresados no sean correspondidos. Pero no puedo. Nunca he buscado su afecto hacia mí, el cual ha sido concedido en contra de sus deseos. Lamento el dolor que le haya causado, lo he hecho sin ser consciente y espero que su duración sea breve.

Alan se apoyó en una pared, haciéndose el sorprendido. Luego fingió el enfado y se recompuso, poniéndose tieso como un Lord inglés ofendido.

—¿Y esa es la única respuesta que tendré el honor de esperar? Tal vez me podría explicar por qué me rechaza usted sin un mínimo de cortesía.

—Y por qué usted —replicó ella—, con el propósito de venir a ofenderme, ha decidido decirme que me ama en contra de su voluntad, de su razón y de su carácter. ¿No justifica eso mi supuesta descortesía? Pero tengo más motivos, ya lo creo. ¿Cree que me podría casar con el hombre que ha destrozado, para siempre, la felicidad de mi hermana más querida?

—Tengo toda la razón para malpensar de usted. Ha sido el principal responsable de la separación de dos jóvenes que se amaban. Mi hermana ha

sufrido públicamente por sus esperanzas frustradas, sumiéndola en la más pura desdicha.

Denise se puso dramática, le salió del alma el enfado, como si le hubiera pasado todo a Kerry-Ann.

Alan permaneció callado.

—¿Lo niega acaso? —insistió ella.

—No lo niego —contestó Alan, aparentando aparentar tranquilidad—. Hice lo posible para separarlos y me alegro de haberlo conseguido. He sido más lógico con él que conmigo mismo.

—Y no solo eso —siguió ella—, antes de saberlo ya le tenía inquina, después de lo que Wickham me contó sobre usted. ¿Puede decir algo sobre eso? ¿Puede defenderse?

—Se interesa mucho por ese caballero —dijo celoso. Alan se imaginó a Denise con otro hombre y fue suficiente.

—Cualquiera que conociera sus desdichas se apiadaría de él.

—¡Sus desdichas! —exclamó despreciativamente—. Como ha sufrido tantas...

—Y usted es el único culpable de ellas. Ahora es pobre, le ha despojado de los favores que su padre quiso que dispusiese, le ha quitado a lo que tenía derecho. ¡Ha perdido su amistad! Y aun así es capaz de burlarse de sus males.

—¿Esa es la opinión que tiene usted de mí? —Alan caminó por sala hacia ella, hasta ponerse delante. Denise lo miró desde abajo—. ¿Todo eso merezco? ¿Así me enjuicia? Gracias por haber sido usted tan franca. Mis actos parecen imperdonables, por lo visto. Detesto la hipocresía. Y no me avergüenzo de los sentimientos que he expresado, pues son naturales y reales. ¿Esperaba acaso que me alegrara de la inferioridad de sus familiares?

—Se equivoca usted, señor Darcy, si cree que su forma grosera de declararse ha influido en mi respuesta; solo me ha ahorrado el mal rato y el bochorno por tener que rechazar su propuesta de matrimonio, eso si hubiera sido más caballeroso. Habrían podido ser otras palabras, pero yo jamás habría aceptado su proposición porque no le correspondo.

Alan puso cara de humillación y culpa.

—Desde que nos conocimos —prosiguió la joven—, su arrogancia, sus engreídos modales, su egoísmo, ya me hicieron saber con seguridad que sería usted el último hombre con el que me casaría.

—Es suficiente, señorita Bennet. La comprendo y solo me queda avergonzarme de mis sentimientos. Discúlpeme por robarle su tiempo y acepte

mis deseos de salud y felicidad ahora y en el futuro.

Después de eso, Alan se fue dejándola sola y sentada.

En un momento, Denise había pasado de fastidiar su oportunidad, por culpa de los nervios, a haber conseguido el papel sin saberlo, con la ayuda inestimable de Alan.

## Capítulo 5

Denise se levantó nerviosa y miró el móvil. Tenía dos mensajes: uno de Alan, con iconos, y uno de su novio deseándole suerte de nuevo.

Se levantó con muchos nervios en el estómago. Casi no había pegado ojo, y menos sintiéndose tan a gusto hablando con Alan por el chat.

Puppy durmió como un tronco a su lado todo el rato.

Cuando Alan no le contestó más, supuso que se había quedado frito.

Entonces volvió a sumirse en un mar de dudas con respecto a su pareja y los nervios por la prueba le comieron las entrañas y la cabeza.

Fue incapaz de probar bocado de buena mañana, tan solo se tomó una infusión.

Acudió puntualísima a los estudios de la BBCC y esperó su turno. Movié las piernas todo el rato, casi histérica. Ni se atrevió a ir al baño por si se le pasaba su turno y quedaba mal ante el productor que conoció en el Beer Bar y le instó a presentarse unas semanas antes.

Las otras chicas le parecieron muy guapas: con más curvas, más pecho, con pieles finas y sin acné, tranquilas, confiadas...

Ella era todo lo contrario: piel de nuevo enrojecida, plana como una tabla de planchar, con los cabellos de un color anodino y sin talento alguno.

No se hizo sangrar los dedos con la tela de la falda de puro milagro, de tanto que la estrujó.

Al llegar su turno sintió inmediatamente que la iba a fastidiar de pleno. Tras varios intentos infructuosos, y no recordar las réplicas, casi se echó a llorar como una tonta.

De pronto apareció Alan, de la nada, dejándola estupefacta. Lo vio prepararse un rato, leer los textos y empezar.

Su seguridad la desbloqueó al instante. Recordó todos sus consejos y trucos de golpe, pero no le hizo falta echar manos de ellos.

Alan era muy alto, moreno, serio y con una mirada profunda. Su voz era sexy también, si se lo proponía.

Cuando empezó a hablar vio a Darcy, el Darcy que tanto le gustaba de la novela. De hecho, cuando él le declaró su amor se puso roja de forma natural. El calor invadió su cuerpo de pies a cabeza. Le latió el corazón con fuerza.

El resto de la actuación se creyó Elizabeth, una muy enfadada. Volcó su frustración con Brendan en ello.

Alan, por su parte, lo bordó de tal forma que le alucinó que solo hubiera leído unos minutos el guion y recordara casi a la perfección cada línea.

Después de terminar, él se fue por donde había venido.

Escuchó los aplausos del productor, Matt, que se acercó a ella y la cogió de la mano.

—Estoy encantado.

—Ha sido todo gracias a Alan.

—¿Pero os conocéis?

—Sí, desde hace poco.

—Ahora entiendo que quisiera ayudarte.

—Estaba muy nerviosa —se sinceró.

—Qué niña tan adorable. ¿Vamos? —La dejó pasar con mucha educación, hasta llegar a donde esperaban Alan y Nick. El moreno la recibió con una gran sonrisa en la boca.

—Os juro que, si Alan no fuera americano, y ya tuviéramos un protagonista elegido, le habría propuesto ser Mr. Darcy.

—No es para tanto —le quitó importancia.

—Me habría hecho ilusión trabajar con él.

—¡Y a mí! —dijo él, lo cual agradó a Denise.

—Tenemos que reunirnos —le indicó a Nick—. En cuanto a ti, querida, el lunes hablaremos de las condiciones del contrato, si quieres el papel.

—Sí, por supuesto. Pero... ¿de qué será?

—Querida, es Orgullo y Prejuicio.

Denise se quedó perpleja, tiesa como un palo mientras vio alejarse a los dos hombres.

—¿Estás bien, Denise?

—¿Voy a ser Elizabeth Bennet de verdad?

—Eso parece.

La joven se llevó las manos a las enrojecidas mejillas, incrédula. De pronto se abrazó a Alan con fuerza, tanta que casi cayeron al suelo.

—¡Perdona!

—No pasa nada, tranquila.

—Es que... ¡Estoy tan contenta! —Se separó de él—. Todo gracias a ti. Yo la había cagado de pleno.

—La verdad es que los nervios te jugaron una mala pasada. Por eso sentí la imperiosa necesidad de ayudarte.

—¿Crees que lo he hecho bien?

—Sí, la verdad es que sí.

Caminaron hacia la entrada de los estudios.

—Ha sido como ver a Mr. Darcy delante de mí. Y yo me sentía Elizabeth.

—Eso es ser un buen actor o actriz. Yo siempre me meto mucho en los papeles, alguna vez he necesitado terapia luego.

Alan sintió una sintonía mientras actuaban juntos. Aquel mismo fragmento fue el que hizo con su mujer muchos años atrás, y no les salió ni la mitad de bien. Por eso recordaba bastante bien el texto. Todo le vino a la mente.

—Ha sido muy gratificante prestarte mi ayuda —sonrió.

A Denise le pareció que tenía la sonrisa muy bonita. Le latió el corazón a mil, entre la emoción y algo más que sintió.

—Déjame compensarte de alguna forma.

—No tiene importancia.

—De verdad, Alan, déjame invitarte a tomar algo, cenar... ¿Has ido a la noria?

—No, no he podido ir. Nick me hace marcaje y no me deja vivir en paz —se echó a reír.

—Mi hermana Kerry-Ann es igual a veces. Siempre cuestionándolo todo. Pero la quiero demasiado.

—Y yo a ese pesado de mi agente.

—¿Entonces vamos?

—Escapémonos, sí.

Salieron casi corriendo de allí, camino del metro.

—Cuando me llame no pienso cogerlo —dijo—. Que sufra un poco.

—Eres malvado.

—Sigo siendo Mr. Darcy, un hombre desagradable.

—Menos con Elizabeth, que soy yo.

—Porque Darcy está enamorado de ella hasta las trancas.

Denise se calló ante aquello.

Alan se mordió el labio, al haberse dado cuenta de la barbaridad que había dicho y que podía dar lugar a una mala interpretación. Aunque mirando a

Denise, que estaba llamando a alguien, se dijo que no iba tan desencaminado.

Aquella chica le hacía sentir cosas olvidadas hacía tiempo. Porque, por mucho que hubiera amado a Rebecca, antes de su puñalada, ya llevaban doce años juntos.

—¡Kerry-Ann! ¡Me lo han dado! ¡Síiii! —hizo aspavientos a Alan.

Denise habló con su hermana de todo, y de como él la había ayudado a conseguirlo. Tras colgar, cogieron el metro.

Alan la observó llamar a sus padres también, y escribir en su grupo de amigos de WhatsApp.

—Perdona, es una falta de respeto —se disculpó ella.

—Yo también estaba así cuando conseguí mi primer papel serio. Este momento solo se vive una vez. Hasta que consigamos nuestro primer Oscar —se echó a reír.

—¡Y el segundo y el tercero! Ya que estamos.

—Tú me lo das a mí y yo a ti. ¿Trato hecho? —Alan le tendió la mano. Ella la asió con fuerza, y luego les costó un poco dejar aquel contacto.

—Tienes las manos enormes.

—Normal, ¿me has visto bien? Metro noventa.

—Claro...

Ya lo creía Denise que lo había visto bien. Aunque su hermana opinara lo contrario, Alan era realmente atractivo: ojos de un color castaño muy suave, labios carnosos, nariz prominente, cabello abundante, vello facial que le quedaba muy bien, y unos lunares muy bien colocados en su rostro. Por no hablar del potente físico que se gastaba. Y, además, sus orejas de soplillo le resultaron muy graciosas.

—¿Qué pasa?

—N-nada —balbuceó enrojeciéndose.

Él la miró a sus ojos grandes y expresivos, luego brevemente a los labios.

Apartó la mirada, confuso por la velocidad a la que iban sus sentimientos hacia ella.

El móvil de Alan sonó y lo cogió como excusa.

—¿Dónde estás? —Nick pareció furioso.

—Por ahí, con Denise.

—Yo te mato, tío.

—Perdona que no te lo dijera, es que ha sido así sin pensarlo mucho.

—Pásalo bien y haz lo que te venga en gana. Nos vemos mañana en el hall para coger el taxi al aeropuerto.

Alan colgó.

—Has sido débil —se burló ella.

—No quiero que le dé un ataque al corazón.

—Parecéis un matrimonio viejo.

—Gracias.

Denise leyó un mensaje de su hermana que le hizo tapar la pantalla. Escribió de muy cerca.

“No seas bruta, tengo novio.”

“Meh. Uno que pasa de ti”, le contestó ella.

“Pensaba que Alan no te gustaba.”

“Para mí no, pero para ti sí. Hazme caso y fóllatelo esta noche todas las veces que puedas. Porque bueno está.”

“Déjame en paz.”

“Espero que lo disfrutes.”

Kerry-Ann no volvió a decir nada más, y Denise ignoró el resto de los mensajes del grupo. Su cabeza fue un revoltijo de emociones.

—Es aquí, ¿verdad?

—Sí, vamos.

Se bajaron del vagón, salieron del metro y caminaron hasta la larga cola para subir a la impresionante noria.

—No sé, hoy estoy muy contenta.

—¡No es para menos!

Denise lo cogió del brazo, deliberadamente. Él no se apartó.

Cuando les tocó el turno iban con más gente, obviamente, pero se pusieron el uno junto al otro, admirando la fabulosa panorámica.

—De noche impresiona más. Pero tengo que ir a trabajar, si no te habría traído entonces.

—¿A qué hora terminas?

—Buf, no lo sé, de madrugada al ser viernes.

—Vaya, qué pena.

Alan se desilusionó como un tonto.

—¿A qué hora entras?

—A las ocho de la tarde.

La joven observó el paisaje a través del cristal, ensimismada. Alan la miró a ella de igual forma. Su fino perfil, sus labios entreabiertos. Sus pestañas rizadas, el cabello recogido en un moño alto, sin una pizca de maquillaje. Le

pareció preciosa.

Estuvo a punto de buscar su mano y rozarla con los dedos, para darle a entender lo que estaba sintiendo. Deseaba besarla, las mariposas en el estómago se lo pedían.

El teléfono de ella sonó y Alan pegó un respingo.

—Hola, mamá. Sí, entro a las ocho... Ah, bueno. Vale. Nos vemos...

—¿Pasa algo?

—Nada, que irán a verme luego al Beer. Supongo que para felicitar-me.

La Noria fue dando la vuelta completa hasta llegar la cabina a tierra firme.

—Me ha gustado mucho.

—Bueno, viviendo en Nueva York tampoco te impresionará tanto.

—Tendré que volver más a menudo a Londres. ¿Te gustaría? —le preguntó directamente. Ella se quedó un poco confusa.

—Claro que sí, Alan, me encantaría verte más.

Él sonrió, nervioso.

—Espero que el trabajo nos lo permita.

—¡También! ¡Voy a hacer una serie! ¡Me encanta!

—Y yo una película el mes que viene.

—Luego podríamos vernos. ¿Me invitas a Nueva York? Quiero conocer a tu perrito.

—Más bien es un perrazo que se come pelotas de tenis y no gana bastante para veterinarios.

Denise rio a carcajadas.

—¿Vives solo?

—Bueno, con él. Pero sí, vivo solo. ¿Y tú?

—Con Puppy y nadie más. Es un piso pequeño, pero lo cogí por la enorme bañera que tiene.

Abrió los brazos en toda su envergadura.

Alan quiso abrazarla por la cintura en aquellos momentos, y levantarla. Que sus brazos se cerraran alrededor de su cuello y besarla. Pero se contuvo, estaban en plena calle con un montón de gente alrededor y le dio algo de vergüenza.

—Vamos a comer a otro sitio, ya iremos al Beer cuando entre a trabajar, a ver si consigo invitarte a una cerveza. Y luego a mi sitio favorito.

—¿A la bañera?

Denise se quedó pasmada.

—¡Eres como todos los tíos! —frunció el ceño. Alan se quedó

descolocado.

La joven se echó tanto a reír que se dobló sobre sí misma.

—Dios, qué cara que has puesto, Alan.

—Lo dije de broma...

—¡Lo sé! Pero tu expresión no tiene precio —siguió riendo.

—¡Eres mala!

Pero, en el fondo, ambos se lo plantearon seriamente.

## Capítulo 6

Alan y Denise entraron a un restaurante italiano con decoración tradicional.

—Es de mis favoritos. El dueño, Pepe, es italiano. Lleva aquí veinte años y siempre hemos vendido aquí con mis padres y hermanos, desde que soy pequeña.

—¿Tienes hermanastros?

—Sí, mi padre se casó en segundas nupcias con mi madre. Somos muy familiares, la verdad. ¿Y tú tienes hermanos?

—No, soy hijo único.

—¡Denise, *bambina!* —Pepe la saludó efusivamente. Ambos se abrazaron con cariño.

—Te presento a mi amigo Alan, es americano.

—¡Aquí vienen muchos americanos! Salimos en las guías de Internet.

—Porque la comida es de calidad.

—Tú sí que eres de calidad. Y bien, ¿qué os traigo?

—¿Quieres la carta o te fías de su criterio? —preguntó ella a Alan.

—Que me traiga lo que quiera, no le hago ascos a la buena comida italiana.

—Un hombre con buen gusto —le hizo un gesto a Alan con la cabeza, refiriéndose a Denise.

—Voy al baño —comentó ella.

Pepe se acercó al hombre.

—Es la primera vez que trae a un amigo. Este sitio solo lo comparte con su familia.

Alan se sintió muy halagado y sonrió.

—Denise vale mucho.

El hombre le palmeó la espalda y se fue a su cocina.

Mientras Alan esperaba, miró el móvil por primera vez en horas.

Rebecca le había vuelto a escribir, para su disgusto.

“Cariño, estoy muy arrepentida. Fui una estúpida que no sabía lo que estaba perdiendo.”

“Déjame en paz”, le respondió.

Ella leyó enseguida el mensaje.

“Te quiero muchísimo, nunca dejé de quererte”, respondió.

“Vete a la mierda”, escribió él, con toda la acritud.

El teléfono sonó y lo cogió enseguida, pero no dijo nada, solo escuchó sus sollozos al otro lado.

Denise volvió del baño y lo miró con cara de preocupación al ver su expresión. A Alan le temblaron los labios. Luego miró a su acompañante a los ojos y colgó a su mujer sin decir nada.

Quitó el sonido y se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón.

—¿Ha pasado alguna cosa?

—Sí, ha pasado...

—¿Puedo hacer algo por ti? ¿Quieres irte?

—No me quiero ir a ninguna otra parte. Estoy donde quiero estar y con quien quiero estar.

Denise sonrió, azorada.

—Tengo que decirte una cosa, Denise.

Alan se puso serio, tan serio que pareció otro.

—Era mi mujer, Rebecca.

Ella abrió un poco los labios, sorprendida y a la vez desilusionada. Fue como un puñetazo.

—Bueno, aunque seguimos casados, hace un mes que la dejé.

Denise sintió cierto alivio.

—¿Por qué? ¿Os iba mal?

—Porque me engañó con otro hombre. Lo último que esperé de ella tras doce años de relación. Siempre nos dijimos que, si había otra persona, nos los diríamos antes de ponernos los cuernos. Y ella no lo cumplió. Supongo que no pensó que me enteraría. Así que cogí mis cosas, a mi perro, y me fui a casa de Nick. Es reciente que viva solo.

—Lo lamento muchísimo, de verdad —lo dijo sinceramente. Sabía lo que era sentirse secundaria en la vida de otro.

—No para de escribirme desde hace unos días, porque ya no está con el otro tío. Quiere que volvamos.

—Y... ¿vas a hacerlo?

Él dudó un instante, meditando cómo decirlo.

—Tal vez os merecáis otra oportunidad —quiso ayudar, aunque se sintiera hecha polvo.

—Me ha llamado, llorando. Nunca la había escuchado llorar de ese modo...

—Eso es que debe de estar realmente arrepentida, Alan.

Denise le tocó la mano encima de la mesa, para insuflarle ánimos.

—La conocí tras entrar en la Juilliard, ¿la conoces?

—Sí.

—Yo lo estaba pasando bastante mal, porque... Bueno, fui marine de los Estados Unidos, quería ir a Irak. Lo que pasó el once de septiembre me impulsó a ello. El caso es que no pude viajar porque tuve un accidente. Me hundí en la mierda.

Alan jugueteó con los dedos de Denise sin darse demasiada cuenta.

Ella sí lo había notado, pero se quedó quieta escuchándolo atentamente.

—Al final entré en la Escuela. Allí conocí a Rebecca y la verdad es que conectamos bastante rápido. Fue todo muy rodado, ¿entiendes? Me apoyó con mis frustraciones, y con mis sueños.

—Sí... —Le observó hablar ensimismada.

—Hace cinco años que nos casamos. Siempre había sido mi apoyo moral. Realmente no entiendo qué ha pasado. No soy, creo, una mala persona. Tengo mis momentos emo —sonrió al decirlo—, y en ocasiones mis berrinches tontos... Pero ella tampoco es que sea perfecta. Nadie lo es... La he llegado a querer muchísimo.

—¿Y ahora? —Denise fue al grano. Quería saber la verdad.

Alan le soltó la mano, consciente del contacto íntimo.

—Me ha faltado al respeto.

—¿Pero la amas o no? Porque tu decisión de perdonarla y volver con ella solo se basa en eso —insistió.

Alan cerró los ojos y suspiró.

Justo en ese momento le trajeron a ella un plato de espaguetis a la boloñesa, y a él una pizza enorme especial de la casa, con una pinta increíble.

—Gracias —le dijeron ambos al camarero.

—No soportaría que me volviera a engañar. Ni ella ni ninguna otra mujer.

Denise tragó saliva y bebió un poco de agua.

—Es comprensible.

—A tu pregunta del principio; la he mandado a la mierda antes de que volvieras a la mesa.

Dicho esto, cortó un trozo de pizza y se lo comió tan ricamente. Hizo un gesto levantando el pulgar, mientras masticaba.

Denise sintió que botaba en la silla.

No quería alegrarse de que una pareja se rompiera, pero saber que Alan estaba “técnicamente” libre, le puso el corazón a cien. Y la forma de tocarle la mano, suavemente, de manera tan natural... Deseó que volviera a suceder, sentir sus dedos y su calor. Se le erizó la piel solo recordar el contacto.

—¿Has estudiado para ser actriz? —le preguntó Alan.

—He dado clases de interpretación, de balé, de natación y soy buena en idiomas.

—¿En cuáles?

—Inglés, por supuesto, francés y... ¡japonés!

—¿Estás de coña? —Denise negó con la cabeza y una sonrisa en la boca, una de esas que le hacían preciosa a ojos de Alan.

—*Alan et moi passons une excellente journée.*

—Lo he entendido bastante bien. ¿Y en japonés?

—*Watashi wa anata ga sukidesu.*

—¿Qué has dicho?

—Lo mismo —mintió, porque había dicho que él le gustaba—. Soy una friki de la cultura japonesa y la animación

—Yo también veo todo tipo de cine, inclusive el animado. Quisiera poner mi voz, alguna vez, a un personaje.

—Uno sexy —ella le miró mordiéndose los labios.

—¿Sexy?

—Claro, tu voz lo es, aunque hables bajito.

Alan, jugueteó con la comida, sin mirarla.

Ella pensó en su voz sobre el oído, con los labios húmedos pegados a la oreja y se sintió excitada de veras, como hacía mucho que no se sentía.

Se bebió el vaso de agua de golpe.

—¿Estás bien?

—Sí, la salsa lleva un poco de picante —se inventó.

—Pues sí que es fuerte, te has puesto colorada como un tomate.

—¿Quieres postre?

Alan la miró directamente a los ojos y sonrió.

—Sí, quiero postre —dijo, sin dejar de mirarla directamente.

—Pues... —fue a llamar al camarero.

—Luego lo quiero, ahora no.

—Ah, vale...

Alan pensó que lo quería en la bañera, con ella. Pensaba esperarla a que saliera de trabajar, aunque fueran las cuatro de la madrugada. Le quedaban muy pocas horas con Denise y no pensaba desperdiciarlas durmiendo solo en el hotel.

Salieron de nuevo al calor del verano, aunque se estaba poniendo feo.

—Aquí el buen tiempo no dura mucho, no se puede uno hacer ilusiones.

—Ya veo.

—¿Tomamos ese postre?

Alan no supo si ella lo había entendido o no.

—Conozco una cafetería librería a la que suelo ir a pasar las horas yo sola.

No, no lo había pillado, pensó él.

Alan asintió, algo decepcionado.

Fueron hasta el Soho, a una librería café llamada The Society Club. Se sentaron en una de las mesas. Denise pidió la tarta sin lácteos ni azúcar, para veganos. Y un té verde con especias.

—No eres vegana... Antes te has comido los espaguetis a la boloñesa.

—No es por eso, es que tengo endometriosis. Y con esta dieta sin lácteos ni azúcar me va mucho mejor.

—¿En qué consiste eso?

La camarera les dejó el té, la tarta y un café con leche para Alan.

—Resumiendo: me crecen tumores benignos en mis órganos reproductivos y eso hace mi vida un poco más complicada.

La cara de Alan, de pura preocupación, fue un poema.

—Estoy bien, no te preocupes.

—¿Y no tiene solución?

—No mucha. Sobre todo, me afecta cuando menstruo. Me duele y sangro más. Y en otras cosas también me afecta... Cosas íntimas, ya sabes... —susurró.

—Oh, cuánto lo siento.

—Es posible que me produzca infertilidad, pero es algo que no puedo saber aún.

—¿Y hoy te encuentras bien?

—Muy bien —dijo, llevándose un pedazo de pastel a la boca y sorbiendo el té.

—Me alivia que estés a gusto conmigo.

—¿Y tú lo estás conmigo? ¿Lo pasas bien?

—¿A ti qué te parece?

Uno de los perros del dueño se acercó a ellos, contento.

—¿Y esta preciosidad?

—Es Queen —Denise le frotó la cabeza y palmeó su costado.

Queen fue a conocer a Alan, que también la acarició mientras movía su cola con rapidez.

—Le has gustado, está loca por ti —comentó, apoyando la cabeza entre las manos y los codos en la mesa, sonriente.

—¡Vaya! Hoy es mi día; dos chicas guapas locas por mí.

A Denise se le borró la sonrisa de la boca, mientras le observaba jugar con la perra.

Sabía que estaba pasando algo fuerte entre ellos, que una conexión los unía cada vez más. Pero él aún estaba casado, y ella tenía novio. Uno del que no le había dicho palabra, como si no existiera.

—¿Estás bien? —le preguntó Alan al ver que se levantaba.

—Voy a mirar las novedades.

—Te acompaño.

Denise ojeó varias novelas nuevas, pero ninguna llamó su atención. Hasta que cogió un libro con la portada de un paisaje otoñal y el título le agradó.

—”Despiértame cuando llegue setiembre” —comentó en voz alta.

Dio la vuelta al libro y leyó la sinopsis:

*1989. Rachel y Byron son dos jóvenes que se conocerán durante unas vacaciones de verano en Reino Unido: ella llena de vida; él taciturno.*

*Ambos forjarán un vínculo que traspasará las barreras del tiempo, cuando vuelvan a encontrarse años después ya de adultos, de nuevo a finales de agosto, en Nueva Inglaterra.*

*Pero la enfermedad de uno de ellos cambiará sus vidas para siempre.*

*Despiértame cuando llegue setiembre, la nueva y exitosa novela de Ryan Jameson, te hará sentir la conexión entre dos personas completamente distintas, pero que entienden a la perfección la soledad del otro. A través de sus páginas leerás sobre el paso del tiempo, la distancia, el dolor y el amor*

*verdadero.*

—Um... Me gusta este autor, es americano. ¿Te suena? Harry rodado varias películas basadas en sus libros.

—Sí... Ya sé quién es.

—Son historias muy profundas, y que no suelen terminar bien siempre. Como en la vida real.

—¿Lo quieres?

—Sí... Me he quedado sin lectura recientemente.

—Déjame que te lo regale. De hecho, yo también me lo compraré, así podremos comentarlo cuando lo terminemos de leer ambos.

Denise asintió, ilusionada.

Con Brendan nunca podía disfrutar de nada, a él no le gustaba leer.

Abandonaron la librería, cada uno con una bolsa y el mismo libro dentro.

Denise miró la hora y suspiró. El tiempo con Alan llegaba a su fin.

—Perdóname, tengo que irme a trabajar ya.

—Te acompaño hasta allí —se prestó. Ella no se lo negó.

La idea de separarse estaba comenzando a resultar dolorosa para ambos.

En el metro apenas hablaron, pues no supieron qué más decirse, por pura tristeza. Llegaron caminando hasta el 60 de Druid St.

—¿A qué hora sales mañana?

—A las siete nos vamos al aeropuerto —suspiró Alan.

—Me lo he pasado realmente bien, pero he de volver a la realidad.

—La realidad puede cambiar, la tuya está a punto de hacerlo. Estoy seguro de que serás una maravillosa Elizabeth Bennet.

—¿Quieres entrar un rato? —propuso.

Alan la miró intensamente. Se acercó a ella y la cogió por la estrecha cintura, inclinándose sobre su rostro, para atrapar sus labios. Con la otra mano le sujetó la nuca mientras la besaba con dulzura al principio y hambre después.

Denise se vio de pronto rodeada por sus fuertes brazos, contra su amplio pecho, y recibiendo los besos más apasionados que nunca antes le dieron. Agarró a Alan de la camiseta con fuerza, deslizando la lengua en su boca y gimiendo. Le dio totalmente igual que todos los miraran.

Alan le regaló unos últimos besos mientras ambos se sonreían.

—Te voy a esperar a que salgas, pacientemente —susurró él—, quiero pasar estas últimas horas en Londres contigo. Pero escúchame, luego no seré nada paciente. O me llevas a tu casa o te secuestro y te vienes conmigo al

hotel. Me da igual mientras estemos juntos... —aquello se lo susurró al oído, con su voz sexy.

A Denise le temblaron las piernas y le quemó lo que tenía entre ellas.

—¿Estás seguro de que quieres esto? —Ella lo miró a los preciosos ojos que tenía.

—No voy a volver con ella, ya no. He estado dudando todo el tiempo desde que me rogó que la perdonara. Pero hoy he tomado mi decisión, por ti —le confesó—. No quiero aquello más, quiero esto contigo.

—Alan, yo también... —Denise lo asió del rostro y lo besó de nuevo, mordiéndole los carnosos y sensuales labios.

Le cogió de la mano con fuerza, apretándola varias veces, y estiró de él para que se adentrara con ella en el local.

Pero al entrar se quedó pasmada y le soltó la mano abruptamente.

Una pancarta enorme adornaba el bar y toda su familia estaba presente.

Brendan estaba allí de pie, bajo la pancarta. Aquello la dejó lívida.

Alan no necesitó saber más y se dio la vuelta.

Denise lo vio e intentó detenerlo, pero su novio la cogió de las manos y se puso de rodillas.

Volvió a leer la pancarta, sin dar crédito. Luego miró a sus padres y hermanos, que estaban entusiasmados, así como sus amigos, excepto Kerry-Ann, que se notaba que no estaba de acuerdo con todo aquello.

—Brendan... Yo... —volvió a mirar hacia la puerta, pero no quedaba ni rastro de Alan.

No podía decepcionar a toda su familia. No podía dejar a Brendan allí mismo delante de todos ellos, y menos cuando le acababa de pedir que se casara con ella públicamente.

Se sintió morir y se puso a llorar.

Su novio entendió que estaba emocionada y se trataba de un sí, pero Kerry-Ann era consciente, y mucho, de que Denise no lloraba por eso.

Esta se dejó llevar por todos, que daban por hecho que se casaría con Brendan. Se sintió mareada y su hermana la acompañó al aseo para que se mojara la cara.

—No estás bien...

—No... —jadeó sobre la pila.

Kerry-Ann le secó la piel con una toallita que tenía en el bolso.

—¿Me lo vas a contar?

—Creo que estoy enamorada de Alan Davies...

—¿Lo dices en serio? Apenas le conoces.

—Le he conocido más, en un día, de lo que conozco a Brendan. No le llega a la suela del zapato a Alan.

—Madre mía, sí que te ha dado fuerte.

—Ese hombre me ha dado todo lo que me hacía falta, todo lo que echaba de menos en una relación. Eso sin estar juntos. Imagínate si lo estuviéramos, lo que llegaría a darme.

—¿Pero él siente lo mismo?

—Sí... Creo que sí. Antes de entrar, nos hemos besado... Y ha sido distinto a cualquier otro beso. Me he sentido distinta, completa, no sé... Entonces hemos entrado y ha visto todo...

La joven lloró desconsoladamente sobre el hombro de su hermana, sin poder seguir expresándose.

—Él no sabía que tenía novio. No se lo dije, por miedo...

—¿Vas a dejar a Brendan?

—Si Alan me perdona y quiere volver a intentarlo, lo dejaré.

—Llámallo y explícaselo todo.

—No me lo cogerá o me mandará a la mierda, ya lo conozco... Y no podría soportarlo.

—Déjale un mensaje de voz cuando estés más calmada.

Denise asintió con la cabeza.

—Ya me inventaré algo para llevarte a casa, tú quédate aquí.

Kerry-Ann la acercó en coche, tras explicar a sus padres, amigos y a Brendan, que ya venía mala y que necesitaba descanso.

Al joven no le hizo ni pizca de gracia todo aquello y bufó, egoísta como era.

Ya en su casa y en cama, Denise abrazó a Puppy con sumo cariño y mojó su pelaje suave con lágrimas.

Cogió el móvil y dejó un mensaje intentando explicarle a Alan que dejaría a Brendan por él, si le daba otra oportunidad e iba en serio a pesar de la distancia que los separaría.

Supo que Alan recibió y abrió el chat, pero no escuchó el mensaje de voz.

Le escribió de nuevo, rogándole que lo oyera y que, si luego quería, la mandara también a la mierda.

Aquel mensaje ya nunca le llegó, y Denise dedujo que la había bloqueado.

El sentimiento fue muy fuerte; un tremendo agujero en su estómago, y a la

vez una pesada bola de dolor.

Asió el libro que él le había regalado.

Quedaban pocos días para que llegara septiembre.

—Puppy, quiero dormir durante días seguidos, para no sentir esto... Por favor, por favor, despiértame cuando llegue septiembre.

Alan volvió al hotel, aguantándose las lágrimas todo el camino. Fue una mezcla de sentimientos: desazón, vergüenza, ofuscación, dolor, enfado... Pero sobre todo rabia por haber sido engañado por dos mujeres en tan poco espacio de tiempo.

Lo peor fue que lo de Denise se le clavó como un puñal.

Leer “¿Quieres casarte conmigo?”, y ver al novio allí, fue más de lo que pudo soportar, sobre todo porque ella había obviado deliberadamente que tuviera uno.

Llegó a su habitación, cerrándola de un fuerte golpe. Tiró la bolsa con el libro sobre la cama y fue a ducharse.

Salió rápidamente, se secó el cabello con una toalla y se metió en la cama.

Hundió la cara en la almohada y se echó a llorar de pura rabia.

Denise le gustaba demasiado, hasta el punto de querer apostar por ella y dejarse enamorar, de nuevo. Pero no soportó el engaño y haber hecho el ridículo de aquella forma.

Buscó su móvil en el bolsillo del pantalón.

Afortunadamente su ex no lo había vuelto a molestar, pero tenía un mensaje de voz de Denise. Borró este sin escucharlo, enfadado como estaba, y la bloqueó sin más.

A la mañana siguiente se fue con Nick al aeropuerto de Heathrow. Este le vio la cara y reconoció su expresión como si le hubiera parido. Tenía la misma cara que cuando dejó a Rebecca, o peor incluso. No hizo preguntas, Alan no quería ser preguntado.

Y así abandonaron Londres.

## Capítulo 7

# RECUERDOS

*Hablar de lo que pasó entre nosotros, durante dos épocas distintas de nuestras vidas, no es fácil.*

*Para algunos, esta historia será de amor, para otros lo será de desamor. Para mí; de nuestra vida unidos.*

*No puedo decir que estos tiempos hayan sido felices, desde que te conocí, ni siquiera cuando más dichosos lo fueron. Era complicado estar juntos, era complicado por razones ajenas a nosotros.*

*A pesar de ello, jamás desistí, jamás reulé. Tú me enseñaste: “siempre hacia delante”, cuando más atrás quería ir yo y encerrarme en mi burbuja de nuevo. Aquella de la que te fue tan complicado sacarme al conocimiento. A la que volví por casi 10 años hasta que nos encontramos nuevamente. La segunda vez entraste con valentía y me arrastraste, a la vez que yo quería que te quedases conmigo para siempre. En la oscuridad los dos.*

*Pero tú tenías demasiada luz, me deslumbrabas todo el tiempo. Jamás he conocido a alguien tan alegre y valiente, tan distinto a mí en todos los aspectos.*

*Excepto en el de la soledad.*

*Tú estabas sola, y yo también. Ahora me da vergüenza admitir que me hice la víctima, que nunca estuve tan solo como creí, no en comparación contigo. Tuve cosas de las que tú careciste, y tú te ganaste esas cosas que a mí me faltaron.*

*Pero al unirse nuestros destinos, un final de agosto, dejamos de estar solos.*

*Echando la vista atrás, recuerdo nuestro último momento juntos en el verano del 89, la última noche que disfrutamos de esa soledad mutua el 31 de agosto. Me dijiste: “despiértame cuando llegue septiembre”, y yo te dejé dormir y me fui, pero no te desperté.*

*Y volví a mi burbuja hasta que entraste en ella de nuevo, muchos años después.*

Denise dejó el libro, ese libro que estuvo muchos meses dentro de una bolsa, sobre la mesilla de noche del hotel donde estaba alojada, junto al resto del set de rodaje de Orgullo y Prejuicio.

Se dijo a sí misma que, cuando consiguiera superar lo de Alan, lo leería. Con más miedo que otra cosa, se lo llevó al rodaje. No lo leyó las primeras semanas, pues acabó agotada. Aquel había sido su primer día libre completo, de descanso general, y pudo ponerse al fin.

Pero no supo si seguirlo, por la melancolía que ya destilaban sus primeras páginas. Sin embargo, cuando se hacía una promesa la cumplía.

—Solo es un libro... —musitó acariciando la portada.

No, no solo era un libro. Era el libro que le regaló Alan en el día más bonito, y a la vez más horrible, de su vida. Se imaginó muchas veces comentándolo con él, cuando estuvieran lejos el uno del otro, contando los días para volver a verse de nuevo.

Eso nunca llegó a pasar, porque la había jodido con él de la forma más patética del mundo.

Unos minutos más y le habría dicho que tenía pareja, pero que llevaba tiempo pensando dejarla, y no habría pasado nada de aquello.

Ella tuvo lo que se mereció, pero el daño irreparable a Alan ya estaba hecho.

Se vio todos los capítulos de su serie, hecha una bola llorosa. Rio y sollozó en cada temporada. Él estaba increíble, y cuanto más lo veía más se enamoraba.

Kerry-Ann le acabó borrando la serie y tirando los DVD a la basura, con tal de que no siguiera regodeándose en su mierda.

Decidió entonces continuar con Brendan, y centrarse en su carrera interpretativa y en la boda. Este había cambiado bastante, en apariencia, y estaba más por ella cada día, la visitaba más, la apoyaba con la mini serie.

Pero en el fondo sabía que era un sustituto del amor real. Si alguna vez estuvo enamorada de Brendan como lo estuvo de Alan, no podía recordarlo.

Con el paso de los meses, se enteró de que él había vuelto con su mujer. Los vio juntos en Internet, en fotografías de un Festival de cine. Ella era alta y muy atractiva, con los cabellos largos y castaños. Le miraba siempre con admiración. Él, como siempre, estaba muy guapo vestido de gala. Pero notaba una especie de tristeza en su mirada. Él, cuando lo conoció, no tenía esos ojos.

A Denise le llegó un mensaje de su hermana.

“¿Cómo va con Darcy?”

“Me lo estoy pasando muy bien, la verdad. Son todos unos actores estupendos”, le respondió.

“¿Qué haces?”

“Leer un libro lacrimógeno.”

“Vuelves la semana que viene, ¿no?”

“Sí, ya estamos a punto de terminar.”

“Estoy deseando ver la serie.”

“Yo no sé si seré capaz de verme actuar, qué vergüenza.”

“¿Retomarás los preparativos?”, preguntó refiriéndose a la boda.

“Supongo que sí.”

“No te veo muy entusiasmada. ¿Tú estás segura de lo que vas a hacer?”

“Ya dije que sí.”

“Tú misma”, le mandó una cara de asco.

“Gracias por los ánimos, sobre todo teniendo en cuenta que serás mi dama de honor.”

“Lo hago por ti. Pero sabes que Brendan no me gusta. Y te irás a vivir con él a Liverpool.”

“Su trabajo está allí, y yo espero que con esta serie me contraten para más papeles, así que no estaré siempre en Liverpool.”

“Sabes que Alan está en el país, ¿a qué sí?”

Aquello fue una puñalada traperera para Denise, que le había pedido no hablar del tema nunca más tras tirarle toda la serie a la basura.

“Sí que lo sé, rodando la película para la que vino a hacer la prueba de casting.”

“¿Y qué piensas hacer?”

“¿A qué te refieres?”

“¿Vas a contactarle?”

“Primero: me bloqueó el teléfono. Segundo; no quiere saber nada de mí. Tercero; prefiero no volver a verlo en persona nunca más.”

“Vale, pues cástate con Brendan y olvida Alan. Es un gran plan.”

“Ya lo he olvidado”, se defendió Denise.

“Eso no te lo crees ni tú, bonita”, atacó Kerry-Ann.

“Vete a la mierda, guapa.”

“Yo también te quiero”, le escribió su hermana, seguido de muchos corazones e iconos de besos.

Denise tiró el móvil a un lado y suspiró.

Cogió el libro y siguió leyendo:

# ENCUENTROS EN AGOSTO

Corría el año 1989 y en las radios sonaba *Right Here Waiting*, de Richard Marx, hacia finales de agosto.

*Oceans apart day after day  
And I slowly go insane  
I hear your voice on the line  
But it doesn't stop the pain*

*If I see you next to never  
How can we say forever*

*Wherever you go  
Whatever you do  
I will be right here waiting for you  
Whatever it takes  
Or how my heart breaks  
I will be right here waiting for you*

*I took for granted, all the times  
That I thought would last somehow  
I hear the laughter, I taste the tears  
But I can't get near you now*

*Oh, can't you see it baby  
You've got me going crazy*

*Wherever you go  
Whatever you do  
I will be right here waiting for you  
Whatever it takes  
Or how my heart breaks  
I will be right here waiting for you*

*I wonder...*

Rachel era una de esas adolescentes solitarias, que caminaban por Londres con la cabeza bien alta y sin miedo a nada. Iba con su walkman, escuchando las canciones de moda, entre ellas *Right Here Waiting*.

Lo había encontrado rebuscando en la basura, roto. Pero su pericia reparando cosas le hizo recuperarlo, aunque fallaba de vez en cuando y la cinta del cassette se enroscaba y tenía que arreglarlo.

Se había convertido en una de sus pocas pertenencias, propiamente suyas.

Volvió a la casa de acogida en la que llevaba unos meses. Y entró en su cuarto sin decir nada a nadie.

Lucy, su madre de acogida, abrió la puerta con el ceño fruncido.

—Rachel, podrías al menos saludar.

La joven la miró sin haber oído una palabra, pues seguía llevando los cascos con el volumen a toda pastilla.

—¡Rachel!

—¿Qué? —Se quitó los cascos.

—Qué saludes cuando entres.

—Vale —sonrió a la mujer y, cuando esta se fue, volvió a su mundo.

Llevaba yendo de un lado a otro en casas de acogida, ya que sus padres la abandonaron de muy niña y apenas si los recordaba. Al no ser un tiernecito bebé, nunca llegaron a adoptarla, por lo que acabó así; en centros o en casas de acogida, con solo 15 años.

Después de cenar con su “nueva familia”, que solo quería de ella esa parte de la paga que le daba el estado para su manutención, Rachel se volvió a marchar a rebuscar cosas para vender o reparar.

Vivían cerca del Tower Bridge, por donde pasaban muchos turistas para ver el puente. Más de una vez había robado algo, pero no se sentía bien; no era ese tipo de chica. Ella prefería rebuscar tesoros que otros desdeñaban.

La joven Rachel caminó por los alrededores y le pareció ver a un hombre alto y delgado, de cabellos negros, a punto de tirarse al agua en la vera del río. Corrió hacia él de tal forma que su walkman se cayó al suelo y se rompió.

Se lanzó contra él, agarrándolo de la cintura y noqueándolo.

—¡Qué haces! —le chilló poniéndose sobre él.

—¡Qué haces tú, niña loca! —Intentó quitársela de encima.

El hombre era un joven algunos años mayor que ella, vestido de negro y con los cabellos oscuros y largos hasta debajo de las orejas.

Lo dejó libre.

—¡Vi lo que ibas a hacer, chaval!

—¿Hacer qué? —Se levantó, airado.

—Tirarte. ¿Sabes lo fría que está el agua, gilipollas? Si llego a tener que saltar hubiera cogido una pulmonía.

—¿Tirarme? Solo estaba mirando...

Rachel lo observó suspicaz. El chico se apartó el pelo de la cara, rojo como la grana.

—Oh, mi walkman.

La chica fue hacia él y se puso a llorar, pues lo encontró hecho pedazos.

El joven se le acercó, mordiéndose el grueso labio.

—Lo siento...

Ella lo miró con un puchero.

—¿Sabes lo difícil que fue arreglarlo?

—Puedes comprarte otro.

—¿Tengo pinta de tener una sola libra en el bolsillo? —Se lo enseñó, roto por un lado.

—Te compraré uno nuevo.

—¿Lo harías?

—Sí...

Rachel jugó con la mala conciencia del chico.

Caminaron juntos hasta la vera del puente.

—¿Cómo te llamas?

—Byron.

—Qué nombre tan feo. Te llamaré Byron. Yo soy Rachel, pero me puedes llamar Rachel. ¿Eres norteamericano?

—¿Cómo lo sabes?

—¡Por el acento ese que no se te entiende apenas! —bromeó—. ¿Estás de vacaciones o algo?

—No. Es que mi madre es diplomática y llevamos viviendo aquí un tiempo.

—¿Y estás con tus padres?

—Solo con ella... Mi padre está de viaje constantemente, es piloto.

Entraron en una tienda de electrónica.

—¡Rachel! —la llamó el dueño—. ¿Otra vez por aquí, chiquilla? Ya te dije que no pensaba cogerte ninguna de esas chapuzas que me traes.

—¡No he venido a eso! Mi amigo Byron me va a comprar un walkman nuevo. ¿A qué sí?

Este asintió, azorado.

El dueño lo miró de abajo arriba. Si no fuese porque vestía con buena ropa, habría sospechado de él por su aspecto oscuro y serio de chico retraído.

—¿Este podría ser? —Byron vio el precio y tragó saliva. Rachel lo miró con carita de cachorrito.

—Vale...

Ella lo estrujó entre sus brazos, para sorpresa de Byron.

Pagó en la caja y se fueron. Rachel lo miró tan feliz que se le contagió algo de ese estado.

—Aunque pareces un raro, eres buen tío.

—¿Raro yo?

—Bueno, no hablas demasiado.

—Ya hablas tú por los dos.

—¡Ja, ja, ja! —Rachel le pegó con el puño en el brazo—. Qué gracioso eres. Joder, me he hecho daño.

Ella era mucho más pequeña y niña que él.

—¿Y tú cuántos años tienes, Byron?

—Diecinueve.

—Yo catorce.

Se sentaron en un parque cercano, al sol de agosto. Rachel abrió, emocionada, su nuevo walkman y metió la cinta, para probarlo. Estuvo un rato escuchando, y cerró los ojos, meciéndose de un lado a otro, hasta apoyarse en Byron.

—¡Va bien! —gritó con estridencia.

El chico le quitó los cascos.

—No hace falta que grites tanto.

—Es que no me oigo. Perdona.

—¿No tienes que ir a casa?

—¿Tienes que irte tú?

—No, mi madre está en un acto benéfico de no sé qué... en vez de pasa el día conmigo —dijo con acritud.

—Capto cierto rencor.

—Nunca me hacen caso. A veces me quedo con mi tío, Liam. Pero esta vez él tenía cosas que hacer, y mi madre tuvo que traerme.

—Pero ya eres mayor...

—Sigo viviendo con ella y no se fia de dejarme solo tantos meses.

—Entiendo... Yo es que no tengo padres.

—¿Se murieron? —Ella encogió los hombros.

—Me abandonaron y ya está. No sé si están vivos o muertos, me importa una mierda.

Byron supo de inmediato que no era cierto.

—Vaya, estamos los dos bastante solos...

Rachel lo miró a los ojos directamente. Puede que tuviera catorce años, pero al chico le resultó muy guapa.

—¿Y si nos vamos por ahí a pasar el día? Nadie nos echará de menos.

Byron asintió, animado. Aquella chica lo arrastraba fuera de su burbuja.

Caminaron por Londres, tomaron un helado e incluso Byron la invitó a comerse una pizza en una cadena famosa.

Pasadas las once de la noche, la acompañó hasta la puerta de sus padres de acogida.

—¿Volveremos a quedar? Me he divertido mucho.

—¿En serio? Soy un muermo.

—¡Qué va! Eres un trocito de pan.

—Me parece bien pasar juntos los días que me quedan.

—¿Que te quedan?

—El uno de septiembre nos volvemos a Nueva Inglaterra, a Maine, donde vivimos habitualmente. Bueno, yo, mis padres apenas paran por casa.

—Oh... Pues... ¡Nos divertiremos todo este tiempo!

Rachel le indicó que se inclinara hacia ella, y le dio un beso en la mejilla.

—¿Mañana en el puente a las doce del mediodía?

Él asintió, enrojeciendo por momentos.

Cuando ella iba a meterse en la vivienda, Byron la detuvo con unas palabras:

—Iba a hacerlo... en el río...

—Lo sé...

Y se metió en casa.

## Capítulo 8

# SALIENDO DE LA BURBUJA

Byron quedó con Rachel cada día de los que le quedaban en Londres. Su madre no solía enterarse de que llegaba tarde cada noche. Estaba fuera o dormida. Al día siguiente jamás le hacía preguntas y actuaba de forma normal.

El chico supuso que simplemente ni se daba cuenta, ya que lo habitual en él era encerrarse en su cuarto a ver películas, a todas horas.

Aquella mañana sí habló con él, en el desayuno.

—Ayer me di cuenta de que no estabas...

—Salí un rato con una amiga que he hecho.

—¿Una amiga?

—Una chica, sí.

Su madre no pudo creerlo.

—La conocí el otro día, paseando. Sin querer le rompí su walkman...

—Le comprarías otro.

—Sí, madre, claro que sí. A raíz de eso nos hemos hecho amigos.

—¿Es de tu edad?

—No, más pequeña. Pero es muy madura.

—Puedes traerla a casa, si quieres, y así la conozco.

Byron no dijo nada y volvió a su hermetismo habitual.

—¿Has hecho las maletas?

—Estoy en ello... —contestó vagamente.

—Mañana nos vamos, Byron.

—Ya lo sé... —frunció el ceño, molesto.

—Podrás volver a casa.

—Sí...

A una casa solitaria sin padres habituales y un tío estricto. Lejos de Rachel.

Aquel pensamiento fue lo que más le dolió.

Tras el desayuno, bajó en metro hasta donde siempre quedaba con Rachel, que lo esperaba como era habitual.

—¡Hola! —lo saludó con alegría. Él, en cambio, se mantuvo en modo deprimido toda la mañana.

—Oye, ¿qué te pasa?

—Que mañana me voy.

—¿No me dijiste que estabas harto de Londres y querías volver?

—Ya...

—Ah, claro, es porque ya no nos veremos más —fue directa al grano.

—No me hace gracia, lo reconozco.

—¿Pero lo has pasado bien estos días?

—Mucho —sonrió.

—Te he sacado de la maldita burbuja.

Rachel lo cogió de la mano.

El joven se sintió azorado con el contacto. Ella no era una niña a sus ojos.

—Vamos, vamos a pasear —tiró de él entre risas, sin soltarle la mano.

Aquel día fue perfecto para ambos. Rieron, charlaron, comieron pizza y pasearon por el Real Jardín botánico de Kew. Byron llevó su cámara de fotos y compró dos carretes.

—¿Me haces una? —preguntó Rachel.

—Claro.

Enfocó con el objetivo y le hizo unas cuantas.

—¡Señora! —Ella interceptó a una mujer—. ¿Nos hace una foto a mi novio y a mí? —soltó de golpe.

Byron se quedó rígido como un palo al escucharle decir aquello. Rachel le pasó el brazo por la cintura. Él se atrevió a posar su mano en el hombro de la chica, que se apoyó en él.

La señora les devolvió la cámara, mirándolos raro.

—Rachel, no digas esas cosas...

—¿Por qué? ¿No es verdad?

Byron bajó la cabeza, incapaz de decir nada más.

—¿No te gusto? —preguntó ella.

—No me hagas responder...

—Vale... Perdona... supongo que deberíamos irnos... a casa.

—¡No!

—¿No de no te gusto?

—No de no quiero irme a casa.

—¿Y lo otro?

—Claro que me gustas, pero tienes catorce años.

Rachel le sonrió y volvió a cogerle de la mano.

—Hoy serás mi novio, idiota.

Al llegar la noche, se quedaron en el parque cercano de casa de acogida. Ella escuchaba música en los cascos, apoyada en su hombro, con los ojos cerrados.

—Me encanta esta canción...

—¿La de Richard Marx que escuchas tanto?

—Sí.

—Es triste —Byron bajó la cabeza.

*Me pregunto cómo podríamos sobrevivir  
a este romance.*

*Pero al final, si estoy contigo,  
aprovecharé la oportunidad.*

*Oh, ¿no puedes verlo cariño?  
me estás volviendo loco.*

*A donde quiera que vayas,  
cualquier cosa que hagas  
estaré justo aquí esperándote.  
Todo lo que sea necesario,  
o de cualquier forma en que mi corazón se rompa,  
estaré justo aquí esperándote.*

*Esperándote.*

Rachel recitó aquella parte, entre susurros, y se puso a llorar, mirándole.

Byron la abrazó contra él, y la besó en los labios temblorosos.

—No llores más...

—Te esperaré siempre.

—Volveré por ti, te lo prometo.

—No prometas cosas que no puedas cumplir.

—Espérame... Cuando pueda, volveré, de verdad. Y no estaremos solos nunca más.

—Tengo sueño, pero no quiero ir a casa... Deseo quedarme contigo...

—Duerme aquí, entre mis brazos.

—Byron...

—Dime...

—Despiértame cuando llegue septiembre...

Rachel se durmió, pero Byron no la llegó a despertar, dejándola sobre el

banco, muerto de dolor. Cogi3 la cinta de cassette, guard3ndola.  
Y se fue, a su burbuja de nuevo, durante muchos a3os m3s.

oOo

Alan cerró el libro tras acabar el prólogo y los dos capítulos. Se sintió de algún modo identificado con aquel joven Byron, metido en su burbuja durante la adolescencia.

Cuando leyó la parte del último día de Rachel y Byron por Londres, no pudo evitar imaginarlos como él y Denise durante el agosto pasado.

Se llevó el libro de vuelta a Reino Unido, con la intención de dejarlo en una de esas esquinas donde la gente se separaba de la literatura que ya no necesitaba, para que llegara a otros. Pero fue incapaz de deshacerse de él en el último momento. Algo le dijo que tenía que leerlo antes de desprenderse definitivamente.

Tras su vuelta a Nueva York, Nick le preguntó qué había pasado y se lo contó todo. Este se quedó perplejo y entendió que no quisiera saber nada.

Estuvo un tiempo solo con su perro, tentado en más de una ocasión de desbloquear a Denise y hablar con ella y escuchar su versión. De hecho, la desbloqueó y a menudo entraba en el chat para ver si estaba en línea. Aquello fue lo más parecido a estar conectados.

Se concentró en su trabajo a 200%, preparando su papel.

Una mañana de diciembre, Rebecca apareció en su apartamento. El perro la recibió con alegría, tanta que casi la tiró al suelo.

Con el paso del tiempo, fue borrándose el rencor que sentía por ella, y su mujer le dijo que si quería el divorcio lo comprendía, pero le rogó una última oportunidad.

De alguna forma, con tal de olvidar a Denise, accedió. Porque mirar cada día el WhatsApp y esperar a verla conectada, para no atreverse a decirle nada, lo estaba volviendo loco. Darle otra oportunidad a una relación de doce años era lo más lógico del mundo.

Nunca le contó a ella lo de Denise, lo vio innecesario.

Pero sabía que ya no sería lo mismo, aunque Rebecca no lo dejó ni un instante, siempre intentando que confiara plenamente en ella de nuevo.

Aquella nueva etapa empezaría lenta, muy lenta, ni siquiera viviendo juntos. Más bien se comportarían como dos personas adultas volviendo a conocerse.

Llegó el momento de volver a Londres, y le alivió saber que Denise estaba al noroeste del país, rodando Orgullo y Prejuicio.

Solo tenía que quedarse un par de semanas, para las escenas de Londres, y

el rodaje habría terminado.

Después de aquello le dijo a Nick que necesitaba un tiempo sin rodar nada, cosa que a su amigo le puso los pelos de punta, pero que tuvo que aceptar.

La idea era irse de viaje con Rebecca para consolidar su relación, pues seguía sin estar seguro del todo.

El libro lo llevó consigo para dar punto final a una fugaz historia de amor, a una locura de verano. Después de aquello, borraría el número de la joven, para siempre.

No se esperó jamás que la historia fuera a tener tantas similitudes con ellos dos, haciendo que su interior se volviera del revés nuevamente.

—Alan...

Nick lo sacó de sus pensamientos.

—¿Qué?

—Te veo mal...

—Oh... Es el libro, me ha dado lástima. Empatizo rápido, ya lo sabes.

—Es lo bueno y lo malo de ser actor, supongo.

—¿Desde cuándo lees ese tipo de libros románticos?

—Es de Ryan Jameson. No solo cuenta la historia desde el punto de vista femenino.

—¿No le dieron un Oscar al mejor guion adaptado de una de sus novelas?

—Sí.

—Entonces te dejo leer ñoñerías —indicó.

—A lo mejor deberías leerlo tú también, tu mujer te lo agradecería. ¿Me oyes? —Nick se fue de la habitación de hotel.

Y siguió leyendo.

## Capítulo 9

Sentada en una silla plegable, leyendo su guion, Denise se preparó para la escena final que debían rodar. Observó la mansión que emulaba Pemberley; majestuosa y rodeada de un hermoso paraje, como en el libro se describía.

En unos días volvería a Londres, con su Puppy y a su bañera de espuma y burbujas. Echaba mucho de menos a sus padres y hermanos, en especial al Kerry-Ann.

Pero se le hizo un mundo en pensar que debería continuar con los

preparativos de su boda. Hablar con Brendan de ello se le atragantaba. Él parecía siempre muy ilusionado y ella tenía que fingir.

Estaba de todo menos segura, pero las familias de ambos, que se conocían desde siempre, botaban de ilusión y no podía ni pensar en traicionarlos.

Hubiera preferido vivir antes con Brendan, al menos para saber si la convivencia podía ser buena o, por el contrario, un desastre.

—¡Denise! —la llamó la asistente del director—. Hay que rodar.

—¡Voy!

Se recogió la falda del vestido y caminó por la hierba, para rodar la escena donde Lizzy y Darcy se despedían tras un emocionante reencuentro.

Fue todo muy bien, apenas tuvieron que repetir nada. Su compañero de actuación la ayudó a subir al carruaje, y ambos se miraron mientras este se alejaba.

Se escuchó un “CORTEN”, y todos aplaudieron y se abrazaron.

De vuelta ya en casa, su hermana le llevó a Puppy, que le ladró con alegría. Casi se orinó encima de la emoción. Entre que estaba mayor y la echaba de menos, el pobre casi no pudo aguantarse. Lo sacaron a pasear por la manzana, mientras charlaban: —¿La experiencia que tal?

—Buf, fabulosa. Estoy de los nervios... ¿Y si no gusta a la gente? ¿Y si me comparan con las otras Elizabeth Bennet?

—Cariño, si es que ya eras una Lizzy, no te preocupes.

—Uy, ha hecho caca —dijo Denise. Recogió las heces perrunas y las tiró a la basura.

—¿Has hablado con Brendan?

—Sí, vino a verme unos días al set de rodaje.

—Denise, nunca te lo había querido decir antes, pero... Intentó ligar conmigo en tu última fiesta de tu cumpleaños, cuando estaba borracho.

Denise se quedó de piedra, no supo cómo reaccionar. Creía a su hermana, obviamente.

—Vaya...

—No pasó nada. Lo mandé a la mierda, me pidió disculpas y me rogó no te lo contara. Te lo digo porque no quiero que cometas un error del que te arrepientas...

—Bueno, yo... Estuve a esto de serle infiel...

—Eso no justifica lo que hizo.

—No, no lo justifica.

—Lo que sí indica es que hay algo entre vosotros que no va bien.

—En esos momentos no lo iba en absoluto.

—¿Y ahora?

—Le noto cambiado. Me llama y escribe cada día, me cuenta los planes de boda, hablamos sobre el viaje de novios a Japón... ¡Tengo muchas ganas de ir al viaje!

—Eso ya lo sé. Pero ¿y de casarte tienes ganas?

—No lo sé... —se sinceró.

—¿Todavía piensas en Alan?

—Sí... Pero ¿qué puedo hacer? Nada.

—¿Y si pudieras?

—Ha vuelto con su esposa. Tomó una decisión y yo no soy partícipe en su vida. Solo lo fui un día, realmente.

—Ya... Yo solo te digo que no la vuelvas a cagar.

—Vamos, Puppy ya resopla de cansancio.

Volvieron a casa y dejó al perrito descansando en su cama. Se despidió de su hermana y fue a darse un baño.

Cogió el libro, y leyó el final con lágrimas en los ojos. Lo dejó hundirse en el agua caliente, estrujándolo contra su pecho, con las manos temblorosas.

No pudo parar de llorar ni siquiera al salir de la bañera. Cuando el agua se fue por el sumidero, el libro quedó hecho un asco dentro de la bañera.

Fue incapaz de sacarlo de allí.

Se secó el pelo a duras penas, y se fue a la cama con Puppy, apretándolo contra sí, llorosa.

El final fue demasiado emotivo. Toda la historia lo había atrapado de principio a fin. Lo que hubiera dado por compartirla con Alan.

Se preguntó si la habría leído.

Siempre, todos sus pensamientos le llevaban a él. Cada día. ¿Por qué seguía engañándose tanto a sí misma? Ni siquiera podía contactarle.

—Basta ya, Denise... —susurró sobre la almohada—. Tienes que seguir adelante.

En el mismo Londres, a solo unos días de volver a Nueva York, Alan miró el techo del hotel, con el libro abierto sobre su pecho, por la última página.

Le había dejado impactado, en shock.

Aspiró y luego soltó el aire lentamente, intentado calmarse y asumir la historia de Byron y Rachel.

Sacó una conclusión; las oportunidades de la vida había que aprovecharlas.

Cogió su móvil y abrió el WhatsApp, buscó el número de Denise y escribió unas líneas.

En esos momentos también le escribió Rebecca, así que fue a leer su chat.

“¿Ya has acabado el rodaje?”

“Sí, justo hoy”, respondió.

“Estoy deseando verte.”

Alan se sintió mal.

“Te quiero”, le dijo ella.

“Me voy a dormir, aquí es tarde.”

“Buenas noches, cariño.”

Alan volvió al chat de Denise y borró lo que había escrito. Dejó el libro sobre la mesilla, con la promesa de que, al día siguiente, lo dejaría en manos del destino para que llegara al corazón de cualquier otra persona.

Y así decidió cerrar el capítulo de su vida llamado Denise.

oOo

*El destino es imprevisible, y pone en tu camino cosas que jamás creíste que sucederían. Así fue como Rachel volvió a mi vida, después de diez años sin saber de ella, como un recuerdo del único momento feliz de mi existencia como adolescente, incluso diría que como adulto joven.*

*Nunca dejé de pensar en ella, y cada 31 de agosto, justo antes de que llegara septiembre, escuchaba nuestra canción, en el viejo cassette que me llevé.*

*Estuve con otras mujeres, pero ninguna llenó el vacío de mi soledad, ni consiguió penetrar en la burbuja.*

*Tras el distanciamiento con mis padres y mi tío, vivía solo, trabajando para una empresa farmacéutica internacional, ubicada en Portland.*

*Cuando Rachel reapareció en mi anodina existencia, no pude creerlo.*

*¿Estaba el destino brindándome una segunda oportunidad?*

*Pero no fue tan fácil. Ella no me perdonó por robarle su corazón.*

oOo

—Alan, el Sr. Jones quiere hablar con nosotros hoy —le comentó Nick, durante el desayuno.

—¿Hay que volver a rodar algo más?

—No, no es eso. Me ha llamado esta mañana para pedirme si podría ser...

—No hay problema.

Nick le observó, poniendo los ojos achinados.

—¿Qué te pasa?

—No me pasa nada.

—Llevas unas ojeras...

—No he dormido bien. Ayer me acabé el libro, tarde...

—¿Todo bien con Rebecca?

—Sin problemas. A qué hora es eso...

—A las doce del mediodía.

—Ok, tengo tiempo entonces.

—De qué.

—Una cosa que solo me atiene a mí —concluyó, ante el ceño fruncido del representante.

Denise se levantó de cualquier forma, al escuchar su teléfono sonar.

—¿Diga? —Se apartó el pelo de la cara.

—¡Hola, querida!

—Ah, Sr. Jones.

—Llámame Matt, querida. ¿Cómo lo has pasado?

—Muy bien, ha sido una gran experiencia para mí, una gran oportunidad.

—Bien, quería hablar hoy contigo. ¿Podrías venir o te es imposible?

—He quedado a comer con mis padres, pero no es problema aplazarlo.

—¡Estupendo! A las doce en los estudios de la BBCC. Pregunta por mí en la recepción, y te pasarán a mi sala de reuniones.

—Vale, allí estaré puntual, como siempre.

—¡Hasta pronto!

Se tuvo que volver a lavar el pelo, pues parecía el de una bruja. Lo peinó cuidadosamente, se maquilló un poco y se puso su vestido verde con la chupa de cuero negra.

Puppy ladró.

—¿Qué pasa? Sí, la mami se va un poquito, solo un poquito esta vez.

Se calzó los botines negros y se puso pendientes y pulseras.

—Vamos allá, a ver qué quiere este buen hombre —le dijo a Puppy, que la miró con la lengua fuera—. A lo mejor me ofrece hacer otra serie... —pensó con entusiasmo.

Antes de salir de casa, recogió el libro deformado de la bañera y tuvo que tirarlo.

—Debo seguir adelante, definitivamente.

Después de aquel acto, partió camino de la BBCC.

Alan y Nick llegaron con quince minutos de antelación. Tanto Jones como Williams, el productor americano, los esperaron en la sala de reuniones habitual. Tomaron asiento y se les ofreció té, café o agua.

—Esperaremos a que llegue otra persona para lanzar nuestra nueva propuesta.

—¿Otro trabajo? —preguntó Nick.

—Sí, correcto. Una nueva colaboración. Estamos muy contentos con Alan.

—Gracias —dijo este, sonriendo. Siempre resultaba alentador se reconocido.

Unos toques en la puerta los interrumpieron. Jones se levantó para abrir.

A Alan se le borró la sonrisa de la cara, y Nick alucinó, temiéndose lo peor.

—Señorita Rains, pase...

Denise miró a Alan, perpleja. Se quedó tan parada que Matt tuvo que guiarla hasta una silla.

—Gracias... —disimuló lo mejor que pudo su turbación.

—Bien, ya estamos todos.

La joven bebió de una botella, que tenía delante, casi todo su contenido. La boca se le quedó seca de pronto.

Alan intentó no mirarla, ni ella a él, aunque la joven advirtió que no llevaba ni perilla ni bigote, pero le resultó igualmente atractivo.

—Ya nos conocemos todos de sobra, así que vamos a lanzar la propuesta. Desde que vi a la señorita Rains, y al señor Davies, interpretar un pasaje de Orgullo y Prejuicio, ronda por mi cabeza que trabajen juntos, por la química que desprenden actuando.

Denise miró a Alan, dudosa. Este la miró a ella y luego a Matt, que siguió hablando:

—Hemos comprado los derechos internacionales de una novela que lleva

meses en los primeros puestos de ventas, desde que salió en agosto pasado.

Alan tragó saliva, igual que joven.

—Se llama “Despiértame cuando llegue septiembre”.

Las manos de ella temblaron bajo la mesa, sujetando su bolso. Alan pareció más tranquilo, con las suyas sobre el tablero, entrelazadas.

—¿La conocen?

—Sí, la he leído —comentó él.

—Yo también la he leído...

—Nos gustaría que fuerais los protagonistas adultos; Rachel y Byron. Sabemos que es una historia romántica, con mucha carga dramática. Pero os tiene que interesar a ambos, claro. Si no, preferimos buscar a otros actores... Es la única condición.

A Denise le latió tanto el corazón que las orejas le palpitaron. Miró a Alan, este a Nick, y Nick a Denise.

Hubo un silencio algo incómodo.

—¿Sucede algo? —preguntó Williams.

—¿Cuándo sería el rodaje? —Alan rompió el silencio.

—Pues... No está confirmado aún, pero el mes que viene. El guion ya está adaptado hace tiempo, y las localizaciones serán en Maine, especialmente en Portland, Nueva York y Londres.

—Srta. Rains, ¿usted tiene algo programado? Como no cuenta con agente todavía...

—No, yo... estoy libre... —volvió a mirar a Alan.

—Bueno, tengo que mirar la agenda de mi cliente —dijo Nick, sabiendo perfectamente que Alan pretendía cogerse aquel tiempo libre para estar con Rebecca. Pondría de excusa que ya tenía otro compromiso.

—Estoy libre el mes que viene —se le adelantó Alan—. No tengo inconveniente en rodar la película. Es un honor poder interpretar a Byron, me ha gustado mucho su personaje y la complejidad de su alma.

Todas las miradas pasaron a Denise, que se sintió morir al pensar en rodar una película completa con Alan.

—Estoy libre también, p-puedo hacerlo. A mí también me encanta el personaje de Rachel.

Acababan ambos de tomar una difícil decisión.

Como decía Byron en el libro:

*¿Estaba el destino brindándome una segunda oportunidad?*

## Capítulo 10

Todos salieron, aparentemente satisfechos. Pero tanto Alan como Denise se aguantaron sus sentimientos al respecto.

—Nick, ahora voy —informó a su amigo.

—¿Qué vas a hacer?

—Solo dejarle las cosas claras desde el principio.

Nick se fue, resoplando.

Denise no supo donde mirar.

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

—Cansado, pero bien. Deseando volver a casa.

—Con Rebecca —le miró a los ojos al decirlo—. Vi en Internet que volviste con ella...

—No vivimos juntos aún. Está en periodo de prueba, por decirlo de alguna forma. Íbamos a irnos de viaje el mes que viene, y entonces tomaría la decisión definitiva de seguir así o volver a vivir en pareja, en la misma casa —fue sincero.

—Entonces, ¿la película...?

—Ante todo soy actor, y quiero hacerla.

—Si te resulta incómodo...

—En absoluto.

—Vale, me alegro entonces —le sonrió con sinceridad, Alan lo notó.

—¿Y tú te has casado ya? —fue al grano.

—No, no... Aún no... Estamos... Estamos con los preparativos y todo eso.

Enrojeció de vergüenza.

—Bueno, Nick me espera. Tengo que irme —sonrió un poco.

—Nos veremos pronto, supongo...

—Sí... Adiós, Denise.

Ella le detuvo un momento, rozando su brazo. Alan la miró con sus ojos castaños.

—No escuchaste nunca mi audio, ¿verdad?

—Nunca.

Denise sintió un alivio. Lo prefirió así a que lo hubiera oído, decidiendo

ignorarlo.

—No quise engañarte... Pensaba decírtelo...

—¿Eso decía el audio?

—No...

—Mira, ya pasó. No importa, ya no me importa ni debería importarte a ti.

—Tienes razón.

Pero a ambos les importaba y mucho, aunque se lo quisieran negar a sí mismos.

—Nos vemos pronto, Alan.

Fue Denise la que se marchó primero, dejando al hombre de pie, mirándola ir.

Cerró los ojos, confuso.

Denise fue a casa de Kerry-Ann y entró llorando en cuanto ella le abrió la puerta. Abrazó a su hermana como si se le fuera la vida en ello, sin poder articular palabra.

—¿Qué ha pasado? —se alarmó—. ¿Están todos bien?

—Sí...

—¿Entonces?

—El karma es muy hijo de puta conmigo, se está ensañando...

—Hija, no entiendo nada si no te explicas con claridad.

—¡Que he visto a Alan!

—¿Qué?

—En la BBCC. Nos han reunido a los dos para ofrecernos una película juntos.

Kerry-Ann no supo ni qué decir, de lo atónita que se quedó.

—Habrás dicho que no, me imagino.

Denise negó con la cabeza.

—¡Pero tú sabes lo que has hecho!

—Él dijo que sí... y entonces yo dije que sí...

—¿Él estaba de acuerdo?

—Es un profesional, ante todo.

—¿Y qué tipo de película es?

—Un drama romántico...

—¿Habrán escenas con besos y todo eso?

Denise asintió.

—Madre mía... Qué follón.

—Yo también soy una profesional.

—Pero mira cómo has venido, hecha una braga llorosa y mocosa. Eres tan emocional que miedo me das en el rodaje.

—Sé comportarme —se secó las lágrimas al decirlo—. Además, hemos hablado un momento y todo bien. No me ha parecido que esté enfadado conmigo. Él ya pasó página.

—Pero tú no... Es evidente.

—Tengo un mes para hacerlo del todo.

—¿Y ya les ha dicho a Brendan algo?

—No.

—Pues llámalo.

Denise se sentó en el sofá, con las manos temblorosas, y llamó a su novio. Este se lo cogió enseguida.

—¡Hola! —pareció animado. Debía de estarlo por la victoria del equipo en el último partido de la Champions contra el PSG.

—Te llamaba para contarte que me han ofrecido un nuevo papel...

—¡Eso es estupendo! ¿Para el año que viene?

—No... para el mes que viene —puso una de sus caras.

—Pero cielo, el mes que viene teníamos lo del banquete de bodas. Hay cita y todo. ¿Podrás ir?

—No... El rodaje es en Estados Unidos...

Hubo un silencio al otro lado.

—Vale... ya lo decidiré todo yo. Te mandaré fotos si acaso.

—Seguro que eliges muy bien... —intentó sonreír sin éxito.

Kerry-Ann la miraba, apoyada en el marco de la puerta de la cocina.

—Ya, qué remedio. El trabajo es el trabajo, bien lo sé. Intentaré ir a verte a Londres antes de que te vayas, este mes se presenta complicado. O puedes venir tú...

—Ufff, eso no podrá ser, desde ya tengo que preparar el papel.

La conversación no se demoró mucho más y Denise colgó, dejando el móvil sobre la mesita de centro. Miró a su hermana.

—No deberías casarte con él...

Denise se derrumbó y Kerry-Ann fue a abrazarla.

—Volver a verle ha sido como si me agarraran del corazón, lo estrujaran y luego lo machacaran. Lo veo ahora tan inaccesible...

—¿Me puedes explicar cómo pudiste enamorarte de él en menos de dos días?

—No lo sé... Pasó. Y me sigue pasando. Me reenamoro cada vez que lo veo en una foto, en la serie, en Internet... Y hoy ya ha sido un... *Boom*. Ahí delante de mí: su cuerpo, su olor, su voz, sus ojos mirándome. De forma real, tangible. Me vas a llamar loca, pero me muero por ser Rachel, la protagonista, y sentir su amor, aunque él haga de Byron.

—¿Vais a hacer *Despiértame* cuando llegue septiembre?

Denise asintió con la cabeza.

—Esa película te va a destrozar, cariño... Es muy triste...—reconoció.

—Aquel día que pasamos juntos, me lo regaló... Y ahora el destino nos da la oportunidad de vivirlo de verdad.

—No sé qué decirte... Es tu decisión, tu vida, tu futuro.

—Entonces dejaré al destino hacer su trabajo, Kerry-Ann. Iré, haré la película... Y el tiempo dirá.

—¿Y qué pasa con Brendan?

—Cuando vaya al rodaje le dejaré. Hoy no me veo capaz.

—Es lo mejor que puedes hacer. No es santo de mi devoción, pero tampoco veo bien que lo marees.

—Lo sé...

Alan llamó a su mujer por la noche, para darle la noticia.

Se quedó sentado en su cama, esperando a que se lo cogiera.

—Alan...

—¿Dónde estabas?

—En la cocina, preparando la cena. Me dejé el móvil cargando en el salón.

Él aún no se fiaba de ella del todo.

—Mira, me han ofrecido hacer otro papel, pero es para el mes que viene.

—Les habrás dicho que no, supongo.

—Les he dicho que sí.

—¡Pero ya teníamos los billetes! —se quejó.

—Es un buen guion, a Nick le pareció adecuado. Estaré rodando sobre todo en Maine. No estaremos tan lejos.

—Podrías habérmelo consultado antes.

—Fue todo rapidísimo.

Sabía que Rebecca estaba muy molesta.

—Pues ya... iremos en otro momento. Lo que pasa es que luego ruedo yo.

—Bueno, tengo que ir a cenar con Nick. Nos vemos pronto.

—Vale, cariño. Te quiero.

Alan fue incapaz de decirle lo mismo, por mucho que lo intentó, y acabó colgando.

Emitió un suspiro.

Su amigo llamó a la puerta, lo que fue un alivio para Alan.

—¿Te bajas a cenar?

—Se lo he dicho a Rebecca.

—¿Qué le has dicho? —Se puso blanco como el papel.

—Lo del rodaje.

—¿Y lo de Denise?

—Obviamente no, Nick. ¿Qué quieres que le diga? Hola, Rebecca, verás... Voy a rodar una película con una mujer que me gustó el verano pasado, me gustó tanto que hice el ridículo. Y ahora voy a tener que filmar escenas de amor con ella. ¡Y probablemente me vuelva a colar como un imbécil! —explotó.

—Vale, tranquilo, amigo...

Alan se apartó de la cara el abundante cabello negro.

—¿Estás seguro de que quieres hacer la película?

—Sí —afirmó tajante.

—¿Y lo de Denise?

—Yo estoy casado y en pareja, ella tiene un afortunado novio con el que se va a casar...

—Esas obviedades ya las conocía. No te he preguntado eso y lo sabes.

—Yo qué sé. El destino la ha vuelto a poner en mi camino, igual que en la novela. Y ya no sé más.

—Sopesa bien cada paso que des, amigo.

—Lo sé... Vete a cenar, yo no tengo hambre.

—Vale.

Nick se fue y Alan se metió en la cama, cogió el móvil y miró una foto de la cena que le mandó su mujer. No hizo caso y abrió el chat de Denise. Escribió unas palabras y apagó el móvil, yéndose a dormir, con tal de no pensar en nada.

## Capítulo 11

Denise miró de nuevo el mensaje de Alan, incrédula. Le alivió profundamente constatar que él no borró su número, solo la bloqueó

temporalmente.

Estaba con sus padres cuando lo recibió, y no pudo leerlo en ese momento, así que se fue al baño a toda velocidad, encerrándose en él.

Lo leyó con el corazón en un puño:

“Deberíamos hablar antes de que me vaya. Necesito dejar claras algunas cosas.”

No fue un mensaje muy alentador, pero era un mensaje, al fin y al cabo. Le respondió de inmediato:

“Por supuesto, donde quieras y cuando quieras.”

Esperó no sonar muy desesperada.

El mensaje no le llegó en horas, incluso pensó que la habría bloqueado de nuevo, pero no tenía sentido.

Por la noche le llegó otro:

“En el Beer Bar a las 21:00. ¿Te va bien?”

“Sí, sin problema”, contestó al instante, pues Denise se pasó el día pendiente de los mensajes que le llegaban.

Intentó no parecer demasiado arreglada, pero tampoco fue de ir por casa. No quería que él pensara lo que no era.

¿O sí era?, se planteó.

El metro se retrasó un poco y llegó diez minutos tarde. Alan ya estaba allí, sentado en una mesa alta, mirando su móvil, probablemente los mensajes de ella avisándolo de la tardanza.

—Lo siento —dijo, apurada, mientras se sentó enfrente.

—No importa, he llegado hace 5 minutos.

—¿Ya te han atendido? —Él negó con la cabeza.

Denise llamó a su antiguo compañero de trabajo, que se acercó enseguida, muy contento de verla.

—¡Denise! ¿Qué tal ese rodaje misterioso?

—¡Muy bien! Ha sido una experiencia fabulosa. Espero poder celebrar aquí cuando se estrene la serie.

—¿Para cuándo será?

—No han dado fecha de salida al primer capítulo.

Alan observó la sonrisa de Denise, esa sonrisa que le cautivaba de forma incontrolada. Era demasiado deslumbrante para resistirse. Sonrió al verla

feliz, contando su experiencia de actriz profesional.

—¿Qué vais a tomar?

—La cerveza que tenéis aquí —dijo Alan.

—Yo prefiero un coctel sin alcohol. Ya sabes el que me gusta —le guiñó un ojo, divertida.

El chico los dejó a solas de nuevo.

Denise prefirió no beber, porque era propensa a que se le fuera la cabeza y tenía miedo de cometer un error con Alan y que este no quisiera rodar la película con ella. Toda prudencia fue poca.

Alan esperó a que les trajeran las bebidas, para no ser molestados.

—¿Todo ha ido bien entonces? —le preguntó el moreno.

—Sí, muy bien. Lo he disfrutado de veras.

—Eso es importante; que el papel que hagas lo disfrutes, porque si no... Será un desastre. Y por eso quiero hablar contigo.

—Soy todo oídos...

—Tenemos que ser profesionales, y no dejarnos llevar por rencores u otro tipo de sentimientos que puedan afectar a nuestra interpretación. Porque, por muy actores que seamos, también dejamos nuestra forma de ser ahí. Puede afectarnos, y creo que ambos somos muy sensibles a eso, sobre todo tú, que aún no has aprendido a controlarlo porque eres novata.

Denise no dijo nada, solo bebió de su copa. Miró a Alan a los ojos.

—Tienes toda la razón, estoy totalmente de acuerdo contigo.

—¿Estás segura de querer rodar conmigo una película tan emocional?

—Sí —afirmó rotundamente, con semblante serio—. Sería estúpida si la rechazara. Es una gran oportunidad para mi carrera. El libro ha vendido millones de copias por todo el mundo y es una gran historia. Eso me abrirá puertas.

—Me gusta que pienses en esos términos tan profesionales y lógicos.

—No soy una niña, Alan. Puede que me veas así, pero...

—Nunca te he visto como eso que dices. Al contrario. Creo que eres una buena persona: alegre, entusiasta, fuerte; una mujer en toda regla.

Denise se sintió halagada, aunque fue un sentimiento agri dulce.

—Simplemente quería dejar claro esto. Lo que pasó entre nosotros fue flor de un día, nunca sabremos dónde habría terminado, probablemente en nada.

Eso hirió a Denise, profundamente. Ella habría dejado a Brendan por él sin dudar.

—Perdona si he parecido brusco, no era mi intención.

—Como bien dices, nunca sabremos dónde habría terminado. Y te vuelvo a pedir disculpas por no haberte avisado de que tenía pareja. Seguramente eso te hizo tener una idea equivocada de mí.

—Puede... Lo de Rebecca era tan reciente que me sentí nuevamente engañado.

—Pensaba decírtelo al entrar... aquí, en el bar. Te lo prometo.

—¿Y qué crees que te habría dicho yo?

—No lo sé, Alan...

—Pues que no podía seguir adelante con ello. Ser parte de un engaño a otro, sabiendo lo que se siente porque alguien me lo hizo a mí... No soy tan hipócrita. Mira, esto reafirma que no tenía que pasar nada entre nosotros.

—Tienes toda la razón, otra vez.

Denise entendió mejor su enfado inicial, y se sintió francamente mal.

Sin embargo, Alan ignoraba el hecho de que lo hubiera dejado con su novio, por él. Y aquello podría haber tenido un final distinto, o un nuevo comienzo, según el punto de vista.

Pero nunca lo sabrían.

—¿Se lo contaste a Rebecca?

Alan negó con la cabeza mientras pegaba un trago.

—¿Para qué? Cuando sucedió no estábamos juntos, y luego ya había pasado página.

Denise pensó en que no había sido lo suficientemente importante como para que él se lo contara a su mujer al volver con ella.

—Brendan tampoco lo sabe...

—Es innecesario hacerle sufrir. Has hecho bien. Aunque no entiendo por qué te vas a casar con él.

—Llevamos años juntos, nos conocimos en la universidad... Él se fue luego a vivir a Liverpool. Trabaja para un equipo de fútbol europeo. Nunca hemos vivido juntos, aunque siempre dijimos de casarnos más adelante. Nunca fue demasiado cariñoso conmigo...

—Entiendo...

—El último año estaba muy involucrado con el equipo, y apenas nos habíamos visto. Además, se comportaba de forma anodina conmigo... La verdad, no me esperaba la encerrona que me montaron entre todos; mis padres, los suyos, mis amigos y él... Así que...

—Dijiste que sí.

Denise se llevó la mano a la sien.

—¿Pero tú le quieres?

—No lo sé... Son muchos años.

Alan se vio reflejado en ella.

—Ya no sé lo que es el amor real. He perdido la perspectiva. Pienso que, cuando vivamos juntos, lo sabré con seguridad.

—Pero no en ese orden, Denise.

—Tengo que hablar con él al respecto.

—Harás lo correcto planteándole tus dudas sobre la convivencia.

—¿Y a ti te va bien con Rebecca?

—Todo lo bien que puede ir tras perdonar una infidelidad.

—No entiendo por qué lo hizo.

—¿Y tú me lo dices?

—Tienes razón...

—Según ella, porque llevaba un tiempo confusa hacia mí. Aquel tipo se le cruzó en el camino y... pasó. Ahora ha de hacer méritos.

Denise se sintió identificada de alguna forma. Cometer un error y no ser capaz de tener tiempo para arreglarlo.

—En todo caso, me alegro de que estés bien, Alan.

—Y yo de que lo estés tú.

Pero ninguno lo estaba, en absoluto.

Alan miró la mano de Denise, sobre la mesa de madera, y deseó que sus dedos volvieran a jugar y se entrelazaran. Luego la miró a los ojos y vio los suyos, como si esperaran algo de él.

—Es mejor que vuelva al hotel.

Alan sacó unas libras de la cartera y las dejó en el platillo, mientras se levantaba.

Denise también se puso de pie.

—Nos vemos pronto. Prepara bien tu papel. Yo lo haré, no lo dudes.

—Me alegra saber que te leíste el libro.

—Era el destino que lo hiciera. Si no, no creo que hubiera aceptado el papel. Pero el personaje de Byron me sedujo.

—Y a mí —Denise rio a carcajadas.

Alan le devolvió la sonrisa con sinceridad.

—Serás una estupenda Rachel. Hasta el mes que viene —se despidió, desapareciendo del todo.

Denise se volvió a sentar, y suspiró.

Solo podía pasar página, ningún otro camino era posible.

Alan se apartó el pelo de la cara con la mano.

—Maldita sea, Denise... Ojalá hubieras dicho que no.

El hombre no sabía si podría seguir fingiendo aquella aparente indiferencia. Había dicho que sí al papel por pura impulsividad. Una mezcla de “quiero interpretar a Byron y que tú seas mi Rachel”.

Hubiera podido recular, pero no quiso que Denise perdiera una oportunidad tan grande en su carrera. No fue capaz de ser tan egoísta, y menos queriendo su bienestar ante todas las cosas. Le importaba ya demasiado, sin vuelta atrás.

## Capítulo 12

El avión llegó puntual al Jetport Internacional de Portland, en el estado de Maine, donde Denise viajó para poder interpretar el papel de Rachel, tan solo un mes después de la firma del contrato cinematográfico.

Al carecer de representante o ayudante personal, fue con ella Kerry-Ann, lo cual fue un alivio para la actriz.

Bajaron del avión, bajo un día despejado de mayo, aunque hacía fresco.

—¿Sigues nerviosa? —preguntó Kerry-Ann a su hermana pequeña, que llevaba en un trasportín a un agitado Puppy.

—Más que nunca —admitió.

—Bueno, es para estarlo. Vas a ver a Alan.

—¡No es por eso! —se quejó—. Es por el rodaje. He tenido poquísimo tiempo para leer el guion, aprendérmelo y ensayar.

—Lo harás bien, eres buena.

—Soy novata. Para el de Lizzy tuve mucho más tiempo, con diferencia.

—Sí, y no había ningún Alan Davies —insistió.

Denise ignoró sus directas y caminó más rápido para llegar antes a la recogida de maletas, tomar la suya y salir cuanto antes. Su pobre perro necesitaba salir de la caja en la que estaba metido.

—Vamos, tranquilo —le puso la correa y el pobre can lloriqueó, muerto de miedo al estar en un lugar desconocido, con tanta gente y olores nuevos.

—No ha sido una buena idea traerlo —comentó su hermana—. Está muy mayor. Debiste dejarlo con los papás.

—No lo abandono otra vez tanto tiempo ni loca. Se me muere de pena.

Fuera las esperaba un conductor, que las llevó hasta el hotel donde se

hospedarían ambas juntas, como habían pedido.

Apenas tardaron en llegar al Hulton Garden de la costera ciudad.

—He mirado por Internet, y tiene piscina interior. ¡Me encanta! —exclamó Kerry-Ann, entusiasmada, mientras bajaban del coche.

—Mientras tengan una bañera a mí me vale.

Las atendieron de inmediato y acompañaron hasta su habitación: una doble con todas las comodidades, desde televisión hasta nevera o microondas.

—¡Aquí tienes tu bañera! Y bien hermosa.

Denise no le hizo caso, ya que estaba con su perro, desplegando su camita, la cual había llevado en la maleta. Puppy se aposentó en ella, al sentirse seguro con su olor.

Miró a su dueña con ojillos llorosos.

—Ay, mi Puppy —dijo besándolo en la cabeza.

No se permitían mascotas en el hotel, pero hicieron una excepción dado la cantidad de dinero que se iba a gastar la productora allí, con parte del personal y todos los actores.

Por lo que tenía entendido Denise, comenzarían las lecturas de guion en las salas de negocios y reuniones del Hulton, y que todos irían llegando en pocos días.

—¿Ya estás más tranquila?

—Sí, ahora que Puppy lo está... —suspiró, agotada.

Se dejó caer de espaldas sobre la cama y se estiró cual larga era.

—Pues esta noche me gustaría dar un paseo por el puerto; parece bonito —comentó.

—Ve sola, yo estoy muerta.

Kerry-Ann se fue directa a la ducha, dejando a Denise mirando al techo.

¿Estaría Alan en el hotel? Se preguntó la joven castaña.

Bufó, sintiéndose estúpida.

No hubo más mensajes suyos después de su último encuentro. En más de una ocasión se sintió fuertemente tentada de escribir ella, pero cuando lo veía en línea no era capaz. De algún modo sentía que estaba conectados, que era la única y patética forma de estarlo.

No le llegó a mandar nada, dejándolo tranquilo.

Denise asió el móvil y buscó su contacto, el cual tenía fijo en WhatsApp, con la última conversación.

Entró y escribió algo sencillo y despreocupado.

“Ya hemos llegado a Portland mi hermana y yo.”

Añadió un iconito sonriente.

Dejó el móvil sobre la cama y cerró los ojos para descansar. Lo siguiente fue levantarse cuando el sol comenzó a descender.

Kerry-Ann dormía plácidamente, por el Jet Lag, y Puppy también.

Se levantó y admiró las vistas al mar.

Fue a ducharse, y luego usó el secador de pelo. Buscó un vestido verde que había llevado y se puso una chaquetilla de punto blanca. Calzó unos zapatos cómodos, y metió el móvil en un bolsito, junto a su pasaporte y unos cuantos dólares.

Mientras bajaba en el ascensor, miró los mensajes y el primero que le llamó la atención fue el de Alan.

“Yo acabo de llegar desde Nueva York.”

Eso había sido una hora y media antes.

Nerviosa le contestó, con la esperanza de que aún estuviera despierto o en el propio hotel.

“Estoy en el hall.”

Esperó pacientemente, sentada en un cómodo sofá. Alan dejó el mensaje en visto y no respondió, para desesperación de Denise.

Tras quince minutos de espera, decidió irse a dar un paseo al entender que, por lo que fuese, Alan no podía o no quería contestar.

Acaba de salir por la puerta, cuando este apareció tras ella, con el cabello mojado cayéndole por la cara. El hombre se lo apartó.

—Es que me has pillado a punto de meterme en la ducha —le informó él—. He bajado en cuanto he podido.

—Oh, no pasa nada... Solo iba a tomar un poco el aire —intentó restarle importancia y parecer animada y natural.

—Bueno, es hora de cenar —miró su móvil—. Si quieres paseamos hasta encontrar un sitio. Dicen que es la ciudad con más restaurante en proporción a su población. Me cuesta creerlo, pero...

Denise pensó que Alan estaba algo distinto, más contento.

—Me parece genial. Eso tenía pensado hacer yo. Mi hermana se ha quedado roque en la cama, y Puppy también...

—¿Te has traído a Puppy? —Su cara fue de alegría.

—Sí, está muy mayor y no quiero dejarlo solito tanto tiempo.

—¿Me lo presentarás? Yo he tenido que dejar a Cooper en casa de Rebecca y ya lo echo de menos.

Denise sintió que realmente echaba más de menos a su perro que a su

mujer.

—Ese mestizo es el amor de mi vida —dijo, poniéndose la mano en el corazón.

—Me pasa lo mismo con Puppy.

Sin darse cuenta ya habían caminado un buen trecho.

—¿Sabes dónde vamos? —preguntó ella.

—No tengo ni idea, cuando hablo de mi perro pierdo la noción del espacio tiempo. Espera... —Cogió el móvil para ubicarse—. Por ahí vamos al Old Port, que es el centro...

Caminaron por la adoquinada calzada, cruzándose con múltiples viandantes al ser sábado, observando los edificios.

—Es una ciudad pequeña pero encantadora... —dijo Denise.

—¿No tienes sueño o cansancio? —le preguntó él.

—Estoy bien. Por ahora —hizo una de sus muecas—. ¿Y tú? ¿Has venido en avión?

—No, conduje mi Mustang. Cinco horas, más o menos.

—Estarás agotado —insistió. Él negó con la cabeza.

—Lo que tengo es hambre. Iba a bajar al restaurante del hotel, pero...

—Podemos volver.

—Vamos ahí, parece interesante.

Entraron en uno llamado Fore Street, que servía cocina con productos locales.

Se sentaron y les entregaron las cartas.

—Mientras no lleva lácteos...

—¿Estás bien de la endometriosis?

Alan la miró a los ojos, con expresión preocupada.

—He tenido algunos problemas estos meses, sobre todo cuando rodé Orgullo y Prejuicio. En una ocasión terminé en urgencias. En un par de días me sentí mejor...

—Lo lamento —dijo con sinceridad.

—Cruzo dedos. —Hizo el gesto con ellos.

Se mantuvieron en silencio mirando las cartas. Alan la observó en varias ocasiones; la forma de sus cejas, sus pestañas largas, sus cabellos... Luego devolvió la mirada a la carta, pero sin entender nada.

—¡Alan! —La carta voló de sus manos. Denise le indicó que el camarero ya estaba allí.

—Am... Quiero los linguinis con almejas, pulpo y calamar.

—Es bastante copioso. ¿La señorita también desea degustarlo?

—¡Venga, vale! —se animó.

—Y vino blanco, por favor —añadió Alan.

Denise lo miró con una sonrisa que dejó descolocado al hombre.

—¿Qué pasa?

—Estoy contenta de que podamos hablar y cenar tranquilamente, como amigos.

—Yo también.

Alan no supo si sentirse aliviado o decepcionado. Llegó a la conclusión que su ego no debía dolerse. Al fin y al cabo, aquello era normal después de haber dejado las cosas claras.

Les trajeron una enorme bandeja con lo que habían pedido, y el vino.

—Madre mía, qué barbaridad. Aunque, con lo grande que eres, te vas a quedar a gusto.

Alan se echó a reír y comenzó a comer.

Denise recibió algunos mensajes de Brendan, que ignoró deliberadamente. Tampoco tenían importancia, pues ya lo había avisado de que estaba bien.

En momentos como aquellos, cuando estaba con Alan, lo demás le era irrelevante.

Igual le sucedió a él, aunque quisiera negárselo una y otra vez.

Al recibir el mensaje de Denise se alegró, sintiendo ganas de verla. Y cuando esta le contestó, justo con un pie metido en la ducha, perdió el culo por arreglarse y bajar.

Otro impulso, poco habitual en su forma tranquila y seria de ser. Y el hecho de que Nick no estuviera aún con él, le dio alas para hacer lo que le diera la gana sin tener que escuchar reproches.

—Esto está muy bueno, maldita sea —rio ella—. No creo que pueda pedir postre.

—Mañana nos escapamos a desayunar. He visto que hacen unos donuts con una pinta riquísima.

—Oh, Kerry-Ann me mataría si voy sin ella. Además, he de sacar a pasear a Puppy más bien pronto que tarde.

—Puedo acompañarte, estoy acostumbrado a madrugar con Cooper.

—¡Genial!

Denise se sintió morir, imaginando que ambos sacaban a sus perros juntos.

La velada fue bien. Hablaron sobre el rodaje, y que pronto les presentarían al director: JR. Anderson, del cual ya conocían su dilatada carrera en diversos

géneros cinematográficos.

Al terminar y salir ya era de noche, y una brisa helada puso la piel de gallina a Denise.

—¡Vaya! La brisa del mar pega fuerte a estas horas.

Alan se quitó la chaqueta y le obligó a ponérsela, aunque Denise se negó en un principio.

—Parezco un payaso —se quejó.

—Un payaso bien abrigado.

—Te vas a helar, Alan.

—Llevo manga larga y soy un caballero.

—Tu mujer tiene suerte, entonces.

Aquello pareció molestar al hombre, y Denise se calló la boca, sintiéndose estúpida.

Caminaron en silencio, uno incómodo.

—¿Por qué la has tenido que nombrar? —inquirió él, rompiéndolo de pronto.

—¿Qué tiene de malo? ¿Es acaso una mentira, Alan? ¿No tiene suerte de que la hayas perdonado? ¿De que hayas vuelto con ella?

—No soy para tanto... Mira lo que hizo...

—¿Cómo? —Denise se quedó incrédula—. Me pareces el tío, ahora mismo, más tonto del planeta. ¿Sabes lo que daría yo porque un hombre como tú me quisiera?

Alan la miró y, por pura impulsividad, la asió del cuello con sus grandes manos y la besó. Denise lo cogió de ambas muñecas, sujetándose así en él.

Él la soltó y se apartó el pelo de la cara, sin saber dónde mirar. Puso las manos en las caderas y bajó la cabeza.

—Vale, esto no ha pasado —dijo, de pronto.

Denise lo abrazó por la cintura y buscó sus labios, hambrienta. Alan le devolvió los besos y la estrechó contra sí.

Cuando sus bocas se separaron, Alan no pudo evitar sonreír.

—Sí ha pasado, Alan... —susurró ella.

—Lo sé... Lleva pasando desde el verano pasado. No he dejado de pensar en ti desde entonces —gimió.

—Me sé de memoria todos los capítulos de tu serie, tengo el móvil lleno de fotos tuyas, recuerdo tu olor... —Aspiró su aroma, pegando la nariz fría a su cuello caliente.

—Cuando... Bueno, esto te sonará horrible, pero cuando estoy con ella en

momentos íntimos, pienso en ti muchas veces —se sinceró él, a sabiendas de que aquello no era adecuado decirlo.

—Yo apenas mantengo relaciones con él... Y cuando eso sucede, cierro mucho los ojos e imagino que eres tú... Porque si no, no puedo... Ya sabes...

—¿Quieres venir a mi habitación y conocer lo que es de verdad estar conmigo?

Denise asintió sin dudar.

Se separó un poco de ella.

—No podemos entrar así en el hotel.

Antes de llegar al Hulton, Denise asió la mano de su acompañante, que caminaba muy pegado a ella.

—Alan, ¿estás seguro de que esto no es un escarnio a tu mujer?

El hombre se le quedó mirando, incrédulo.

—¿En serio piensas que te utilizaría para hacerle daño a ella?

Denise respiró con dificultad y la boca seca, negando con la cabeza.

—Yo... yo estoy... —comenzó a decir.

Los ladridos de un perro resonaron cerca y Alan frunció el entrecejo, escuchando.

Cooper apareció por la esquina y se le tiró encima, con tal fuerza que casi tumbó a su mejor amigo.

—¡Cooper!

De pronto apareció Rebecca también, sin aliento.

—¡Alan! Perdona, tiene tanta fuerza que no pude con él cuando te sintió cerca.

Este se levantó apaciguando a su perrazo con palabras mimosas. Lo cogió con fuerza y se impuso a él como el jefe de la manada.

Rebecca miró fugazmente a Denise, y fue a besar a su marido en la boca. Este se sintió fatal, entre culpable y molesto.

—¿Qué hacéis aquí?

—Hemos decidido acompañarte durante el rodaje.

Rebecca reparó un poco más en la joven actriz y miró a Alan.

—Am... Esta es Denise Rains, mi compañera en la película.

—¡Ah! ¡Hola! Alan me ha hablado de ti.

Rebecca pareció muy simpática y afable.

—Encantada —le tendió la mano al decirlo, pero Rebecca la abrazó.

Denise sintió una mezcla de celos y culpabilidad, al verla tan cercana y guapa.

Alan se quiso morir allí mismo y que un rayo le partiera en dos.

—Ay, la chaqueta... —Se la quitó para devolvérsela al hombre.

—Hace frío...

—Ya llegamos al hotel. Muchas gracias por acompañarme en este paseo.

Os dejó a solas.

—Esp... —Alan se detuvo al verla irse camino al Hulton, ella sola. Pero se dio cuenta de que nada podía hacer.

—¿Estás bien? —preguntó Rebecca.

—Sí, vamos a pasear a Cooper y a descansar.

Ella le cogió de la cintura.

Alan solo pudo pensar en Denise y en cómo debía sentirse en aquellos momentos.

La joven, por su lado, subió a su cuarto casi corriendo. Puppy la recibió en la puerta, así que se arrodilló y lo abrazó, hundiendo la cara en su cuello.

—Nunca más... —susurró Denise.

Nunca más volvería a dejarse llevar con Alan. Comprendió entonces la rabia e impotencia que él sintió cuando vio a Brendan pedirle matrimonio en el Beer Bar. La imperiosa necesidad de desaparecer de escena, del mapa y del universo entero.

Se había acabado; no más Alan. No más enamorarse de quien no debía. No más sufrir por amores imposibles.

Estaba decidida.

## Capítulo 13

Alan apenas si durmió aquella noche. Cooper estaba a los pies de la cama y escuchaba su respiración, así como la de Rebecca, a su lado en el colchón.

Esta ya tenía planeada la sorpresa desde hacía días. Si hubiera sabido algo, le habría negado categóricamente que asistiera al rodaje. No por Denise, sino porque quería estar tranquilo sin tener que andar pensando en qué hacer con su matrimonio.

Desde la charla con Denise en el Beer Bar, no había dejado de pensar en ella día y noche, sin querer molestar con mensajes contradictorios, por lo que no se puso en contacto de nuevo, para evitar tentaciones.

A medida que se fue acercando el día de viajar a Portland, fue poniéndose más nervioso. Se dijo a sí mismo que debía permanecer tranquilo, que no

pasaba nada por estar con Denise.

Ambos tenían pareja, a ambos les quedaba claro que no podía pasar nada entre ellos y que tendrían solo una relación primordialmente profesional y, si se daba el caso, de amistad.

Pero cuando recibió su mensaje de que ya estaba en el hotel, y luego que lo esperaba en el hall, como le pareció entender, su cerebro funcionó por impulsos ilógicos.

Estaba bonita, como ella era, se la veía tranquila, a gusto... La opción de no besarla no era una opción. Denise le correspondió del todo y le hubiera dado igual ser infiel, ni si quiera sentía realmente que lo fuera. Más bien al revés. Allí en la cama con Rebecca es donde notaba que no debía estar, sino con Denise, haciéndole el amor, abrazándola y susurrándole “Te quiero”.

Alan se convulsionó un instante, abrumado por sus propios sentimientos y pensamientos. Era la primera vez que pensaba en Denise en aquellos términos tan serios.

La quería, la amaba, la deseaba y la necesitaba.

Se puso en pie y Cooper levantó la cabeza.

—Shhhh —lo tranquilizó tocándole el lomo. El perro de nuevo apoyó la cabeza sobre las patas.

Alan sacó una botella de agua del mueble bar y se la bebió. Miró hacia la cama; Rebecca dormía ajena a todo, feliz por haber sido perdonada. Pero no era así, no la había perdonado y, en cualquier caso, le daba igual. El cariño por ella se fue diluyendo tras la ruptura, conociendo a Denise en el momento oportuno y, a la vez, inoportuno.

El tiempo, la distancia y el resquemor hacia Denise tan solo habían tapado sus verdaderos anhelos por ella. Y Rebecca fue el parche, que en principio no pensó que fuera a ser temporal, como tampoco creyó volver a ver a Denise en persona.

Y allí estaba él, deseando escribir sus sentimientos en un estúpido mensaje de WhatsApp, para que ella los leyera y corriera a sus brazos, sabiendo que no debía marearla.

Tampoco podía dejar a Rebecca así sin más.

“Vete, corto contigo y me voy con otra, que además está comprometida.”

Tendría que esperar a que finalizara el rodaje, pero estaba convencido de que era lo que debía hacer. Hasta entonces, alegraría estar cansado, concentrado, y lo que hiciera falta para no tener que tener momentos íntimos con ella. En definitiva; lo mismo que le hizo su esposa cuando ya estaba con el

otro.

Se sintió hipócrita, y le dio igual. Denise era la mujer que amaba en aquellos mismísimos instantes, desde el verano anterior, y durante el tiempo que ella le dejara amarla.

—Paciencia... —se susurró a sí mismo, acabándose la botella de agua fresca. Miró por la ventana y aún era de noche.

Un poco más tranquilo, se volvió a meter en el lecho. Cuando Rebecca le pasó el brazo por la cintura, se lo apartó. Si ella se dio cuenta o no, se mantuvo callada al respecto. Finalmente, Alan se durmió y Cooper pudo descansar también.

Las dos hermanas pasearon a Puppy por las inmediaciones del hotel, sin ir muy lejos. La mañana era húmeda y fría, de un modo distinto al clima londinense.

—¿Ayer tarde dónde estabas?

—Cenando —contestó con tranquilidad. Un cambio se había obrado en ella.

—¿Sola?

—No, estuve con Alan. Cenamos por el centro, en un restaurante de cocina local.

—¿Qué dices?

—Me besó, le besé y apareció su mujer.

Kerry-Ann se detuvo y también lo hizo Denise.

—Oh, no nos vio, no te preocupes —le informó al ver su cara de espanto.

—¿Y lo dices tan tranquila? No te reconozco.

—La segunda mejor cita de mi vida, con el hombre que más me ha estimulado nunca, en todos los sentidos, y la segunda vez que se va todo a la mierda.

—Primero os besáis en Londres, él separado sin compromiso y tú con novio. Y ahora me dices que os volvéis a enrollar, él habiendo vuelto con su mujer y tú comprometida. Esto empeora por momentos, Denise.

—Ya, no hace falta que me lo expliques. Pero da igual, no quiero saber ya nada más, ni de Alan ni de Brendan. Con uno no puedo, y con el otro no quiero. Es que no le amo hace ya mucho, mucho antes de aparecer Alan en mi vida. He tardado en darme cuenta, pero ya está.

Se agachó para recoger los regalitos de Puppy y los lanzó a una papelera cercana.

—Volvamos, tengo hambre y hoy llega el director, así que luego conoceré a todo el equipo involucrado.

—De verdad, te veo cambiada.

—El shock de ayer cambiaría a cualquiera.

—Pero ¿cómo fue?

Denise se acercó a su hermana.

—Pensaba que pasaría la mejor noche de mi vida con un hombre, me daba igual que estuviera casado, y me daba igual Brendan, solo quería sentir a Alan... Y entonces apareció su mujer, con su perro, y me lo quitó. Como si ella fuera la amante, no yo. Es curioso no sentirse la otra, sino la legítima. Absurdo, ¿cierto?

—Sí... —respondió Kerry-Ann.

—Y ya está. No más. Voy a concentrarme en lo que debo; mi trabajo, mi carrera, mi yo. Y no quiero más hombres —dijo resuelta a cumplirlo.

—Me parece lo más correcto y acertado, Denise —dijo mientras la abrazaba con fuerza—. Me tienes para lo que necesites.

—Gracias, hermana.

Tras bajar a desayunar, Alan y Rebecca lo hicieron en silencio, hasta que ella se decidió a romperlo.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Estoy concentrado... Pensando en la reunión.

—Oh, mira, es Denise...

Alan miró hacia ella, acompañada por su hermana. No supo qué cara poner cuando ambas se acercaron y se sentaron con ellos.

—¿Molestamos?

—No, en absoluto —contestó la mujer.

Denise tenía buena cara, sonriente. Se sentó al lado de Rebecca, lo cual dejó a Alan con cara de sorpresa.

—¿Es tu primer largometraje? —preguntó Rebecca a Denise.

—Sí, estoy nerviosísima.

—No te preocupes, Alan te ayudará... Él es muy tranquilo.

—¡Genial! —Denise le miró a él, de forma afable—. Te estaré muy agradecida.

—No hay de qué... —musitó el moreno.

La situación comenzó a desbordarle, por lo que tuvo que levantarse.

—Disculpadme todas, señoritas, pero me voy ya a la sala de reuniones. No

tardes, Denise, seguramente Anderson y su equipo no se demoren mucho más.

—Espera, voy contigo —dijo, bebiéndose el zumo de naranja de un trago.

Ambos desaparecieron enseguida, y Kerry-Ann se quedó a solas con Rebecca.

—¿Sois hermanas? Os parecéis mucho, tan guapas y naturales.

—Sí, es mi hermana pequeña.

—Alan me ha hablado de Denise.

—¿Ah sí?

—Que es una buena actriz y está contento de ayudarla.

—Y tan contento... —musitó para sí.

—¿Perdón?

—Nada, que tu marido es muy buena persona.

—La verdad es que sí.

—¿Lleváis mucho juntos?

—Más de doce años. Es un hombre maravilloso...

Kerry-Ann pensó en lo hipócrita que era, pero se mordió su viperina lengua por respeto y por no liarla parda.

—Hacéis una pareja divina —comentó.

—¡Gracias!

Continuaron desayunando y Kerry-Ann le sacó toda la información posible. Pensaba ayudar a su querida hermana a ser feliz, costara lo que costara.

Alan pretendió desviar a Denise del camino, para hablar con ella, pero esta se hizo la loca y caminó directa hacia la sala de reuniones en la planta baja del hotel.

—Denise... —intentó, sin éxito, cogerla del brazo. Ella se apartó sin decir palabra—. Por favor... Escúchame.

—No quiero —contestó sin mirarlo, bajando las escaleras.

—Lo siento —insistió.

—No hay nada que sentir.

—Pero...

Alan se quedó fuera de la sala cuando la chica entró y cerró la puerta tras de sí, ignorándolo. Se puso nervioso, apartándose el pelo de la cara con ambas manos, hacia atrás, y resoplando.

Tras un par de minutos, se calmó y entró. Allí ya le esperaban todos.

—Bienvenido, Alan —lo saludó JR. Anderson, el reconocido director que

haría sus sueños realidad con Denise, aunque solo fueran parte de una ficción.

## Capítulo 14

—Por favor, siéntate, aquí al lado de Denise —le pidió el director tras darle la mano con firmeza.

Allí también estaban otros miembros del equipo, a los que fue saludando. Tras esto, Alan se sentó junto a su compañera de reparto.

—La verdad es que cuando Matt me confirmó que habíais aceptado ambos, me puse muy contento. También sé que todo ha sido muy precipitado, pero ya llevamos meses con todo el proyecto, prácticamente desde que salió la novela y se compraron los derechos. Estamos un poco locos.

—A mí me encanta el libro —intervino Denise—, y el guion está muy bien adaptado.

Alan afirmó con la cabeza, en silencio.

—Esta semana ensayaremos las escenas más importantes entre Rachel y Byron, y la que viene con el resto del reparto, que llegará este fin de semana. ¿Tenéis alguna duda?

—Yo no —comentó Alan, que ya estaba acostumbrado.

—No, la verdad es que no. Estoy deseando empezar —admitió una Denise muy entusiasta.

—Aquí está el guion de nuevo, ya que hemos modificado algunas cosas. Más bien está más afinado. Y un par de copias del libro, por si no habéis traído las vuestras.

Alan y Denise pensaron en aquellos ejemplares que a saber dónde estaban ahora

—Después de comer nos veremos en la sala Neptuno. Está también en esta planta y nos servirá para ensayar. Otra cosa que quiero deciros es que soy muy exigente, y si no me gusta os voy a hacer repetir la escena una y otra vez hasta que salga como yo quiero.

—Lo sabemos —dijo Alan, con una sonrisa—. Pero eso es estimulante.

Denise, en cambio, se preocupó un poco y su compañero se dio cuenta. Deslizó la mano derecha para asir la de ella y la apretó. Denise no le miró, concentrada en JR. Anderson, y tampoco se la apartó para que nadie se diera cuenta del feo.

—Es muy probable que, durante el rodaje, venga Ryan Jameson.

—¿De verdad? —Ahí, Denise apartó la mano para hacer un gesto.

—Ahora mismo tiene su residencia en Montreal, pero él es de Maine, como imagino que sabréis.

—Me haría mucha ilusión conocerlo, la verdad.

—A mí también me gustaría —admitió Alan.

—Bueno, nos vemos a las 15:00 en la sala Neptuno. —Anderson se levantó y todos hicieron lo mismo, incluida Denise. Alan, en cambio, se quedó sentado.

Ella cogió sus dos copias y se dispuso a salir también.

—Espera...

—No... —susurró.

—Por favor... —pidió él.

Denise le miró, de pie.

—No sabía que iba a venir.

—Lo imagino.

Alan la observó a los ojos, pero ella desvió la mirada.

—Quédate y ensayemos —fue lo único que se le ocurrió decir para retenerla.

—Prefiero hacerlo con todo el equipo —fue tajante—. Hasta luego.

Y salió de la sala, dejando planchado a Alan. Este asió su guion y lo abrió de forma distraída, pensando en ella y en su actitud para con él. No se lo reprochó.

Kerry-Ann y Denise comieron en un restaurante cercano que admitía mascotas en la terraza.

—Así que has hecho “amistad” con Rebecca —comentó Denise.

—Amistad, amistad... Bueno, le he sonsacado cosas de Alan y su relación.

—No quiero saberlas.

—Tampoco son cosas raras. Como, por ejemplo; que pasaron una mala racha el verano pasado, pero que pronto lo arreglaron.

—Qué zorra —a Denise le salió del alma decir aquello.

—Te recuerdo que tú has estado a punto, dos veces, de hacerle eso a Brendan.

—No es lo mismo.

—Anda, ¿y por qué no? —Denise le echó una mirada de las que mataban

—. Ah, espera, porque tú estás enamorada hasta las trancas de Alan Davies.

—De verdad, estás insoportable con todo esto.

—Solo quiero que hagas las cositas bien, en orden. No cometas errores

que con el tiempo te salpiquen la carrera de actriz. ¿Te imaginas que Brendan o Rebecca se enteran? Es fácil vender una exclusiva amarillista del tipo “nos pusieron los cuernos mientras rodaban tal película”. Ahora no tienes paparazis detrás, pero puedes llegar a tenerlos.

Aquello agobió infinitamente a Denise, que no pudo seguir comiendo. Se levantó y cogió a Puppy.

—Pagas tú —añadió antes de irse con el perro.

Kerry-Ann lamentó tener que ser tan drástica con su amada hermana, pero fue totalmente necesario.

Cogió el móvil y escribió un mensaje a Brendan.

—Lo siento, hermanita...

Cuando Alan paseaba a Cooper, junto a Rebecca, Denise apareció con Puppy, de camino al hotel.

El perrazo del hombre ladró al viejito can.

—¡Cooper! —lo riñó con fuerza y se calmó.

—¡Lo lamento, Denise! Lo hace con todos los perros.

—No pasa nada, estoy acostumbrada después de tantos años.

—Ay, qué bonito... —Rebecca acarició a Puppy, que movió la colita, contento de recibir atenciones.

—Está ya mayorcito. Lleva conmigo muchísimos años, desde mi niñez.

—Alan no quería perro, pero al final le convencí. Y ahora lo quiere más que a mí.

Denise tocó al perrazo, con cuidado y este la aceptó a pesar de tener el olor de Puppy.

—Es un buenazo, solo ladra para parecer más fuerte —dijo Alan.

El perrito de Denise olió los pantalones del hombre y se dejó tocar por este. Luego ambos canes se olieron el culo, como era tradición.

—¿Y tu hermana? —le preguntó Rebecca.

—Se ha quedado tomando un té en el restaurante. Seguro que estará encantada de quedar contigo un buen rato, mientras Alan y yo trabajamos.

—Sí, ya hemos quedado luego a visitar Portland y las tiendas. Como es modelo, seguro que me puede aconsejar mejor qué ropa ponerme. Aunque suene frívolo.

—Estará encantada. Ella me ayuda a mí, sino sería una ameba vistiendo.

Alan pensó en que tanto el verde como el rojo le quedaban maravillosos.

—Y yo tengo que ayudar con eso a Alan, sino también sería otra ameba

vistiendo.

—¿Perdona? —preguntó él con una sonrisa.

—¿Quién te dice lo que te tienes que poner según la ocasión?

—Sí, pero no tengo tan mal gusto...

Rebecca le hizo un gesto negativo a Denise, dándole a entender que Alan era un cero a la izquierda con la moda.

—Mírate ahora...

—Hemos salido a pasear a Cooper.

La joven le miró y pensó que todo le quedaba bien con aquel cuerpo.

—Yo tengo que ducharme antes de los ensayos, os dejo. Hasta luego, Alan.

Vieron a Denise marchar camino del Hulton.

—Qué maja es, me cae muy bien.

—Sí, y a mí...

—Vas a tener que besarla —bromeó y Alan enrojeció al recordar el sabor de sus labios.

—¿Estás celosa?

Rebecca se rio a gusto, muy segura de sí misma.

—¿Te quedas con Cooper? Voy ya a prepararme.

—Claro, cariño —lo beso en los labios, pero él solo recibió el beso, no se lo devolvió, haciéndose el loco.

Alan corrió a ver si pescaba a tiempo a Denise, pero esta ya no estaba por ninguna parte e ignoraba en qué habitación debía hospedarse.

Así que fue a cambiarse de ropa, que por lo visto era de sacar al perro, y se puso unos pantalones negros, las botas, una camiseta lisa gris y una chaqueta de solapas informal.

Peinó su espeso cabello negro y se miró al espejo.

—Mira que eres feíto... —se dijo—. No entiendo qué te ha visto ella...

Después de aquello, cogió el guion y bajó a la sala Neptuno.

Denise se duchó, se secó el cabello, que dejó suelto, y se puso pantalones vaqueros y una camiseta, enfundándose luego en su querida chaqueta negra de cuero. Asió el guion y lo apretó contra sí, suspirando.

Ver a Alan con Rebecca la mataba lentamente, pero ¿qué podía hacer? Mientras él no la dejara, se mantendría firme.

Bajó hasta la sala de ensayo y entró.

A partir de ese momento, comenzó la historia de Rachel y Byron.

## Capítulo 15

# ENCUENTROS INESPERADOS

Byron condujo su BMW de alta gama hasta las inmediaciones de Portland, donde se ubicaba la empresa farmacéutica para la que trabajaba como abogado desde hacía ya unos años, cuando dejó el bufete de su tío, pasándose a la competencia y quedándose con el cliente más importante de todo el estado de Maine, por no decir de Nueva Inglaterra.

Con el tiempo, la empresa de su tío se dedicó más a representar casos perdidos y causas benéficas o a llevar temas que a él solo le causaban risa, porque él no tenía piedad de nadie, era un tiburón de la abogacía.

Nada más llegar a la garita de acceso y enseñar su acreditación, aunque ya le conocieran de sobra, Byron observó al grupo de manifestantes que estaban encadenados a las verjas y no paraban de gritar y hacer ruido con sus tambores, o a grito pelado, asiendo pancartas. La prensa también estaba allí, entrevistándolos.

—Llevan así desde ayer por la mañana y toda la maldita noche —le informó el guardia.

—Se les va a quitar la tontería pronto —contestó con acritud.

Se le permitió el acceso y aparcó en su plaza asignada del garaje subterráneo que usaban los empleados.

Bajó del coche y se cerró la elegante chaqueta. Cogió su maletín, el portátil, el móvil y fue hacia el ascensor.

Subió hasta la planta de oficinas, donde debía reunirse con el director de la empresa; Armand Huxon, el temido rubio con cara de cera. Byron le odiaba, siendo mutuo. Se aguantaban por contentar al dueño de la farmacéutica, el Sr. S. Seabrooke, un anciano impedido, pero con muy mal carácter y tremendamente rico.

Tanto él como Huxon, se encontraron a las puertas de la sala de reuniones.

—Buenos días, Sadler —saludó Armand.

—Buenos días.

Se sentaron ambos a sendos lados de una larguísima mesa, pero cerca de la enorme pantalla de videoconferencias.

Ambos miraron el reloj; casi las diez en punto de la mañana.

Byron abrió su maletín y sacó algunos documentos mientras esperó A la

diez en punto, apareció la imagen del viejo Seabrooke en la pantalla. Los miró con su rostro algo deformado por un atentado que sufrió años atrás y que le dejó en silla de ruedas.

—Bien, señores, quiero que machaquen a esos estúpidos activistas que se han apalancado en las verjas de mi propiedad.

—Ya se ha llamado a la policía, pero dicen que ellos no piensan hacer nada si no se pone una denuncia formal, ya que no están en el interior del recinto —informó Huxon.

—No pasa nada, yo me encargo de todo, Sr. Seabrooke.

—Espero mucho de ti, Sadler, así que los quiero fuera antes de que esta noche cierren las instalaciones. No podemos permitir más mala publicidad por culpa de unos sin techo.

Byron sabía que no eran sin techo, pero sí una asociación peligrosa hasta el punto de habersele atribuido algunas bombas en centros como aquel, aunque no estaba probado.

No era la primera vez que trataba con ellos, pues era consciente de que su propia madre apoyaba sus causas.

Tras dejar de ser diplomática, esta se había dedicado a donar dinero y apoyar públicamente todo lo relacionado con los derechos de los desfavorecidos. En especial odiaba a Seabrooke con toda su alma. Así que no le extrañó que pudiera estar detrás de todo aquello, o financiándolo.

Tras una tensa reunión, Huxon quiso hablar con él en privado.

—Si esta noche no se van, ya sabes qué pasará.

—¿Quieres meter en más problemas al Sr. Seabrooke?

—¿Y de quién crees que es la idea?

Byron suspiró y se fue camino a la comisaría principal de Portland, para presentar la denuncia. Allí nadie lo podía ni ver, lo consideraban un traidor, pues su familia era sumamente apreciada por todo lo que habían contribuido a la costera ciudad.

A pesar de eso, la policía tuvo que ir de nuevo, con la orden, en la mano, de desalojar las inmediaciones.

Legalmente, y probado con legitimidad, Byron había conseguido que se consideraran los aledaños de la planta como parte de la propiedad de Seabrooke, por lo que podían ser expulsados, armaran gresca o no.

Acompañó a los cuerpos de seguridad y observó desde lejos cómo cortaron las cadenas y los empujaron a los furgones.

Una joven delgada, y de cabellos castaños recogidos en varios moños, se

puso a gritar como una loca y resistirse.

—¡Asesinos de niños! —comenzó a chillar—. ¡Dejáis que se mueran sin medicamentos! ¡Avariciosos!

A Byron le impactó un poco y, de hecho, su rostro pecoso le sonó, aunque no supo de qué.

Finalmente, se la llevaron también, junto a otro chico afroamericano que la abrazó con fuerza cuando uno de los policías casi le dio un mamporro.

Las furgonetas se fueron y no quedaron más que los restos de pancartas, tiendas de campaña, comida, bebida y cadenas rotas.

Cogió el teléfono y se puso en contacto a Huxon.

—No hace falta llamar a los matones, la policía ya se ha llevado a todos.

Luego colgó y pidió que limpiaran los desperfectos y basura acumulada.

El hombre se fue hasta el estudio que tenía en Portland, ya que no era su vivienda habitual, sino una en Nueva York, y dejó la maleta en la habitación. Se quitó la chaqueta, ya que hacía algo de calor a principios del verano.

Se acomodó en el sofá y puso música variada. De pronto sonó *Right here waiting*, que lo dejó, como siempre, en el limbo y con una sonrisa.

¿Qué sería de Rachel? ¿Estaría bien? ¿Sería feliz?

El no lo era.

Y Rachel, aquella noche, tampoco, porque estaba en el calabozo de la comisaría de Portland, junto con su amigo Franky.

—Sabía que nos acabarían echando, pero no que durmiéramos aquí —se quejó este a su amiga.

—Venga, no me irás a decir que es tu primera vez en el talego —le contestó Rachel, cruzando los brazos sobre el escaso pecho que tenía.

—¡Pues sí! Madre mía... Con lo bien que estaba trabajando antes en la compañía.

—Sí, siendo uno de sus lacayos. ¿Qué hacías? ¡Limpiar basura! Ahora estamos haciendo algo mejor, increíble, que ayudará a muchos niños enfermos.

—Dios, cada día estás peor.

—Puede, pero es lo que hay. Tú quisiste venir.

Mientras conversaban, uno de los policías les abrió la puerta.

—Podéis salir, han pagado vuestra fianza.

Rachel se puso en pie de un salto, sonriendo de oreja a oreja al agente, mientras Franky salía tras ella, agachando la cabeza.

—¿Quién habrá sido?

—Un hada madrina —susurró—. Venga, vámonos.

Recogieron sus pertenencias en la salida, aunque la policía que se las devolvió jugueteó un rato con el pasaporte inglés de la chica.

—Que no te vuelva a ver por aquí, o serás deportada a tu país —dijo con evidente asco.

—Gracias, señora.

Salieron y Rachel tomó aire.

—No estás obligado a venir, pero yo me vuelvo a Swann Company.

—¿Para qué!

—¿No nos aseguraste que usaban animales para testar, de forma ilegal?

—Sí, pero...

—La vida de esos pobres animalillos también es valiosa para mí.

Rachel se fue casi corriendo, y Franky, que estaba loco por sus huesos, tuvo que seguirla.

Cuando le sonó el móvil, Byron botó en el sofá. Se había quedado traspuesto.

—¿Diga? ¡Qué! ¡Ya voy! Llama a la policía...

Pero Huxon, que fue el que llamó, no le hizo caso, optando por los matones, cosa que Byron se temió, por lo que salió a toda velocidad en su BMW.

Dentro del recinto, todos los de seguridad buscaron a los que habían dejado salir a los animales de sus jaulas.

—¡Son dos! Tenemos al hombre, pero nos falta la mujer —le indicó Huxon.

—Llévame con él.

Caminaron hasta una sala de reuniones pequeña.

Franky estaba sentado en una silla, y atado de las muñecas por detrás.

Byron se le acercó con cara de pocos amigos.

—¿Sabes en el lío que te has metido, chico? —Este no dijo nada—. Te vamos a poner una denuncia que vas a alucinar.

—Es un antiguo empleado —dijo el rubio.

—Así que además eres un traidor. Muy bien. No solo te va a caer una denuncia por allanamiento de una propiedad privada, sino también por compartir datos internos de la empresa.

—Solo la he ayudado a entrar, se lo dije, pero no me hizo caso.

—¿La chica? ¿Cómo se llama? —lo interrogó, pero no sacó nada.

—No importa, la vamos a encontrar.

Byron salió de la sala, dispuesto a dar con ella, antes de que lo hicieran los matones de Seabrooke.

Unos ruidos, no muy lejos de allí, le hicieron correr en dirección a estos. Se encontró a dos tipos enormes agarrando a una chica de aspecto delicado. Era la de los moños que le sonaba tanto.

—¡Soltadme!

—¡Dejadla!

De pronto, la joven se puso a parpadear con los ojos en blanco y se desvaneció. Byron la asió a tiempo y no cayó al suelo. La alzó en brazos y se la llevó.

Rachel despertó sobre una camilla de pronto, aunque estaba atada a esta por las muñecas.

—No intentes moverte o te harás daño —le dijo un profunda y masculina voz. Miró hacia el fondo, levantando algo la cabeza.

—¿Quién eres?

—El abogado de la compañía —contestó Byron, con los brazos cruzados.

—¿Por qué estoy atada! —exigió saber.

—Porque has soltado a todos los animales y roto cosas.

Byron se le acercó y ella se quedó callada, algo nerviosa. Este se inclinó sobre su rostro, mirándola de muy cerca.

—¿Qué haces?

—Te desmayaste sin más.

—¿Tienes que estar tan cerca?

El abogado le miró los ojos, las pecas, los labios y le echó un ojo al poco pecho que tenía; era bonita.

—Te has metido en un lío muy gordo. Deberías haber pasado la noche en comisaría, pero aquí estás. Supongo que alguien, digamos desconocido, te pagó la fianza y te mandó hacer esto.

—¡No! Lo hice yo. Y arrastré a mi amigo, él no quería... Pero sabía cómo entrar.

—Ah, así que lo reconoces. ¿Quién te envía?

—Nadie...

Él la miró con sus ojos alargados y castaños, más oscuros de lo que en realidad eran. El cabello negro le cayó hacia delante, rozándole la mejilla

levemente, lo cual causó cosquillas en la piel de Rachel.

—¿Cómo te llamas?

—No me acuerdo... Me he desmayado.

—No eres americana, ni canadiense, ni australiana... Eres inglesa.

—¿Cómo lo sabes?

—El acento. Estuve viviendo allí una temporada.

Él buscó su pasaporte en la riñonera que llevaba.

—¡No me toques!

Rachel intentó desasirse de las ataduras.

Byron sacó su pasaporte y lo abrió. Se quedó algo descolocado y la volvió a mirar.

—¡No es falso!

—Rachel... —susurró.

—Para ti señorita Rachel Smith.

Smith era el apellido más común del mundo, el que le dieron al cumplir la mayoría de edad, pues no tenía familia.

—Soy Byron... —susurró él.

La joven dejó de forcejear y lo miró detenidamente.

Abrió un poco los labios, los cerró, fue a hablar, pero se cayó.

Las orejas grandes, el cabello negro y espeso, los lunares de la cara, la nariz prominente y los labios gruesos.

—Joder... —dijo ella—. Eres Byron...

—Rachel... Maldita sea, pero ¿qué has hecho?

—¡No! ¿Qué has hecho tú? Un monstruo a las órdenes de ese Seabrooke. ¿Sabes lo que hace?

—Claro que lo sé.

—¡Entonces peor me lo pones! ¡Llama a la policía si quieres, pero no deseo estar en la misma habitación que tú!

—No es justo que...

—¡Cállate! Allí me dejaste tirada y sola, y me robaste la cinta.

—¡Eso pasó hace diez años! Éramos críos los dos —se defendió.

—Vete a la mierda, Byron.

Byron salió, ofuscado, y se llevó su pasaporte con él. Fue a hablar con Armand de lo que había averiguado, y en consultarle qué le había dicho Seabrooke que hicieran.

Cuando volvió a la sala, se la encontró vacía.

Rachel se había desatado y marchado.  
Le dio tal rabia, que de una patada empujó la camilla hasta la pared.  
Acababa de perder a la que fue el único recuerdo bueno de su maldita y solitaria vida.

## Capítulo 16

Alan decidió no tener demasiado contacto con el resto del elenco, básicamente porque era su método para interpretar mejor un personaje como Byron. Todos eran sus enemigos, incluida Rachel, aunque con Denise no podía comportarse así.

Así que, al principio, se distanció un poco.

Se sintió, eso sí, muy feliz de compartir cartel con actores de renombre y otros en alza. La mayoría de las escenas, en todo caso, las rodaría con Denise.

—Ey, Alan —le llamó Johnny, el actor que hacía de Franky, el amigo inseparable de Rachel.

—Hola... —contestó.

—Sé que no eres muy dado a socializar —fue sincero—, pero nos vamos algunos a tomar algo al bar del hotel esta noche. Tu mujer se ha apuntado.

—Claro, ¿por qué no? Eh... ¿Va Denise?

—Sí, claro. Ella siempre viene a todo, no como tú —le pegó con el puño en el brazo, de buen rollo. Alan sonrió sinceramente.

Rebecca ya le había dicho que se dejara del método “inaccesible” y fuera más amistoso con todo el mundo. Tal vez así podría hablar con Denise más a menudo, porque solo se veían en los ensayos y en los rodajes. Esta estaba totalmente inmersa en su papel. En el resto del tiempo, la pasaba con su hermana, Johnny y Oscar, otro de los actores.

—Yo también me apunto, ¿puedo? —Nick apareció de pronto. Ya llevaba una semana con ellos, no quería perder de vista a Alan y a Denise, aunque con Rebecca allí se le veía más tranquilo.

En ningún caso, el moreno le contó a su amigo lo del segundo beso.

—¡Claro! —Johnny le dio la mano a Nick—. Cuantos más seamos, mejor lo pasaremos. Bueno, he de irme a rodar una escena con Oscar. ¡Nos vemos luego!

—Alan, a ti te toca ahora otra con Denise, ¿no?

—Em... Sí...

Alan miró el guion, algo nervioso. Era una parte en la que ambos tenían

que hablar desde habitaciones distintas, por la cámara del portátil.

En el libro, Rachel está escondida en un lugar que Byron ignoraba, pero ambos se ponían en contacto vía Internet y hablaban en diversas ocasiones por Webcam.

Denise caminó con su guion en la mano, algo nerviosa. Ella y Byron ya llevaban algunas escenas juntos. En la que fue atada a la camilla lo pasó algo mal, por tenerlo tan cerca, oler su perfume y sentir el aliento en la cara. Él, además, la miró con intensidad y no supo si interpretaba o era real.

Y no solo eso, sino que, de abogado todo vestido de negro con traje, con el cabello hacia atrás y sin vello facial, le pareció guapo a rabiar. No le fue difícil ser una Rachel nerviosa ante su presencia.

—Denise —la llamó Anderson—. Tienes que parecer muy enfadada, que le odias... Recuerda que le consideras un monstruo a las órdenes de Seabrooke.

Ella asintió, dejándose llevar por el rencor hacia Alan, pues seguía con su mujer como si nada hubiera pasado entre ellos en dos ocasiones.

Se centró en todos los nuevos actores que conoció, en especial hizo buenas migas con Oscar, Katya y Johnny, sus compañeros de causa en la película.

—¡Alan! —el director lo llamó para que se acercara y este lo hizo, vestido de negro con su corbata oscura.

—Alan, le estaba diciendo a Denise que ha de ser hostil contigo, y tú has de estar serio, pero mantener la calma, a pesar de que te haya hecho eso en la cara.

—Entendido.

Cada uno se dirigió a una habitación. Aquella escena la tenían que rodar en más de una ocasión, desde cada lado, y desde varios planos de cámara.

En la primera ronda, Denise era la que estaba sola en el cuarto de la mansión alquilada para el rodaje.

Anderson lo prefirió así, para que tuviera más intimidad, que era de lo que se trataba. Luego harían lo mismo con Alan, en otra habitación habilitada como parte de su apartamento.

En el lado de él, la claqueta sonó así que en el cuarto de Denise esta empezó a hablar con “Byron”. Tragó saliva y se miraron intensamente a través de la Webcam.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó en tono de reproche.

—Que te entregues. Te estoy dando una oportunidad.

—¡Nunca!

—Acabaré sabiendo dónde estás. De hecho, lo presupongo. Para mí es muy sencillo conseguir una orden del Juez.

—Trabajas para ese multimillonario sin sentimientos, despiadado y cruel. Eres como él, todos los sois.

—Salvamos muchas vidas con los medicamentos que comercializamos.

—¡Mientras testáis en animales y hasta en personas y niños de África! Muchos han muerto por esas pruebas horribles. ¡He estado allí y lo he visto! Trabajar para ellos, defenderlos, te convierte en alguien despreciable. No me puedo creer que te hayas convertido en esto.

Alan la miró con seriedad. Denise, a solas en el cuarto, puso cara de tristeza sin siquiera estar en el guion.

—Eres un monstruo —lo dijo como escupiendo odio.

—Sí, lo soy —respondió él con un tono de voz baja y profunda, tras una breve pausa.

La conexión de la cámara se cortó. Poco después entró Anderson.

—Es buena, Denise, se notaba la tensión. Ahora, de nuevo. —Le guiñó un ojo.

Tras grabar varias escenas parecidas, en la que ambos personajes hablaban y comenzaban a sentir empatía el uno por el otro, tocaba una cara a cara, pero no se haría hasta dos días después, para que la pudieran ensayar con el director. Era una escena clave en la película.

Aquella noche bajaron varios al bar, tras cenar. Oscar y Johnny se sentaron a sendos lados de Denise, como si la protegieran. A Alan aquello le produjo cierto estado de celos que tuvo que disimular.

—Denise, ¿y Kerry-Ann? —le preguntó Rebecca.

—Ha ido a recoger a una amiga al aeropuerto. Imagino que no tardarán demasiado en llegar.

—¿La amiga también está soltera? —preguntó Oscar, uno de los actores.

—¡Oscar!

—Lo digo por Johnny, yo estoy felizmente casado. Como Alan, ¿verdad?

Este no dijo nada, solo frunció los labios hacia dentro mientras Rebecca le acariciaba el pelo. A Denise le chirrió todo por dentro y bebió un poco de su cerveza, ignorando la mirada rápida de Alan, como de culpabilidad.

—Oye, que yo estoy muy bien sin compromisos —se quejó el joven de piel oscura.

—Bueno, en la peli Denise te manda a la friendzone, pobrecito —esta comenzó a reírse a carcajadas.

—Soy el pringado que no entiende que le ve la protagonista al capullo del abogado.

—Oye, no te pases —rio Alan, con su San Francisco en la mano, dándole vueltas con la pajita—. En el fondo es un incomprendido que está muy solito en la vida, repudiado por todos. Rachel ve más allá de eso, porque es muy buena chica y no pierde la fe en las personas.

—Me da pena su personaje... —comentó Rebecca.

Denise se puso algo triste también.

—Bueno, ya sabemos cómo son las historias del escritor.

—El que más sufre siempre es el tío —comentó Oscar.

Denise dejó su cerveza y se levantó un momento para ir al baño. Alan hizo lo mismo, loco por seguirla. La interceptó cuando esta salió, pegándole un susto de muerte. La estaba esperando apoyado en la pared.

—Alan, casi me da algo. El baño de hombres está al fondo...

—Ya lo sé.

Él la cogió de la muñeca y la metió a traición en el baño de minusválidos, cerrando por dentro.

—¡Alan! Van a sospechar —dijo, nerviosa, intentando salir. Pero él no dejó de impedirle el paso, tapando el pomo con su enorme cuerpo.

—No te cases... —le rogó de pronto.

—¿Perdona?

—No le quieres.

—¿Y tú qué sabes? Solo porque nos hemos enrollado dos veces, te piensas que siento algo por ti tan intenso como para...

Alan la abrazó con fuerza y casi la levantó del suelo. Ella se sintió morir ante aquel acto.

—Necesito más de ti —le confesó.

—Por favor, suéltame... O me pondré a llorar... Tenemos que volver, van a sospechar —dijo angustiada.

—Prométeme que hablaremos de esto a solas en otro momento, por favor.

—Está bien...

La soltó y la dejó salir, pero él se encerró por dentro de nuevo y se echó agua en la cara. Sintió el impulso de romper con el puño el espejo, tal y como tuvo que hacer en una escena siendo Byron, tras el rechazo continuo de Rachel. Al final solo apoyó el puño con fuerza, dejándose los nudillos rojos. Luego

salió y se sentó de nuevo junto a Rebecca y Nick, que acababa de llegar.

—¿Estas bien? —preguntó este.

—Me ha sentado mal la cena, será mejor que no beba más y me suba al...

Vio a Denise levantarse de pronto y emitir un gritito. Luego un chico la alzó en brazos y la besó en la boca con intensidad.

Alan sintió nauseas reales al ver a Brendan allí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella a su novio.

—Me ha pedido Kerry-Ann que venga, porque me echabas de menos.

Denise echó manos de sus dotes de actriz y lo abrazó, mirando a su hermana con cara de pocos amigos.

Esta sonrió; su plan iba viento en popa.

Tanto Johnny como Oscar se miraron el uno al otro después de ver la cara que había puesto Alan y que fue como un libro abierto. Se hicieron gestos asintiendo ambos.

El moreno se levantó, algo confuso cuando Denise comenzó a presentar a su novio a todos. Le llegó el turno y apretó con fuerza la mano de Brendan, el típico chico inglés; alto delgado y de cabellos entre rubios y pelirrojos, bastante atractivo.

Ambos se parecían en nada.

—Perdónanos, guapa —le dijo Rebecca a Denise—, Alan no se siente bien desde hace rato.

—Claro, no pasa nada. Nos vemos en el rodaje.

Denise los miró marcharse y se sintió morir de pena. Algo tenía que hacer con Brendan pronto, y tal vez esa era la razón de que Kerry-Ann lo hubiera traído.

## Capítulo 17

La joven Rachel caminó por el jardín trasero de la mansión donde Laurie O'Leary la tenía escondida de la policía, junto a otros de la ONG. Esa mujer era una santa, una luchadora a favor de los desfavorecidos que, tras dejar su puesto como diplomática, había optado por ese camino tan digno. No como su hijo Byron, alejado de todo lo bueno y metido en todo lo malo, a las órdenes del infame Seabrooke.

Fue la propia Laurie la que le dio el contacto de su hijo por Webcam e Internet, para que intentara convencerlo de no presentar una denuncia contra todos ellos, ya que a ella no le dirigía la palabra desde hacía años. Ni a su mentor: Liam, ni a su padre; Harry.

La primera vez que conectaron se sintió furiosa con él, por en quién se había convertido.

Nada quedaba ya de aquel primer amor. Excepto que la había traicionado, robándole su preciada cinta y pasando de despedirse, como cobarde que era.

Rachel subió a su cuarto, pues ya era de noche, y encendió el ordenador y la pantalla. No siempre Byron estaba o quería hablar, pero aquella no fue una de esas ocasiones perdidas. Tenía que convencerlo de que dejaran libre a Franky. Su amigo estaba secuestrado por el enemigo, con tal de que ella se entregara a cambio. Sin embargo, no pesaba rendirse con tanta facilidad y que la expulsaran del país. En Londres no tenía nada, ni nadie esperaba su regreso. Al menos allí había encontrado a una familia que apreciaba sus esfuerzos.

Observó la pantalla y la imagen de Byron al otro lado, sentado si camiseta y con el pecho al aire. Se puso roja al instante, pues su anatomía era bastante impresionante. Ya no era aquel chaval delgado de 19 años. Tenía ante sí a un hombre de 30 que había mejorado muchísimo con la edad.

—¿No te puedes poner algo? —le pidió mirando hacia otro lado. Byron no le hizo ni caso y cogió una taza de café que tenía cerca.

—¿Ya has recapacitado?

—¿Lo has hecho tú acaso? —Rachel se armó de valor y miró a la pantalla, haciendo como que no le afectaba verlo sin camiseta.

—El señor Seabrooke solo quiere el bien para todas las partes. Vosotros nos dejáis en paz y nosotros os devolvemos a Franky sano y salvo.

—¿Es que no tienes ningún tipo de ética? Ya no como abogado, que está claro que no, sino como persona.

—Rachel, solo has de venir y cambiarte por tu amigo.

—Claro, y luego querrás que te digas dónde estamos todos.

Byron se acercó a la webcam y Rachel se alejó de la pantalla.

—¿Te crees que soy idiota y no sé dónde estás? Podría llamar ahora mismo a mi jefe y decírselo. Y no te aseguro que mandara ir a la policía, ya me entiendes.

—¿Es una amenaza?

—Solo te advierto de lo que podría suceder si yo quisiera. Y te estoy demostrando que no es lo que quiero.

Rachel se apaciguó, aunque comenzó a sentirse algo mareada y tuvo que apoyar la cabeza en la palma de la mano.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo es un mareo... Me pasa mucho.

—Deberías ir al médico —le pidió él, de forma sincera.

—Para que salga de mi escondrijo. No, gracias.

Byron hizo un gesto de no aguantarlo más.

—¡Eres cabezona, Rachel! Todo lo que digo o hago está supeditado a ser de mala fe.

—Lo siento... Gracias por tu interés—. Rachel se sintió mal por haberlo prejuizado en eso también.

Hubo un silencio incómodo.

—¿Qué hiciste durante tu adolescencia?

—Busqué a mis padres...

—¿Y?

—No conseguí averiguar nada... Luego me puse a trabajar en cuanto pude, me fui de voluntaria a África y hasta aquí hemos llegado hoy.

Fue a cerrar la conexión, pero Byron la detuvo.

—Espera...

—¿Qué?

—Lamento que aquella chica que sonreía tanto ya no esté.

—Y yo lamento que hayas convertido a aquel chico tan tierno en esto.

Después cerró la cámara y se levantó, con un terrible dolor de cabeza y ganas de vomitar.

Aquella noche, el señor Walker volvería del extranjero. Él y Laurie eran hermanos, pero Liam fue criado por un hermano de su padre, y Laurie por un diplomático irlandés, esposo de su tía, por esa razón tuvieron distintos

apellidos. La mujer tampoco usó jamás el apellido de su ex marido; Harry Sadler.

Por lo visto aquella familia era un drama en sí misma. Pese a ello, la habían tratado muy bien, aunque Liam Walker era algo reacio con la causa y no quería más problemas a punto de jubilarse.

Este le contó que siempre alentó a Byron para seguir sus pasos y ser abogado, que le enseñó todo lo que sabía durante la carrera de derecho y tras tenerlo en su bufete. Pero que algo no iba bien en su sobrino. Este terminó yéndose a trabajar para Seabrooke, de los peores ejemplos del ser humano. Liam no se lo perdonó.

Laurie se acercó a la muchacha, a la que vio con algo de mala cara.

—¿Te sientes mal?

—He tenido algunos mareos.

—No comes lo suficiente —se preocupó como si fuera la madre que nunca tuvo.

—Gracias, Laurie.

—He estado pensando y... Voy a ir a ver a Seabrooke, para que suelte a ese pobre chico.

—Pero...

Laurie detuvo sus palabras con solo una mano.

—No tiene que pagar él por mis acciones.

—¡Fue cosa mía! Me entregaré yo... —dijo, desesperada.

—Te meterían en la cárcel o te deportarían a Reino Unido para que la justicia de allí hiciera su trabajo. No puedo permitirlo, eres aún muy joven y tienes la capacidad de hacer muchas más cosas que yo a la larga, con diferencia.

Rachel lo comprendió enseguida, aunque se sintió fatal saber que no podría cumplir aquello nunca.

—Mi hermano llegará a la hora de cenar. Lo hablaremos todo con él y con el resto...

—Vale...

Laurie le acarició el fino cabello castaño.

Tras cenar algo por compromiso, Rachel se duchó y salió de nuevo al jardín trasero. Pese a hacer buen tiempo, las noches en Portland eran frescas, así que se puso una manta alrededor del cuerpo.

Un pequeño farol de pared iluminó el porche, donde estaba sentada.

Escuchó un ruido entre los matorrales y creyó que sería alguno de los perros.

Se quedó impactada al ver a Byron plantado ante ella. No dijeron nada, solo se miraron. Él caminó hasta sentarse junto a ella, a una distancia prudencial.

—¿Cómo has...?

—Aquí me crié... Sé trucos para entrar y salir sin que mi madre lo sepa.

—Pero hay cámaras y alarma...

Byron no dijo nada, solo sonrió levemente.

Se miraron el uno al otro, con el corazón en un puño.

—¿Por qué has venido?

—Para verte en persona.

—¿Y qué vas a hacer?

—Hablar contigo, solamente eso... Me dejaste preocupado. ¿Estás mejor?

—Sí... —mintió ella, tragando saliva.

Byron estaba allí presente, tan cercano que podía tocarle la cara.

¿Quería hacerlo?

Sus ojos castaños la miraron como años atrás, sus labios carnosos y cerrados se curvaron levemente en una sonrisa.

—Te he traído una cosa...

El hombre se sacó del bolsillo de la chaqueta una cajita de plástico transparente. Rachel alargó la mano para cogerla, y sus dedos se tocaron.

El corazón se le puso a mil revoluciones en aquel instante. Él no rechazó el contacto mientras los dos sujetaban el pequeño objeto. De hecho, se fueron inclinando con lentitud, el uno hacia el otro. Rachel no pudo evitar comenzar a sollozar.

Sorpresivamente, se escuchó la puerta abrirse y ambos miraron al intruso, que gritó fuertemente:

—¡Byron!

Este se puso en pie de un salto y desapareció por donde había venido. Los perros ladraron con fuerza un rato, hasta cansarse.

Liam Walker miró a Rachel con reproche, entre preocupado y sorprendido.

—¿Qué hacía aquí?

Rachel había guardado el objeto entre los pliegues de la manta.

—Quería dialogar.

—¿Dialogar? Ni se te ocurra creerte nada de lo que te diga. Ahora ya sabe dónde estáis todos.

—Lo sabe desde el principio y no ha hecho nada —le defendió.

—Lo hará, no te quepa duda.

Liam se metió en la casa y dejó sola a la joven.

Rachel sacó lo que Byron le había entregado, abriéndolo. Dentro estaba la cinta de cassette que le robó diez años atrás.

Las lágrimas brotaron con más fuerza desde sus ojos mientras la apretó entre sus dedos temblorosos.

## Capítulo 18

Aquella fresca noche, rodaron la escena del porche. Denise se sintió mal todo el día, no solo de forma moral, sino también física. La endometriosis no la dejó tranquila en toda la jornada, con un periodo abundante y doloroso. No dijo nada a nadie, excepto a su hermana.

Brendan estaba hospedado en un hotel más modesto, y solo lo vio a la hora de comer. La parte buena de tener una regla tan dolorosa fue que le sirvió de excusa para no irse con él la noche que llegó, ni la siguiente.

Kerry-Ann le dijo que confiara en ella y la enigmática razón por la que había pedido a Brendan acudir al rodaje unos días. Solo debía tener paciencia.

Por lo demás, aguantó el día como buenamente pudo, y la escena salió bien, al director le gustó bastante, sobre todo cuando se puso a sollozar de verdad, sin ayuda de lágrimas falsas.

Fue una mezcla de cansancio real, por el dolor en la parte baja de la espalda, y sentimientos encontrados hacia Alan.

Él quería más. Pero ¿qué era más? ¿Una relación sexual? ¿Una sentimental? No le quedó claro. Y tras llegar Brendan, todo volvió a complicarse de nuevo. En cualquier caso, Alan seguía sin dejar a su mujer.

También ella se estuvo planteando abandonar a su novio, pero no supo si hacerlo cara a cara o a distancia. Lo primero resultaba agónico y triste, lo segundo era una cobardía. Y ella no era de ese tipo de personas. O sí, porque lo estaba retrasando todo lo posible, alegándose a sí misma todo tipo de excusas estúpidas. Pero no solo se trataba de Brendan y ella, sino de las familias de ambos, los amigos en común, los planes de boda y unos cuantos años juntos.

Denise se cambió de ropa dentro de la casa, deseando llegar al hotel, ducharse y meterse en la cama. Cada vez le costó más disimular su malestar.

La mansión se hallaba bastante lejos de Portland ciudad, por lo que

tardarían un rato en llegar.

Aquella noche, Mark, el famoso actor que interpretaba a Liam, no los acompañó de vuelta, pues tenía sus propios planes con su esposa, por lo que solo quedaron Alan y ella.

—Puedo ir con Anderson en el coche de la productora... —comentó la joven.

Alan la miró.

—Claro...

En ese momento, Denise se dobló sobre sí misma, de puro dolor. Alan la asió por los brazos y ella se apoyó en su pecho, sujetándose el vientre.

—¡Denise!

El hombre fue a llamar a alguien, pero ella no se lo permitió.

—Es la regla y la endometriosis. Se me irá pasando... —Respiró hondo y soltó el aire, aunque luego puso mala cara y le costó volver a abrir los ojos.

—Ya te llevo yo al hotel —se ofreció y Denise no rechistó, tal y como estaba.

Se sentó en el Mustang, y se puso un poco de lado, para subir algo las piernas.

—¿Te pasa cada vez que tienes la regla? —Alan puso en marcha su coche.

—No... Hacía ya meses que no, ni tan intensamente.

—Parece que vayas a parir —intentó bromear, pero Denise le echó una mirada matadora.

Durante el camino de media hora, no dijeron nada. Denise por estar dolorida y Alan por no pifiarla más.

El hombre estaba sufriendo muy fuertemente con respecto a Denise. Confesarle que necesitaba más, pedirle que no se casara y luego verla abrazada a Brendan, fue más de lo que pudo soportar.

Aquella noche estuvo a punto de confesarle todo a Rebecca, pero al final se quedó dormido de puro disgusto y cansancio. Al día siguiente, lo sopesó mejor. Quería ver cuál iba a ser el siguiente paso de Denise. Él ya le había confesado que quería más de ella. Una declaración de intenciones en toda regla. La pelota estaba en su tejado.

De no ser por las circunstancias de su copiloto, habría vuelto a sacar el tema. Observó de reojo a Denise, que llamaba a su hermana sin obtener respuesta.

—Kerry-Ann, no sé dónde andas, pero voy para el hotel. Estoy muy mala, me ha dado muy fuerte. Un beso —Denise le dejó una nota de audio a su

hermana.

Mientras buscó unas pastillas paliativas en el bolso, dio con la caja y la cinta de cassette. La sostuvo entre las manos, entristecida.

—¿Te las has llevado?

—Parece que sí. Mañana la devolveré...

—Me pregunto si es una cinta real. Quiero decir, si tiene grabadas canciones de los años 80.

—Me dijo Anderson que la cinta la ha donado Ryan. Así que pienso que sí, que contiene canciones. La cinta medio borrada parece real.

—Yo tenía un montón de cintas, que mi madre debió de tirar cuando me hice militar.

—Me resulta extraño pensar en ti como militar. Se te ve muy tranquilo.

—Amo a mi país —admitió—. Me hubiera gustado poder defenderlo mejor, pero no tenía que ser...

—Bueno, ahora estás aquí... Tal vez te hubieras ido, pero no vuelto...

—Tal vez...

—Así que perdona mi egoísmo, pero me alegro de que no siguieras siendo militar.

—No acabo de superarlo nunca del todo. La interpretación me ayuda.

—Entiendo tu sentimiento al querer defender a tu país, yo me sentí muy enfadada y triste cuando atentaron en Londres. Cualquiera de mi familia o amigos, incluso yo misma, podría haber estado en el metro ese día y ese momento. Pero prefiero pensar que el destino no lo quiso así, que estamos todos bien, tú incluido. En nuestro lugar otros se fueron. Llámame egoísta, si quieres... No obstante, me alegro y me siento feliz de seguir viva.

—En su día deseé estar muerto en lugar de otros compañeros que sí fueron admitidos. La interpretación me ayudó muchísimo a salir de ese malestar constante, de esa sensación de haberle fallado a mi país, a mis compatriotas y a mis amigos militares.

—Y también te ayudó conocer a Rebecca... —Denise se arrepintió al instante de haber sacado a colación a su esposa.

—Me ayudó mucho, es cierto —dijo Alan, si parecer afectado.

Llegaron al aparcamiento del hotel, y él ayudó a Denise a salir. Esta intentó ponerse erguida, sin éxito. De hecho, fue a peor y volvió a apoyarse en él, que la estrechó con fuerza.

—Me están dando cólicos, Alan...

Denise estaba pálida y sudorosa.

—Vamos a urgencias.

—No, llévame a mi habitación.

—Pero...

—Llévame... —gimió.

Recogieron la llave de la joven en la recepción. Alan la metió en su cuarto, que estaba vacío, le quitó la chaqueta y los zapatos, y la introdujo en la cama.

—¿Tienes pijama?

Ella asintió, saliendo del lecho.

—Tengo que ir al baño, allí me cambiaré.

El hombre se quedó sentado, a la espera. Ella tardó mucho y eso le preocupó, por lo que se acercó a preguntar.

—Denise... —susurró.

—Ahora salgo... —contestó con un hilo de voz.

Minutos después, la joven salió blanca como la pared, casi desvanecida.

Alan la cogió en brazos para tumbarla sobre la cama, pues tiritaba y se agarraba el bajo vientre, gimiendo por la fuerte intensidad de los calambres.

—Putos cólicos... —siseó ella en un momento álgido. Luego se tranquilizó un poco, pasada la contracción.

Alan le acarició el pelo con cuidado, para darle cierta tranquilidad.

—Me parte el alma verte así...

—Aunque no lo creas, es normal... —gimió.

—¿Busco a tu hermana? ¿Llamo a Brendan? ¿Qué puedo hacer? —preguntó con desesperación.

—Quédate conmigo... —pidió antes de otro calambre.

Alan escribió un mensaje a Rebecca y le mintió por primera vez, diciéndole que estaba con algunos compañeros y tardaría un rato. Luego puso el móvil en silencio para no molestar a Denise.

Dio de comer y beber a Puppy, al que ya había sacado a pasear Kerry-Ann antes de irse. El perrito se subió a la cama de su eterna compañera, sabiendo que estaba enferma, y allí se quedó.

Alan no supo muy bien qué más hacer, aparte de quedarse junto a ella y acariciarle el pelo con dulzura, también la cara.

A Denise no solo le dolió todo, también le latió el corazón con intensidad al estar atendida por Alan de forma tan dulce. Brendan no es que fuese inmune a su sufrimiento, pero no lo entendía tan bien ni solía estar para ella, de forma presencial, cuando le daban cólicos.

La joven notó que él se metía en la cama con ella y no se lo impidió, todo lo contrario; le dejó sitio. Alan la abrazó y apretó contra él, dándole calor. Su aroma personal invadió sus fosas nasales y sus sentidos. Gimió de placer al sentirse mejor.

—Dime qué puedo hacer... —pidió él, casi desesperado.

—Me duele mucho la zona lumbar... —A Denise le dio vergüenza, pero deseaba que él la cuidara.

El hombre deslizó su mano derecha hasta la baja espalda de la chica, y la masajeó largo rato.

—Lo bueno de tener las manos tan grandes —bromeó él y Denise soltó una risilla, deseando que bajara esa mano hasta donde la espalda perdía el nombre. Pero él se comportó.

Pese a que solo estaban abrazados, fue tan natural para ambos que se quedaron así largo rato, sin moverse, sintiéndose el uno al otro.

Denise escuchó los latidos de Alan, se dio cuenta de que iban más rápidos de lo normal, como los suyos propios.

Levantó la cabeza de su cuello y le buscó hasta encontrarlo. Él también la buscó con anhelo. Se besaron con intensidad, entrelazando sus lenguas ansiosas. La mano de Alan bajó donde debía estar y apretó, haciendo gemir a Denise, luego se deslizó bajo el pijama hasta dar con uno de sus pequeños pechos.

—Alan... —gimió Denise—, espera...

—Perdona...

—Estoy fatal... No puedo.

—Lo sé, perdona, de verdad —se disculpó, pero no quitó la mano de su pecho, ella tampoco se la apartó.

Se miraron de muy cerca, solo con la luz de la lamparita de noche encendida.

—Eres preciosa... —susurró él—. Me gusta esta marquita que tienes en la mejilla.

Denise deslizó la mano por su rostro, acariciando sus lunares, su nariz, sus labios, sin decir nada, solo mirándole.

—Tienes unos ojos muy bonitos...

—Demasiado juntos...

—Me gusta tu nariz...

—Es enorme...

—Y las orejas...

—Mejor no hablar de eso... —Alan sonrió.

—Tienes la cantidad de lunares perfecta... Y los labios más sensuales que he visto y que he probado.

Alan respiró con agitación, excitado. Se sintió incluso atractivo ante sus ojos. Denise alcanzó su boca, atrapándola casi en un mordisco. Él se lo devolvió con ansiedad, con hambre, con necesidad.

Pero Denise sintió otro calambre y tuvo que parar. Alan dejó de tocar sus pechos y le acarició la espalda de nuevo, abrazándola con fuerza. Ella se puso a llorar.

—Denise... ¿Te llevo a urgencias?

Ella negó con la cabeza, no deseó apartarse de él en aquella extraña noche mágica, a la vez horrible de dolores, pero hermosa de sentimientos.

Para desgracia de ambos, Kerry-Ann enteró en la habitación, encontrándolos de aquella guisa. Cerró la puerta tras ella y se acercó cuando Alan se irguió.

—Tiene cólicos... —le dijo—. No me vi capaz de dejarla sola.

—He venido nada más escuchar su mensaje. No tenía cobertura donde estaba.

—Kerry-Ann... —susurró su hermana.

—Ya me encargo yo, Alan. Muchísimas gracias.

—No hay de qué...

Este se puso las zapatillas, cogió el móvil y salió de la habitación, hecho una maraña de sentimientos.

Se quedó apoyado en la puerta, por fuera. Y miró el móvil; tenía 4 llamadas perdidas de Rebecca y varios mensajes. Estaba enfadada, pues habían quedado a cenar y él lo olvidó por completo.

Se sintió fatal por haberle puesto los cuernos, pero a la vez tuvo más claro que aquella situación no podía alargarse más. Pero mientras la incertidumbre con respecto a Denise no se aclarara, debía aguantar un poco más sin armar un escándalo en medio del rodaje. No podía permitirse dejar a Rebecca hasta no acabar la película.

Kerry-Ann le dio a su hermana la manta eléctrica que llevaban por si le pasaba aquello, para que se enrollara la zona afectada y el calor la aliviara. Luego se metió con ella en la cama. Aún se notaba el calor que el cuerpo de Alan había dejado.

Denise sollozó como una niña.

—¿Tanto te duele, cariño?

—¿Por qué has traído a Brendan? —inquirió de pronto.

—Solo te pido un poco de paciencia, de verdad...

—Es que no lo comprendo. Parece que quieras hacerme sufrir y que esté entre la espada y la pared. Ahora no puedo dejarlo, no hasta que acabe la película.

—Ya lo sé...

—Siento que Alan es el que encaja conmigo... —soltó de pronto—. Estaba aquí abrazándome, cuidándome, y me aliviaba el dolor solo con su presencia.

—Lo imagino. Siento haberos interrumpido...

—Es mejor así. Solo nos ha salvado ser infieles el que esté tan mala... porque te juro que me hubiese acostado con él. Solo me ha tocado un poco, nos hemos besado y... Dios, he sentido más que con todos los tíos juntos con los que he estado.

—Uf... Denise, eso es muy intenso.

—Le quiero muchísimo, Kerry-Ann... Le amo... —reconoció—. Me siento muy desgraciada...

Su hermana la abrazó con fuerza mientras absorbió sus sollozos y lágrimas. También Puppy se arrebujó contra la espalda de su eterna compañera, dándole calorcito.

Pero nada podía consolar el corazón maltrecho de Denise.

## Capítulo 19

Alan bajó al bar, sin haber contestado ni a uno de los mensajes o llamadas de Rebecca. Sabía que Oscar y Johnny andarían por allí, como cada noche, para relajarse tras sus tomas.

—¡Alan! —lo llamó Oscar al verlo entrar.

Se apresuró a sentarse con ellos y pedir una copa.

—Ey, qué te pasa —le preguntó Johnny, al verlo con aquella cara de pocos amigos.

—Mi mujer está enfadada; habíamos quedado a cenar y... se me había olvidado.

—¡Amigo, qué cagada! —se echaron a reír, palmeándole la espalda.

—¿Te ha largado de la habitación?

—Ni siquiera he ido. Ni le he contestado.

Los otros dos pusieron mala cara al ver que él estaba tan serio.

—Mira, Alan, te voy a ser sincero; a ti se te nota que no estás bien con tu señora —comentó Oscar.

Le trajeron la copa a Alan y casi se la bebió de golpe. El calor le subió muy fuerte hasta la cara, pero aquello le armó de valor.

—No estamos bien desde el verano pasado, porque se fue con otro —se sinceró.

—Buf, amigo, qué duro... —susurró el más joven de los tres—. ¿Y por qué sigues con ella?

—¿Sinceramente? No lo sé. Bueno, sí... La dejé en su momento, no quería saber nada de ella. Conocí a una chica, pero tenía pareja, me volví a enfadar con las mujeres y al final volví con Rebecca porque se la veía realmente arrepentida, y también como parche por lo de la otra mujer.

—Joder, menudo embrollo mental has de tener.

—Oye, Alan... El otro día nos dimos cuenta, aquí en el bar, de tu reacción... —comentó Oscar.

—¿Mi reacción...?

—Sí... Cuando llegó el novio de Denise... ¿Te acuerdas? ¿La seguiste al baño?

—¿Tanto se me nota? —Le pegó otro trago a la bebida y se la terminó. De perdidos al río. Le hacía falta hablar con otros hombres, unos que no fueran Nick y sus agonías.

—Hasta ese momento no nos habíamos percatado... Pero después de verla a ella volver con una cara de circunstancias que para qué... Luego tú saliste con peor cara, y ya, para colmo, llegó el novio de Denise. Casi te caíste redondo... Da que pensar.

—Ella es la chica que conocí... Entonces no sabía ni que tenía pareja, ni que el destino nos iba a poner aquí y ahora, haciendo esta película.

—Lo que no puedes es jugar con ambas...

—Ahora he de subir a mi habitación y enfrentarme a Rebecca, y no sé qué hacer.

—¿Aún quieres a tu mujer? Porque eso es importante.

—No como antes... No como a Denise.

—Ufff... La cara que has puesto.

—¿Y Denise? —preguntó Johnny—. ¿Ella qué siente?

—No debería hablar de eso... —dijo Alan—. Pero quiero aclarar que he sido siempre yo el que ha dado los pasos, y que nunca nos hemos acostado. Hasta hace un rato estaba con ella porque se ha puesto muy mala.

—¿Qué le pasa? —Johnny se preocupó, pues había iniciado una estupenda amistad con su compañera de reparto.

—Le dan cólicos por el periodo. Ahora está con su hermana.

—Y por eso se te ha olvidado que tienes mujer esperándote, enfadada...

—Sí.

—Pues yo lo tendría muy claro, tío. Pero... Hace falta saber si ella siente lo mismo que tú, si vale la pena darle esa vuelta tan drástica a tu vida.

Oscar, el más mayor de los tres, habló.

—Es que no sé si lo que siente es tan fuerte como lo que yo siento.

—Estás colado, ¿verdad? —Alan asintió con la cabeza.

—No me extraña. Denise es todo corazón, es realmente muy buena chica —la halagó Johnny—. Y ya no hablemos de su belleza natural.

—No hago más que marearla con mis incertidumbres.

—Yo que tú subiría a la habitación y hablaría con Rebecca. De lo que desees hablar ya es cosa tuya.

—Muchas gracias por haberme escuchado.

—De nada, hombre.

Le pegaron de nuevo unos cuantos cachetes en la espalda y la cabeza.

Alan los dejó y subió, sintiendo el calor del alcohol en sus venas.

Entró en la habitación y Cooper se le echó en los brazos, contentísimo de verlo. Rebecca se acercó con los brazos cruzados y una expresión de desagrado.

—Dame una explicación lógica.

Alan calmó a su perro y la miró.

—Estaba con Denise, se ha puesto enferma por la regla.

—¡No sería para tanto! —se la notó celosa.

—La verdad es que tiene endometriosis, así que sí, ha sido para tanto. A esto he estado de llevarla a urgencias, y porque no me ha dejado. Se me ha ido el santo al cielo y no me acordé de la puñetera cena —Alan comenzó a enfadarse.

—Bien que me has mentado, diciéndome que estabas con lo Johnny y Oscar.

—No estás en posición de quejarte por una mentira, Rebecca. Hazte a la idea.

—¿Es que no me vas a perdonar jamás?

—Sí, estás personada, te lo perdono todo.

Mientras Alan y Rebecca discutían, él empezó a coger algunas de sus

cosas. Luego le puso el collar al perro y también asió su comida.

—¿Qué haces?

—Me voy con Nick. Necesito pensar.

—Por favor, Alan... Perdona... Al no saber nada de ti, me preocupé...

Nunca habías fallado a una cita conmigo.

Él se la quedó mirando, con la correa del perro en la mano.

—No me voy por esta tontería de pelea, ni si quiera porque me fueras infiel. Es que ya no te quiero. No estoy enamorado de ti.

A Rebecca se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Puedes quedarte esta noche en la habitación. Pero te ruego que mañana te vayas a tu casa. Cuando acabe el rodaje hablaremos del divorcio.

Ella asintió, en silencio.

Luego Alan se fue con Cooper, y picó a la puerta de su amigo. Este le abrió, preocupado también.

—¿Dónde estabas? Rebecca me llamó y no supe qué decirle...

—¿Me puedo quedar contigo hoy?

—Claro, pasa...

Alan montó la camita de Cooper y dejó sus cosas sobre el lecho libre. El de Nick andaba hasta arriba de papeles, con el portátil encendido.

—Le he dicho que quiero el divorcio.

A Nick casi le dio un soponcio y se sentó en la esquina de su cama.

—¿Es por Denise?

—Es por muchas cosas, Nick: porque ya no la quiero como mi mujer, porque me engañó con otro, y porque sí, amo a Denise.

—¿La amas? ¿Te has oído bien?

—Perfectamente.

—¿Y ella? Eso es importante...

—No lo sé.

—Genial... —hizo un gesto con la mano.

—A pesar de eso, prefiero estar solo a seguir con una mujer a la que no amo. Y que he empezado a dejar de respetar. Todos mis actos, pensamientos y anhelos giran en torno a otra. Y no quiero ser infiel.

—Entonces, Denise y tú...

—Nos hemos besado dos veces desde que llegamos. El primer día la busqué yo y hoy me ha buscado ella.

—¿Y no ha sucedido nada más?

Alan negó con la cabeza.

—Madre mía, qué aguante tienes, chico...

Alan sabía que lo habían salvado las circunstancias adversas, no su conciencia. Si hubiese sido por él, aquella noche habría hecho el amor con Denise, una y otra vez.

Ya metido en la cama, con Cooper a sus pies, Alan escribió a Denise y le dijo que había dejado a Rebecca definitivamente. El mensaje le llegó, pero ella no lo leyó; debía de estar dormida.

Rememoró cada segundo de sus besos anhelantes, de sus palabras halagadoras, sintió un cosquilleo allí donde su pezón duro había estado, su pecho pequeño pero caliente, sus caderas anchas y sus nalgas prietas.

Se excitó tremendamente. De no ser porque tenía a Nick roncando al lado, se habría masturbado, porque no podía más.

Hundió la nariz en la almohada e intentó no pensar más en tener sexo con Denise y se concentró en la siguiente escena a rodar.

Rachel yendo a las instalaciones de Seabrooke, para liberar a su amigo y quedarse en su lugar. Y Byron estando entre la espada y la pared, pues se sentía enamorado de Rachel, desesperadamente, igual que lo estaba él mismo de Denise.

## Capítulo 20

# LA VERDAD

Byron volvió al apartamento aquella noche, con el corazón en un puño. Ver llorar a Rachel, tras entregarle la cinta, le partió el alma, aunque todos pensasen que la había perdido al trabajar para Seabrooke. Puede que no quisiera saber de su padre, de su tío y, en menor medida, de su madre, pero Rachel era otro cantar. Le hacía recordar y sentir cosas olvidadas hacía ya mucho tiempo, cuando lo sacó de su burbuja diez años antes.

Sin embargo, salir de ella en la actualidad era casi imposible. Ya era un adulto consciente de lo que deseaba. Vivía muy bien en Nueva York, su cargo iba más allá de ser el abogado de Seabrooke; también tenía acciones de la compañía.

Rachel tal vez entrara en razón y dejara a Goliat en paz, y así pudiera verla fuera de todo aquello. Intentar convencerla. Esa debía de ser la estrategia.

Encendió el chat y la cámara, con la esperanza de verla de nuevo durante aquella noche extraña y mágica a la vez. Devolverle la cinta no fue sencillo, deshacerse de ella era hacerlo de un recuerdo especial. Pero solo era eso; un recuerdo. Rachel era real y estaba allí de verdad.

Así que se encontró a sí mismo sintiéndose como un crío, anhelando hablar con ella y conseguir atraerla hacia él y su mundo en la burbuja.

Rachel apareció al otro lado, aunque no tenía muy buena cara.

—¿Estás bien?

—No, Byron, no lo estoy...

Aún estaba llorando, aunque Byron pensó que fue por la cinta.

—Ojalá no nos hubiera interrumpido mi tío.

—Él me ha dicho que le traicionaste, que te fuiste tras habértelo enseñado todo.

—¿Eso te ha dicho? Es cierto que me lo enseñó todo, inclusive no tener ética en la abogacía. ¿O te crees que es un santo?

Rachel no dijo nada, solo se lamió los labios salados por el llanto.

—No es quién crees que es. Puede que se haya intentado redimir. No obstante, ha hecho cosas muy malas, y a mí también. Así que ten cuidado con él.

Rachel se mantuvo callada.

—Estoy tan solo como tú, Rachel. Porque esa no es tu familia, por mucho que quieras. Mi madre no es tu madre, mi tío no es tu padre... aunque parezca que actúen como tal.

Rachel lloró un poco más, tras escuchar aquellas duras palabras.

—Hace ya mucho que no hablo con mi madre... —confesó—. En ocasiones lo ha intentado, pero yo no he querido. Tuvo 25 años para eso y los desaprovechó. Se siente tan culpable que necesita ayudar a gente como vosotros.

—¿Cómo nosotros? ¿Tienes que usar ese tono despectivo, Byron? ¿Tanto me desprecias?

Byron se quedó callado un instante.

—Si así fuera, no habría guardado esa cinta de cassette tantísimos años —contestó con seriedad y esa voz tan sexi.

—Gracias por devolvérmela... —Rachel bajó la cabeza, avergonzada—. Significa mucho para mí.

—Lamento habértela quitado, fue lo único que podía llevarme de ti. Y si no me despedí... Fue porque cobardía.

—Me disgusté mucho...

—Supongo que no es agradable que te roben un cassette tanpreciado.

—Byron, eres idiota. No fue por el cassette, fue porque el chico que amaba se fue sin decirme adiós.

El aludido no fue capaz de mirar a la cámara, y se sonrojó mientras se mordía los labios.

—No entendí nunca qué viste en mí...

—No lo sé, y sigo sin saberlo...

Byron la miró, confundido, pero ella cortó la conexión.

Rachel se fue a la cama, mareada, y se tapó con la manta. Pensó en su amigo Franky y en si estaría bien. No podía dejarlo así más tiempo. A primera hora se personaría ella misma en el edificio. Al fin y al cabo, no tenía a nadie, ninguna familia la esperaba en Londres, Laurie y Liam no eran sus padres, y no dejaría a un amigo en la estacada.

Tampoco tenía futuro. Cada noche se iba a dormir sin tener la certeza de despertar.

Byron, en su cama, miró al techo. Tan solo se escuchó, de vez en cuando, un coche pasar y romper el silencio. Pero cuando este era absoluto, una

sensación de desasosiego invadía al hombre.

Cerró los ojos y solo se le vino a la mente el rostro de Rachel, una y otra vez. El de aquella chiquilla sonriente, y el de una mujer llorosa. Ambas hermosas y que le hacían sentir diferente, perturbando la burbuja.

A la mañana siguiente, tal y como tenía decidido Rachel, se personó ante la garita del guardia de seguridad. Este se quedó perplejo al verla y llamó de inmediato a sus otros compañeros, que acudieron prestos y se la llevaron dentro casi a empujones, pese a no oponer resistencia. La dejaron atada con esposas en una sala cerrada a cal y canto, durante horas, sin ir al baño, ni darle agua.

Rachel sonrió para sí, llevaba años en la calle sola, a veces no tenía ni donde dormir bajo techo, o qué comer. Aquello le pareció ridículo.

De pronto, apareció un tipo rubio con cara de pocos amigos, que se sentó frente a ella con aire de superioridad.

—La famosa Rachel.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—El Director General.

—Encantada, Director General de esta empresa mata niños.

Huxon endureció sus afilados ojos.

—He venido a cambiarme por Franky. Él solo es un pardillo que me sigue a todas partes.

—Mejor dos que uno...

Rachel se temió aquello.

—¿Dónde está el abogado? Quiero hablar con él.

Huxon hizo un gesto al guardia de seguridad. Rato después apareció Byron, vestido todo de negro, peinado cuidadosamente y afeitado. La miró como si entre ellos no hubiera absolutamente nada.

—Puedes dejarnos solos, Huxon.

Este se levantó con desgana.

—Ya sabes lo que quiere Seabrooke —le comentó al abogado.

Después se fue, acompañado del guardia, ya que Byron quería quedarse a solas con Rachel. Ambos se miraron en silencio, a los ojos.

—Vais a dejar a Franky libre —ordenó ella, sin más.

—No depende de mí, sino de la justicia. Y tu amigo resulta que ya tiene antecedentes por robo. Más concretamente a esta empresa.

—Solo es un pobre chico con problemas, como todos nosotros.

—Lo despedimos, dejando pasar lo que hizo. Consideraré que Seabrooke ni debía saberlo. Simplemente lo echamos. Dame las gracias por ello.

Rachel miró hacia el techo, ignorándole.

—Gracias —Rachel vocalizó bien grande.

De pronto, pareció marearse y poner los ojos en blanco unos segundos, tras los cuales volvió en sí. Byron se quedó helado y se levantó para atenderla, ya que se deslizó un poco por la silla.

—Rachel... —La asió por el rostro macilento—. ¿Qué te sucede?

Ella sonrió y Byron vio lágrimas en sus hermosos ojos.

—Tengo un tumor en el cerebro...

El hombre se quedó completamente quieto, acongojado ante la noticia. Respiró pesadamente, sin saber qué decir.

—Sorprendido, supongo...

—Pero... ¿de qué tipo?

—Me dijeron que estaba muy desarrollado y comenzaría a afectarme en unos meses... Así que no tengo nada que perder... Estoy sola... Nadie llorará mi muerte.

Byron, impresionado como estaba, no supo qué decir.

—Dejad en paz a ese pobre chico que tiene la vida por delante... Yo ya... Todo me da igual.

—Pero...

—No hay peros... —Se recompuso en su silla, rechazando el contacto con Byron. Le quemó en la piel, dolorosamente—. Me lo debes, Byron.

—Haré lo que pueda. También para que estés cómoda.

—Estoy perfectamente.

Rachel era una chica dura de la calle, no le cupo duda a Byron.

Fue a buscar a Huxon, al cual encontró en su despacho.

—Es mejor que soltemos al chico. Es ella la que nos interesa.

—¿Ya te ha comido la cabeza? Es una tía lista. Pero no me esperaba que fuera a convencerte tan rápido.

—Hablaré con el jefe entonces.

El rubio no puso buena cara, sobre todo cuando Byron cogió el teléfono y pidió a secretariado que le pusieran con Seabrooke en línea directa.

—¿Qué haces? Eso está prohibido...

—Para algo está la puta línea —le contestó, hartado ya de aquel trepa.

Huxon escuchó a Byron relatarle los hechos a Seabrooke y luego colgar.

—¿Y bien?

—Va a venir. Así que tendremos que esperar a que él decida.

Huxon saltó de su asiento y salió corriendo, dando órdenes a todo el personal.

A Byron no le había hecho gracia llamar a su jefe, pero algo debía hacer para sacar de allí a ese estúpido extrabajador y salvar a Rachel.

Sobre todo, aquello último.

## Capítulo 21

La escena en la que Rachel le confesó a Byron que tenía un tumor, la tuvieron que grabar en más de una ocasión, pues Alan no atinaba a concentrarse, por la pura incertidumbre que le causaba no haber recibido contestación de Denise, ni haber podido hablar con ella en privado.

—Alan... ¡Qué te pasa! —se enfadó Anderson.

—Lo siento.

—Tengo que parar... —pidió Denise, agotada.

—¿Te duele? —le preguntó Alan.

—Sí... Me mareo.

—La última vez, te prometo que será la buena.

Se escuchó la palabra “ACCIÓN” y volvieron a empezar. Denise fingió estar bien, hasta que no pudo más y se saltó un poco el guion.

Todos miraron al director, pero les dejó seguir.

Alan se arrodilló al lado de la silla de la chica y hablaron. Denise realmente tenía mala cara y se notaba su sufrimiento mientras confesaba la enfermedad de Rachel. El Byron de Alan también se preocupó, y la cogió del rostro con mucha delicadeza.

A JR le pareció perfecta toda la toma, sintió la conexión entre ambos. El dolor de ella y la preocupación de él.

Al sonar “CORTEN”, Alan soltó a Denise de las esposas y la cogió en brazos.

—¡Qué pasa!

—Me la llevo a urgencias.

—¿Está realmente enferma? —preguntó el realizador.

—Sí, desde ayer. Aguantando sin rechistar.

—No... —gimoteó Denise, pero el moreno no le hizo ni caso y la subió en uno de los coches para llevarla al Mercy, el Hospital General de Portland.

Johnny los acompañó al enterarse de la noticia, ya que también estaba allí

rodando escenas con el actor que hacía de Huxon.

—Denise, ¿qué te pasa?

—Tengo endometriosis... Y me está jodiendo.

—¿Eso qué es?

—Un problema de mujeres.

—Entiendo.

Alan la apoyó sobre las piernas, y la abrazó con fuerza contra sí. Ella se dejó, cerrando los ojos, ante la atenta mirada de Johnny, que deseó contárselo a Oscar.

—¿Podéis llamar a mi hermana?

—Ahora mismo —asintió Johnny.

El resto del camino, no molestaron a la joven con preguntas, solo la dejaron descansar. Tanto uno como el otro la cuidaron. Uno cogiéndole la mano y el otro amándola en silencio.

—Sois muy buenos, chicos —les dijo al llegar al hospital, tras sentarla en una silla de ruedas y llevársela a urgencias un auxiliar de enfermería.

Ambos se quedaron allí plantados, a la espera.

—Parecías el guardaespaldas —bromeó Johnny.

—Más o menos...

—Oye, ¿puede saberse qué hiciste ayer?

—Pedirle el divorcio.

—Joder, la debiste dejar hecha polvo.

—Sí... Pero esta mañana ya se había ido, afortunadamente.

—Tío, yo he visto a Denise muy a gusto contigo, abrazada a ti, incluso estando yo delante.

—¿Va a venir su hermana? —cambió de tema.

—Ya estará de camino.

Efectivamente, Kerry-Ann llegó, pero con Brendan, como fue de esperar. Alan no le vio como el novio de Denise. Se veía a él como su pareja y le chocó que el joven británico estuviera allí.

—Me descoloca esta situación —le dijo a Johnny.

—Será mejor que nos vayamos... Me temo que no pintamos nada.

Aquella afirmación le dolió a Alan mucho más de lo que hubiese pensado.

Ambos se volvieron al set de rodaje y continuaron trabajando. Todo el equipo de sintió muy preocupado por Denise, JR. Anderson el primero.

Alan fue a por la ropa de su compañera, tras cambiarse él, y le cogió el

bolso también. El móvil estaba sobre la mesita. Lo asió y encendió. El fondo de pantalla era una imagen de Puppy.

Por lo demás, el teléfono estaba bloqueado, aunque a él jamás se le hubiera pasado por la cabeza cotillear su contenido; hubiera sido una falta de respeto.

Se subió en el Mustang y volvió al hospital, avisando antes a Nick para que sacara a Cooper a pasear.

Preguntó por Denise y lo mandaron a la tercera planta. Entró con cuidado y se encontró allí a Kerry-Ann y a Brendan. Este se levantó al verlo y se acercó a él para darle la mano.

—Muchísimas gracias por traerla hasta aquí.

—No hay de qué.

—Alan... Gracias... —musitó Denise, medio dormida.

—Le han puesto un sedante, para que no le duela tanto —informó la hermana.

—He traído las cosas de Denise. Con las prisas ni lo pensé. —Entregó todo a la mujer.

—¿Te molestaría quedarte un ratito? Así Brendan y yo bajaremos a la cafetería. O a lo mejor tienes que ir con tu mujer... —notó el tono de Kerry-Ann, así que supuso que ya lo sabía todo.

—Se ha ido a Nueva York —le sonrió a la mujer, que se fue con Brendan, quitando al chico de en medio.

Alan se quedó a solas con Denise, y una señora mayor en la otra cama, que lo miró raro todo el rato.

Tuvo que correr la cortina para no sentirse observado.

Se sentó junto a la actriz, en una silla. La joven le miró con una sonrisita y levantó un poco la mano que tenía la vía.

—Estoy drogada... —dijo, tras lo que emitió una risilla.

Alan le cogió la mano con cuidado, colocando bien los tubos enmarañados.

—Un poco... —le sonrió.

—Cuando sonrías estás muy guapo, Alan...

—Shhh...

Se acercó a ella y la besó en los labios, con cuidado de ser silencioso. Ella le devolvió el beso, mirándolo a los ojos.

—Me duele mucho aquí... —Con la mano libre, señaló sus labios. Alan volvió a darle un ósculo suave.

—La señora de al lado está con la parabólica puesta...

Denise asintió con la cabeza, pero sonriendo.

—¿Has hecho eso por mí? —susurró la joven enferma.

—¿Lo que decía el mensaje? Sí... Y por mí también. Por ambos.

A Alan le latió el corazón como loco.

—¿Me darás un poco de tiempo? —demandó ella.

Alan creyó entender a qué se refería, así que asintió, aunque algo dolido. Se mordió el labio inferior, en señal de incertidumbre.

—Ahora estoy muy cansada...

—Claro, solo quiero que te recuperes —dijo, apartándole el cabello de la amplia frente. Besó esta con devoción.

—¿Sabes? Guardo tu foto... La de la exposición —confesó de pronto.

Aquello emocionó a Alan, se sintió halagado.

La puerta se abrió, y el actor se apartó bruscamente de la joven,

Por fortuna, solo fue la enfermera, que tenía que ponerle un calmante nuevo.

—¿Cómo estás, cielo? ¿Es este tu novio?

—Solo soy un compañero de trabajo... —se excusó él, para que no corrieran chismes por el hospital.

—Ay, madre, tú eres Alan Davies.

—Sí...

—¡Estamos deseando que salga la película que estáis rodando!

—Yo soy la protagonista... —susurró Denise, medio dormida de nuevo.

—¿De verdad? Ay, corazón, qué mala pata tener esto, afecta mucho al trabajo.

—Será mejor que... me vaya. Nos vemos, Denise.

Se tuvo que marchar sin poder despedirse bien, bajo la inquisidora mirada de la vieja.

—Es más guapo de cerca —le dijo la enfermera a Denise—. A mí me encanta cuando lleva perilla y bigote.

—A mí también... —sonrió a la enferma, antes de caer rendida en un sueño profundo.

Alan se marchó sin más.

Tiempo, Denise quería tiempo. Pero ¿cuánto? Ahora que había dejado a Rebecca, necesitaba estar con Denise e iniciar con ella una relación de verdad, no besos a escondidas.

Durante un instante olvidó que ella estaba prometida con Brendan, y él no había firmado ningún divorcio aún.

## Capítulo 22

### *CONFRONTACIÓN*

Swann Seabrooke aterrizó en su avión privado pocas horas después. Se le bajó con cuidado, pues iba en silla de ruedas, y se le llevó hasta su propiedad a las afueras de Portland. Su expresión medio rígida era dura, despectiva.

Años atrás había sufrido un atentado por insurgentes de una supuesta ONG. Se imaginaba quién andaba detrás, la familia de Byron, pero no consiguió pruebas a pesar de ser un hombre tan influyente en el país. Laurie O ' Leary también lo era en el bando político contrario.

Le quitó a su hijo, eso sí, se lo arrebató para, a largo plazo, vengarse de ella. El chico le había servido bien, pero aquellos recientes acontecimientos le podían beneficiar aún más. La chica, esa Rachel don nadie, sabía cosas. La usaría en su propio beneficio.

Subió hasta la planta donde estaban ubicados los despachos y fue llevado al suyo, el más grande.

Lo estaban esperando fuera tanto el lameculos de Huxon como el iluso de Sadler. Ni si quiera los saludó, directamente les ordenó que entraran.

Su asistente lo dejó tras la enorme mesa de teca y se fue, dejándolo a solas con sus dos subordinados.

—Así que ahora tenemos al negro y a la chica.

—Así es, Sr. Seabrooke —admitió el rubio.

—¿Y no habéis conseguido que hablen?

—El ex empleado no ha habido modo, ni bajo coacción. La chica... Se ha entregado ella misma hace muy poco, y sigue en la sala 5.

—No solo es impulsiva, sino que también estúpida.

Byron intentó no mudar su expresión seria por una de disgusto y preocupación. Seabrooke sabía muy bien cómo ahondar en las emociones y debilidades ajenas, usándolas en contra después.

—¿Qué tenemos contra el negro? —usó aquel adjetivo de forma racista.

—Pues aparte de los disturbios en su propiedad, Sr. Seabrooke, delito de allanamiento. Lo mismo que la chica.

—Bien. Al negro que se lo lleve la policía y se haga cargo. Byron,

presenta la denuncia. En cuanto a la chica... Quiero verla. Traédmela.

Byron tragó saliva, pero asintió.

Rachel seguía sentada, aunque se quedó dormida con el brazo y la cabeza apoyados sobre la mesa. Al entrar Byron se sobresaltó, limpiándose las babillas de la cara.

Sin mediar palabra, este la soltó de la pata de la mesa, pero le puso la otra esposa en la muñeca izquierda y le hizo levantarse.

—Esto tiene que ser ilegal. ¿Dónde está la policía?

Byron no la miró, roto por dentro como estaba con respecto a ella y su tumor.

—Byron, sé que eres buena persona, puedo verlo en ti...

Él la miró. Primero sus ojos, luego sus labios y de nuevo sus ojos, observándole con compasión.

—No me conoces en absoluto.

Byron se tuvo que mantener firme, porque el dolor lo estaba matando. Deseaba acercarse a sus labios, besarlos con devoción, estrecharla contra sí y decirle que todo se solucionaría. Pero no podía hacerlo.

Las puertas del ascensor se abrieron y la cogió por el brazo, sin hacer fuerza, para indicarle el camino hasta la presencia de Seabrooke.

Rachel hubiera dado lo que fuera por salvar a Byron de aquel entorno, y llevarlo con su verdadera familia. Irse de aquel mundo sabiendo que estaría bien, rodeado de amor, ya que ella no podría dárselo.

Al llegar a la presencia de Seabrooke, se mantuvo seria. Byron se quedó algo más atrás, en segundo plano.

—Así que tú eres Rachel, la señorita inglesa. Muy valiente, metiéndote aquí e intentando conseguir pruebas contra mi multinacional.

—Pruebas tengo muchas.

—Ah, pero claro, no son suficientes.

—Usar niños famélicos de África para probar medicamentos es de ser la peor calaña del mundo. El día que uno murió en mis brazos, convulsionándose, por efectos secundarios... decidí acabar con usted, señor Seabrooke.

Byron se quedó perplejo. Sabía que probaba medicamentos en gente de África, pero no que murieran niños pequeños.

—Va de salvador del mundo, con sus medicamentos revolucionarios. Dando muestras a la gente enferma de sida, o de otras cosas, pero en realidad son conejillos de indias. Y cuando encuentra los paliativos o curas, los

comercializa a precios tan desorbitados que solo los ricos pueden comprarlos.

Seabrooke aplaudió a Rachel, con una media sonrisa.

—Maravillosa descripción. Y acertada en todo. Qué pena que nada puedas hacer. David contra Goliat, cuando hay tantos intereses políticos y monetarios por medio, solo puede quedar aplastado bajo el pie del gigante.

—Yo no soy el David, Sr. Seabrooke.

—Me vas a decir ahora mismo para quién trabajas.

—Yo no trabajo para nadie.

—Si no lo haces, jamás verás a ese amiguito negro tuyo.

La chica titubeó.

El viejo acercó su silla de ruedas hasta ella, que lo miró con odio. De pronto, él sacó una pistola de electroshock y la usó con ella a baja potencia.

Rachel cayó de rodillas, dolorida.

Byron se quedó perplejo e intentó detenerlo, pero el viejo la blandió hacia él, con una sonrisa.

—Byron, ni te muevas.

—Sr. Seabrooke, esto...

—¡¡Cállate, maldito niño de mamá!! —gritó el hombre. Luego volvió a atacar a la chica con la pistola, a más alta descarga. Casi la dejó inconsciente.

Byron no pudo más y se la quitó de la mano a su jefe.

—¡Tortúrala tú! —se echó a reír—. ¡¡Te ordeno que lo hagas!!

El hombre la usó contra Seabrooke, que le miró sorprendido antes de la descarga a máxima potencia.

Byron y Rachel vieron a Seabrooke quedarse totalmente inmóvil tras aquello.

Ella se levantó y él se guardó la pistola en el bolsillo. Le quitó rápidamente las esposas a la joven.

—¿Está muerto?

Byron le tomó el pulso y se puso lívido.

—Llevaba un marcapasos... No lo pensé —balbució.

—Vámonos, Byron, vamos... —dijo ella, dirigiéndose hacia la puerta.

Pero Byron no se movió, solo la miró y negó con la cabeza.

—No puedo...

Rachel sintió que lloraba en silencio, y le caían las lágrimas por el rostro.

—Quédate conmigo...

Ella no se movió.

—Ven conmigo y conseguiré salvarte la vida.

Rachel se acercó, pegándose prácticamente a él, y lo miró desde abajo. Byron sintió que se moría por besarla, solo tenía que hacerlo. Ella lo miró de aquella manera, también pareció desearlo.

De pronto sintió una descarga en el costado y cayó de lado.

Rachel tenía en la mano la pistola de electroshock y respiraba con agitación.

La escuchó salir del despacho, tras lo cual perdió el conocimiento.

Cuando Byron despertó estaba en una camilla, con Huxon al lado. Le miró de forma vidriosa.

—¿Y la chica?

—Se ha escapado, dejando noqueados a varios guardias. Esa mujer es toda una delincuente.

—¿Y el Sr. Seabrooke?

—Está muerto.

Byron miró hacia el techo.

En aquel momento se sintió un asqueroso cobarde por no decir la verdad, pero mantenerse limpio ante la justicia era lo único que ayudaría a Rachel en un futuro cercano.

—Bueno, qué le vamos a hacer...

Huxon no pareció compungido por la muerte de su jefe, más bien todo lo contrario.

—Habrá que convocar a la junta de accionistas. Seabrooke no tenía descendencia ni familia... A ver qué dice su testamento.

Luego se fue, dejando a Byron a solas.

Este intentó pensar rápidamente. El único sitio donde podía encontrar a Rachel era en casa de su madre. Así que se levantó, dolorido en un costado, y bajó a por su coche para ir hasta la mansión, a las afueras de Portland.

## Capítulo 23

Ryan Jameson acudió el penúltimo día de rodaje en Portland, para conocer a los actores que estaban dando vida a sus personajes.

Dado que Denise estuvo dos días en el hospital, todo lo referente a ella se retrasó un poco, pero Ryan no tuvo problema de acoplar la visita.

Se preparó un buffet libre a la hora de comer, en el mismo Hulton. Cuando entró, junto a su esposa, se llevó una ovación de todo el equipo, y JR.

Anderson fue a recibirlo con todos los honores. Le presentó primero a sus ayudantes de dirección y luego a los actores, empezando por los más importantes., ante la atenta mirada de los periodistas y bajo los focos de las fotos.

Denise miró a Alan, que estaba serio. No le gustaban nada en absoluto aquellas cosas públicas. Este le devolvió la mirada y sonrió al verla.

Apenas si habían podido hablar por el móvil, y acompañó a los demás a hacerle visitas tras los rodajes, pero siempre estaba acompañada por Brendan y Kerry-Ann.

A Alan le ponía enfermo ver a aquel tipo inglés paliducho. Le tenía unos celos tremendos. Y era algo que jamás le había sucedido con Rebecca, ni siquiera cuando esta se fue con el otro una breve temporada.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó.

—Un poco... —sonrió.

Aquella tarde, Denise le pareció bellísima a Alan. Fue con un vestido azul de hombros y espalda destapados, que le llegaba por encima de las rodillas. Los tacones altos le hacían unas piernas torneadas y espectaculares a sus ojos. El cabello castaño natural lo llevaba recogido en un moño alto. La habían maquillado de tal forma que realzaba sus ojos y su sonrisa.

—Estás muy guapa... —susurró.

Ella sonrió sin decirle nada.

Ryan Jameson llegó hasta ellos y abrazó a Denise con ternura, luego su mujer hizo lo mismo. Le dio la mano a Alan después.

—Es un placer conocerlo —dijo Denise—. He leído muchos de sus libros.

—¡Entonces el placer es mío! —contestó él.

Se los quedó mirando a ambos con una sonrisa complacida.

—He visionado algunas de las escenas que habéis rodado juntos, y dejad que os diga que veo a Byron y Rachel cuando os miro. No, mentira, sois más que eso. Mejor de lo que pude imaginar, así que me siento halagadísimo de que seáis los que les dais vida.

—Nos alegra que les guste la interpretación, señor Jameson.

—Está entusiasmado —dijo su mujer—. Se puso a llorar y todo en la escena de la cinta.

—Soy un sentimental. Esa cinta... Fue de mi hermana, que por desgracia ya no está con nosotros... Nos dejó muy joven. Pero le encantaba escuchar música.

—Cuanto lo siento —se compungió Denise.

—Hablemos de cosas bonitas, como tú. Bueno, y como mi esposa...

Esta se echó a reír.

—No le hagas caso.

—¡Muchacho! Relájate —le dijo Ryan a Alan, que estaba un poco agobiado—. O te vas a parecer a Byron.

—Sí, señor, perdón —se soltó algo más cuando Denise pasó el brazo por debajo del suyo.

—Es un poco soso cuando se lo propone, pero es muy buen chico — Denise se echó a reír a carcajadas.

—Luego hablaremos —se excusó la mujer con ellos—. Debemos seguir conociendo a todos...

Los vieron alejarse, cogidos de la mano, inseparables.

—Llevan toda la vida juntos... —musitó Denise.

Alan la miró a los ojos, intentando decirle de algún modo que eso deseaba con ella. Pero apareció Brendan y la chica se soltó de su compañero.

—Cariño... —Denise recibió un beso sin retorno, muerta de vergüenza.

—Estaba con Alan... Hemos conocido al Ryan Jameson.

—Hola, Alan...

—Hola, Brendan...

Ni siquiera se dieron la mano, solo se miraron con cara seria. El inglés debía de notar que Alan se sentía atraído por Denise.

—Vamos a picar algo —tiró de su novia mientras lo decía. Esta miró a Alan con cara de lástima, pero se fue.

—¿No piensas hacer nada? —Oscar apareció de pronto al lado del hombre, que lo miró desde arriba.

—Yo no puedo hacer que lo deje...

—Sí puedes, diciéndole lo que realmente sientes por ella, y no solo con palabras.

—Me pidió tiempo...

—Dicen que el tiempo sobra, pero qué va, tiempo es lo que se nos agota. No lo pierdas más, Alan.

Denise comió algo, no demasiado, y no bebió alcohol. Brendan sí, como buen inglés aficionado al fútbol. Se pillaba unas buenas cogorzas mientras no le tocara trabajar.

—Oye, Denise... Con Alan has de grabar alguna escena subida de tono, ¿verdad?

—¿Qué? Un poco...

—Ya... Pues no me hace mucha gracia, qué quieres que te diga. Los tíos nos damos cuenta de cuando otro mira a nuestra novia de forma especial.

—¡Qué tontería! Alan está casado.

—Venga, todos sabemos que ha mandado a la mierda a su mujer. Está, técnicamente, soltero.

—Shhh, calla.

—Si se sobrepasa, dímelo.

Denise pensó en que ojalá se sobrepasara todo y más. Estaba muy guapo con el traje negro y el cabello al natural.

Desde la noche en su cuarto, donde se besaron de aquella forma tan anhelante, no había podido dejar de pensar en cómo sería tener sexo con él. Se ponía malísima solo de pensarlo. Y no solo eso, él era realmente dulce y atento, comprensivo en todo momento con su endometriosis. Además, había dejado a su mujer definitivamente, por lo que volvía a estar libre. Estaban exactamente igual que al principio de conocerse.

—¿Me estás escuchando, Denise?

—¿Qué?

—Te digo que me voy un rato fuera, a fumar. ¿Luego tienes una rueda de prensa?

—Sí... Es la primera que hago.

Brendan le dio un beso en la mejilla, cogiéndola por la cintura, y luego se fue mientras sacó un pitillo.

Denise buscó a su hermana, pero no dio con ella. En cambio, se encontró a Johnny, muy bien acompañado de Katya, que en la película y el libro era la que salvaba a Franky, pues estaba enamorada de él. En lo primero que se fijó fue en el generoso escote de la chica, sintiendo algo de envidia sana.

—¿Y Brendan?

—Se ha ido a fumar.

—¿Y deja sola a mi Denise? —bromeó el joven—. A ver si se la va a robar otro...

—¿Estás ligando conmigo? —Denise puso una de sus caras raras.

—¿Qué? ¡No! Yo ya estoy bien acompañado.

Katya le dio un guantazo en el brazo.

—No le hagas caso, ha bebido ya más de la cuenta.

Oscar apareció con un canapé en la mano y una copa en la otra.

—Me ha dicho Alan que si puedes subir a su habitación un momento, que

tiene no sé qué regalo para ti.

—¿Alan te ha dicho eso?

—Sí. Pero como andabas con tu prometido, no quería molestarte, porque sabe que él le tiene inquina.

—Vale, voy.

Denise, extrañada, se marchó.

—Johnny, ¿ya le has pedido eso a Alan?

Este asintió con cara de maldad.

—¿De qué habláis? —preguntó la mujer.

—Ya te contaremos.

Denise subió al tercer piso, hasta la habitación de Alan. Tocó a la puerta y este le abrió, quedándose sorprendido al verla.

—¿Qué haces aquí? ¿Pasa algo?

—Oscar me dijo que... me esperabas...

Alan puso cara de “lo voy a matar”.

—Y a mí me ha pedido Johnny que le bajara un cargador para su móvil, “porque lo había perdido”.

Ambos se dieron cuenta de que habían sido engañados para que se quedaran a solas.

—¿Ellos lo saben?

Alan afirmó. En ese momento, Denise se sintió traicionada.

—¿Cómo has podido decírselo? —susurró con enfado.

—Porque se me nota... Y no son tontos.

—¡No tenías derecho! —Dio un paso hacia atrás, con el bolso muy apretado entre las manos.

—Tú se lo cuentas todo a tu hermana.

—¡No es lo mismo!

Alan bajó la cabeza, apoyado en el marco de la puerta.

Miembros del equipo de rodaje salieron de un ascensor cercano, así que Denise disimuló.

—Alan, te esperamos en la sala de prensa. Baja en cuanto puedas.

—Vale.

Después de aquello, Denise se metió en el elevador, dándole un buen golpe a los botones.

El momento de la rueda de prensa fue tenso para Alan, que se sentó al lado

de Denise. Ella le ignoró deliberadamente y miró a Oscar y Johnny con cara de pocos amigos. Alan disimuló, pero ya les metería la bronca.

En la larga mesa estaban, aparte de ellos dos; el director, el escritor, Carrie, que hacía de mamá de Byron, y Mark; el tío.

La prensa comenzó a hacer preguntas, primero al JR y a Ryan, que contestaron muy felices. Luego fueron para los actores más veteranos. Y, finalmente, les llegó el turno a Alan y a Denise.

—Señorita Rains, este verano la veremos en una nueva serie de Orgullo y Prejuicio. ¿Cómo se siente siendo una actriz que ha empezado tan recientemente en este mundo?

Ya se había hecho pública la serie, así que se sintió con libertad de hablar de ello.

—Estoy muy entusiasmada, tanto con eso como con esta maravillosa adaptación del libro del Sr. Jameson. Todo el equipo ha sido muy amable conmigo y lo estamos pasando estupendamente.

—¿Cómo es trabajar con Alan Davies?

Ambos se echaron a reír. Denise lo miró sin acritud.

—Me ha ayudado muchísimo. De hecho, gracias a él conseguí este papel. Fue muy gracioso, porque mientras hacía la prueba para Elizabeth Bennet, me puse tan nerviosa que no di pie con bola.

La sala se echó a reír ante el desparpajo y naturalidad que desprendía. Alan la miró ensimismado.

—Alan, que estaba allí por otro papel, se prestó a hacer de Darcy y todo salió bien.

—¿Y para usted, Alan?

—Trabajar con Denise, que es un encanto de persona, es muy fácil. Además, a ambos nos gustan las obras del Sr. Jameson, por lo que nos resulta muy sencillo meternos en los papeles de Byron y Rachel. Ella es dura, pero a la vez resuelta, y yo soy muy serio y callado.

—¿Y las escenas de amor?

—Aún no las hemos rodado —se echó a reír Denise, muy nerviosa—. Pónmelo fácil, Alan.

—Lo intentaré.

Las preguntas se fueron diversificando hasta terminar del todo. Los actores se hicieron varias fotos juntos en el photocall habilitado para ello. Les tocó el turno a Denise y Alan, que apenas si se tocaron. Él la asió levemente por la cintura y ella por la espalda.

Luego, la actriz se fue sola y disgustada. Ni siquiera se dio cuenta de que faltaban su hermana y Brendan hasta un buen rato después.

Miró el móvil y vio varios mensajes de Kerry-Ann, pidiéndole que fuera a la habitación que ambas compartían en el hotel, ya que se encontraba indispuesta.

Corrió hacia allí y abrió la puerta de la estancia, encontrándose a Brendan y a Kerry-Ann sobre la cama, medio desnudos.

Él se quedó pálido al verla y enseguida se subió los pantalones. Kerry-Ann se puso bien la blusa y se quedó sentada, mirando a su hermana sin mudar la expresión.

—Cariño, no es, no es... —intentó excusarse él.

—Claro que lo es, Brendan —intervino Kerry-Ann—. Querías que folláramos.

—Pero tú...

—¿Yo? Solo era una trampa para cazarte, idiota.

Denise miró a su hermana, incrédula. Había sido capaz de aquello solo por ella.

—Denise, no le hagas caso, está loca. ¡Me llamó para que viniera a verla a Portland! —Se acercó a su novia, que refuló.

—¡A ella! O sea, no era porque me echaras de menos. ¡Era porque mi hermana te hizo creer que estaba interesada en ti!

—Te juro que... Me resistí.

—¡Qué cínico! Pero si has estado intentando follarme desde que llegaste. Solo te estaba probando, a ver cuándo la cagarías de verdad.

—¡Fuera de aquí! —le gritó Denise—. Y no tiro tu mierda de anillo por el retrete porque lo tengo vete a saber dónde en mi apartamento. ¡Mira si me importaba!

—Me habéis liado para libraros de mí.

—No, cielito, ella no sabía nada. Es todo cosa mía, porque no te quiero como marido de mi hermana.

—¡Estáis zumbadas! Idos a la mierda.

Brendan cerró de un portazo, dejándose el móvil en la habitación.

Denise lo cogió y lo tiró por el wáter, para inutilizarlo. Luego lo sacó y lo pateó con el tacón del zapato, que acabó roto, como la pantalla.

De rabia se echó a llorar y Kerry-Ann la consoló entre sus brazos.

—No quería hacerte sufrir... Solo deseaba quitártelo de encima sin que tú tuvieras que hacer nada.

—Lloro de alivio...

—Ay, mi niña...

Puppy trotó hasta su ama y le lamió la pierna con cariño. Se agachó para abrazarlo y darle muchos besos. Luego llenó de carmín la cara de su hermana, en agradecimiento.

—Lamento que te hayas tenido que enrollar con él. Besa fatal... Y folla peor.

Kerry-Ann se echó a reír de pura felicidad.

—¿Estás tranquila ya?

Denise asintió.

—Entonces valió la pena el mal trago.

La abrazó contra ella.

—Quiero que seas feliz... Con el hombre que amas.

## Capítulo 24

Denise miró por la ventanilla del coche que la llevaba a Nueva York, el siguiente punto de rodaje. Hubiera querido hablar con Alan, pero este se marchó sin decirle nada, en su propio automóvil.

Kerry-Ann optó por irse a Londres y contarle a su familia por qué se había roto el enlace. Ella se encargaría de todo.

Katya viajaba con ella, pero estaba bien dormida, pues salieron de madrugada para estar pronto en la city.

Escribió un mensaje para Alan, que ya leería. No había sabido cómo explicarle la situación. Lo más sencillo aquella pasada tarde hubiera sido buscarlo, decírselo y ver qué pasaba entre ambos. Pero había tanto jaleo, estaba aquello tan repleto de gente, invitados, periodistas y el equipo, que hubiera sido una temeridad. Oficialmente seguían teniendo pareja ambos.

Puppy estaba calladito en su regazo, muy mustio. Denise lo miró y se temió lo peor. En cuanto llegaran a Nueva York, buscaría un veterinario de urgencia. Por suerte, el rodaje empezaría al día siguiente ya de tarde.

Cerró los ojos e imaginó la cara de Alan cuando leyera el mensaje. Sonrió, ilusionada, y acabó por dormirse también.

Alan llegó a su hogar en el condado de Nassau, muy cerca de Queens. Tras separarse por primera vez de Rebecca, se buscó una casa y dejó el apartamento. Quería un sitio donde Cooper pudiera jugar, correr y comerse

pelotas de tenis a gusto.

Aparcó y dejó salir a su perro, que clamó volverse loco en libertad. Pese al cansancio, jugó con él un buen rato, lo abrazó y se dejó lamer. Aquel animal era su mejor amigo, su familia incondicional.

Luego sacó el equipaje y se metió en casa. Allí aún había cosas de Rebecca, pero ya las recogería para dárselas. Ella vivía en el piso que habían compartido desde casados, en la city. Tenía que llamar a su abogado para que interpusiera la demanda de divorcio. Lo único que tenían en común era ese piso, y se lo podía quedar ella y hacer lo que quisiera. Lo demás era todo en separación de bienes, algo que Nick le recomendó en su momento.

Fue a llamarlo cuando vio el mensaje de Denise. Lo abrió y se quedó de piedra:

“He dejado ya a Brendan.”

El móvil casi se le cayó de las manos, por los nervios. La llamó, pero ella no se lo cogió.

Intentó tranquilizarse. Se duchó, arregló y volvió a coger el Mustang tras meter a Cooper en casa y darle su cena.

Le sonó el móvil; se trató de Nick.

—¿Ya estás en casa?

—Voy para la city.

—¿Quieres cenar con nosotros?

—No, voy a buscar a Denise al hotel. Ha dejado al imbécil de su novio — se echó a reír de pura felicidad.

—¿Eres consciente de que eso puede dificultar lo del divorcio? —Nick siempre tan agorero.

—Estamos separados, punto. Y si dice que le he sido infiel, que no creo, pues yo alegraré que ella lo fue antes y tengo aún las pruebas.

—Bueno, pero...

—Pero nada, Nick. Yo quiero ser feliz.

Hubo cierto silencio al otro lado.

—Tienes razón, has de ser feliz. Ay, pero se armará gorda.

—Que se arme, me importa una mierda —dijo, críptico—. Bueno, te dejo.

Colgó con el teléfono y apretó el acelerador, con el corazón a la misma velocidad que iba el coche.

Cuando llegó a la ciudad de Nueva York, volvió a sonar el móvil.

—Denise... —dijo Alan.

—¿Alan? —Estaba llorando y casi no vocalizaba. Entre eso y el denso

tráfico, no la entendió bien.

—Vocaliza un poco...

—Puppy, Puppy está muy malito... Necesito un veterinario. ¿Cuál es el de Cooper? ¿Dónde es? Ayúdame...

—¿Ya estás en el hotel?

—Sí —se la escuchó sollozar—. En la habitación 520.

—Vale, voy y bajas con Puppy en cuanto te haga una llamada perdida.

Le costó llegar cerca de una hora, ya de noche.

Denise apareció, junto con Katya, y se metió en el coche ayudada por esta, que sujetó al perrito.

—Suerte, cariño —le dijo a Denise.

—Gracias.

Alan, sin decir nada, volvió al tráfico.

—Ya los he llamado. Al ser domingo tienen la guardia, pero ya estarán allí. Todo saldrá bien.

Alargó la mano un momento para tocarla a ella y a Puppy, que gimoteó.

—Ayer empezó a ponerse malito, y hoy no para de llorar... Como yo... — sollozó más fuerte, agarrándose a su amigo.

—Todo va a salir bien, son muy buenos veterinarios. Le han sacado un montón de pelotas de tenis a Cooper. Debo de ser su mejor cliente.

Alan aparcó en un parking de pago y cogió en brazos al perrito, que se acurrucó en su pecho, lloroso. Llegaron rápidamente al centro veterinario, donde ya los esperaban.

Se llevaron a Puppy tras hacerle unas cuantas preguntas importantes a Denise.

Ellos se quedaron sentados esperando. Alan le pasó el brazo por los hombros y la estrechó contra sí, besándole el pelo.

Denise le miró con ojos vidriosos.

—He leído tu mensaje. Iba a verte cuando me llamaste... —sacó el tema, con delicadeza.

—Brendan intentó ponerme los cuernos con mi hermana...

—¿En serio?

—Fue la excusa perfecta para acabar ya con él. Me sentí muy aliviada... No tengo que casarme...

Alan la miró con ojos de enamorado. Iba a besarla, pero salió la veterinaria, que se quedó algo sorprendida al ver a Alan en aquella actitud con una mujer que no era su esposa.

—Denise... Le hemos hecho pruebas a Puppy... Pero tiene un tumor muy avanzado por lo que parece.

La joven se quedó en shock y se puso a temblar.

—¿No se puede hacer nada? —preguntó Alan.

—Que no sufra más...

—¿Puedo pasar a verlo?

—Claro que sí. Vamos...

Puppy estaba tumbadito y algo sedado, para que no se moviera con las diversas pruebas. Denise le acarició el cuerpecito y besó su cabeza.

—No quiero que padezca... ¿Le duele?

—Me temo que sí, parece ya enfermo hace tiempo.

—¿Cómo no me he dado cuenta antes...?

—No es culpa tuya, Denise. Es que es muy mayor. Aunque lo hubiéramos sabido antes, este tipo de enfermedades es mortal en los perros de este tamaño y esta edad.

Denise suspiró hondo y tomó una decisión.

—Que no sufra más, por favor —pidió.

Alan la sujetó por los brazos.

—Vamos a prepararlo entonces.

—¿Puedo quedarme?

—Claro que sí. No va a sufrir en absoluto. Te tendrá con él, serás su último recuerdo.

—Vale...

Luego miró a Alan.

—Quiero quedarme a solas con él, perdona...

El actor asintió y esperó fuera, un buen rato. Entendió el grado de intimidad con su amigo, un último momento a solas.

Pensó en que algún día llegaría aquel momento con Cooper y se le partió el corazón en dos.

Denise salió, más entera de lo esperado, aunque con los ojos rojos y la boca hinchada.

—Perdona... No he cogido mi cartera... —fue lo único que atinó a decir.

—No te preocupes por eso.

—Te espero fuera...

Denise no quiso seguir allí por más tiempo.

Alan sacó la tarjeta de crédito y la veterinaria le cobró por la eutanasia y la incineración.

—Puedes venir a por los restos de Puppy la semana que viene.

—Vale... —musitó.

—¿Y Rebecca? —se atrevió a preguntarle.

—Nos vamos a divorciar.

—Vaya, lo siento.

—No lo sientas, no tenía que ser más. Ella... —dijo refiriéndose a Denise  
—, ella es al a mujer que quiero.

—Se nota, Alan.

—Gracias por todo, Annie. Disculpa las molestias un domingo.

—No te preocupes.

El hombre salió y se encontró a Denise esperándolo fuera. Caminaron en silencio hasta el parking, Alan rodeándola con su brazo derecho.

Subieron al coche y la ayudó a ponerse el cinturón.

—¿Te llevo al hotel?

—No quiero ir... Allí están sus cositas. Tampoco quiero molestar a Katya.

—¿Y tu hermana?

—Se fue ya para Londres.

—¿Quieres que vayamos a mi casa?

—Sí...

Condujo de vuelta hasta allí, sin molestarla, poniendo la música baja. Denise llamó a Katya para contarle lo ocurrido y que se quedaría con Alan, que por favor fuera discreta y solo avisase a Anderson. Luego dejó un mensaje en el grupo familiar de WhatsApp, avisando de que Puppy ya no estaba.

Alan en ningún caso la molestó, solo le tocó la mano y el muslo de vez en cuando, para insuflarle cariño.

Aparcó en la cochería y dejó que ella tomara un poco el aire antes de entrar.

—Es bonita tu casa...

—Gracias.

Se escucharon los ladridos de Cooper dentro d esta. Alan abrió y este salió. Algo notó el perro, porque se quedó callado con la lengua fuera, mirando a Denise. Se acercó a ella y esperó su caricia. Ella le tocó la cabeza y el lomo con cuidado.

—Vamos, Cooper, dentro...

El perro corrió al interior, tras lo cual entraron ellos y Alan cerró.

Le dio agua a Denise y le indicó dónde estaba el baño. También le dio toallas para que se duchara y le prestó una camiseta suya bastante grande.

La dejó sola todo el tiempo que le hizo falta, aprovechando para quitar de en medio todo lo perteneciente a Rebecca. Lo metió en sendas bolsas de basura, dejándolo en el patio trasero.

Al volver, Denise había salido y estaba sentada en el sofá, con Cooper a los pies. El perro notaba la pérdida, estaba claro.

—Alan... —Los ojos de Denise se llenaron de lágrimas de dolor—. Quiero que vuelva.

—Cariño, lo siento...

—¡Quiero que vuelva! —gritó—. ¡Quiero que vuelvas, Puppy! ¡Vuelve!

Gritó aquello hasta quedarse sin voz, sacándolo todo fuera, enfadada, apenada, dolorida.

Lloró hasta casi quedarse dormida de puro agotamiento.

Alan se puso a llorar también, de pena. No podía ver así a Denise, tan rota por dentro.

—Cooper —le dijo a su perro—, más te vale ser inmortal...

Este emitió un sonidillo lastimero.

El hombre condujo a Denise hasta su cama, ayudándola a meterse en ella. Se quitó toda la ropa, quedándose en bóxeres, y se metió con ella.

La estrechó contra su pecho, abrazándola por la cintura. Ella acopló su espalda y trasero al cuerpo de Alan, encajando.

Denise sintió los labios de Alan en su cuello y mejilla.

—Te quiero... —le confesó él—. Te quiero muchísimo, mi amor.

—Alan...

Denise se dio la vuelta y lo abrazó, apretando el rostro contra su hombro desnudo, entrelazando las piernas de ambos.

—No sé si sientes lo mismo que yo, pero...

—Te amo... —musitó ella—. Te amo desde aquel día maravilloso en Londres.

Alan la miró y le apartó el pelo mojado de la cara. Tocó su marquita de la mejilla, y ella hizo lo mismo con uno de sus lunares.

—Eres lo más bonito, y a la vez doloroso, que me ha pasado en la vida —confesó Alan—. Me hiciste creer de nuevo en el amor verdadero, en el que es para siempre.

—Eres maravilloso. El hombre más maravilloso que he conocido. Te quiero para mí.

—Soy tuyo.

Denise lo besó con pasión, apretándose todo lo posible contra él,

aprisionándolo con las piernas y los brazos. Él deslizó una mano por su cadera y le bajó las braguitas, introduciendo los dedos en su intimidad, robándole un gemido de placer que puso mucho más caliente a Alan.

Se colocó sobre ella y le quitó del todo la ropa interior. Luego la camiseta, dejándola totalmente desnuda. Se quedó mirándola: sus pequeños pechos temblaron, así que los tapó con sus besos y manos, masajeándolos. Ella lo agarró del abundante cabello, sintiendo cómo su carnosa y experta boca bajaba por el vientre, hasta hundirse con lentitud en su clítoris, el cual mimó. Bajó más y apretó la boca contra su vagina.

Denise sintió aquella lengua dentro, y su nariz grande apretándole la carne, a la vez que sus grandes manos le masajeaban los muslos y le abrían más las piernas.

—Alan... Ah... —jadeó con placer.

Ella le vio besarle las ingles y volver a subir por su cuerpo, serpenteante. Se hundió en su cuello, chupándolo con suavidad, para luego atrapar su anhelante boca, dándole un beso profundo y sexual.

Denise palpó sus brazos y su ancha espalda, arañándola hasta llegar al borde de su ropa interior.

Alan se la quitó con urgencia y Denise no perdió el tiempo, empujándolo contra el colchón y poniéndose encima, frotándose contra su pene duro.

—Me vas a volver loco... —dijo él, asiéndola de las nalgas con una mano, y con la otra cogiéndole un pecho y masajeándolo.

—Eso quiero... —jadeó. Se inclinó sobre él para poder morderle la boca, besándolo con labios y lengua—. Me toca... —lo avisó antes de bajar hasta su enhiesto pene, para lamerlo y besarlo, cogiéndolo con una mano, masajeándolo, mientras que con los dedos de la otra apretaba los hinchados testículos.

Alan gimió de puro placer, sobre todo al sentirse dentro de su boca al hacerle una felación. Clavó los codos en el colchón, para poder verla. Ella le miró y se apartó el cabello de la cara, siguiendo, disfrutando.

—Para... O me corro —empezó a reírse—. Denise... me correré, en serio... Dios...

Se dejó caer sobre la cama. Ella se puso sobre él, sintiendo su pene contra el vientre, caliente y mojado, así como un dedo de Alan introducirse entre sus nalgas, buscando por dónde entrar.

El hombre la colocó a su lado y consiguió meterle dos dedos, haciéndolos vibrar en su vagina caliente.

—¡Alan! Joder... Ah...

—Me encanta oírte gemir... y decir guarradas.

—Fóllame ya... —le pidió, besándolo y agarrándolo por el pelo.

—¿Qué? No te oigo... —jugó con ella.

—¡Qué me folles! —le exigió.

—Cómo me excitas, Denise. Me pones muy malo. Mira cómo me tienes desde el primer día.

Llevó la mano de ella hasta su miembro erecto.

—¿Sabes lo que me has hecho sufrir?

—Hazme el amor, cariño —casi le rogó—. Te quiero dentro, te deseo, te necesito dentro... —repitió.

Alan cogió un preservativo del cajón, y se lo colocó con cuidado.

—¿Cómo quieres?

—De varias formas... De todas las formas... —demandó, ansiosa—. Hazme cuanto desees.

Alan la levantó por las caderas y la sujetó contra el cabecero de madera, penetrándola con cuidado al principio.

—¿Te duele?

—No...

—Es muy grande, ¿seguro?

—Me encanta... Me encanta así de grande y dura, si es tuya la quiero toda dentro. Que me folle entera.

—Esa boca sucia...

—Nunca había... sentido la necesidad... Contigo quiero ser sucia...

—Y yo contigo —empujó al decirlo—. Románticamente sucio, amor mío...

Alan no se detuvo, siguió empujando y hundiendo la cabeza en su hombro. Denise gimió a propósito sobre su oreja, mordiéndola también mientras jadeaba.

Alan notaba el calor recorrerle la parte baja del vientre, los testículos y el pene. Solo pudo concentrarse en el placer que la vagina de ella le estaba dando, mientras la cerraba con fuerza en espasmos de placer.

La tendió sobre el colchón, apoyando los brazos a ambos lados de ella. Buscó sus pechos duros, le lamió los pezones, la hizo gemir de placer. Ella se removió bajo su cuerpo, buscando placer.

—Espera... Alan... No te muevas, déjame un momento a mí...

—¿Te gusta mi polla? ¿Mmm?

—Sí... — se echó a reír al decirlo, pero las risas se transformaron lentamente en jadeos de extremo placer, cada vez más intensos, más álgidos.

—Córrete, córrete, cariño... Estoy aquí para eso, para darte esto... Y todo cuanto desees...

Denise sintió el orgasmo llegar. Se frotó con más fuerza cuanto más placer notó.

—Alan, empuja, ahora...

Este lo hizo con cadencia, y Denise se estremeció de puro gozo, echando la cabeza para atrás. Alan atrapó sus labios abiertos, absorbiendo su tremendo orgasmo, sintiéndolo como si fuera propio.

La joven emitió un último gemido de puro placer y, finalmente, se quedó quieta, intentando respirar. Alan sonrió sobre su boca y la besó en la mejilla caliente, acariciando su cabello con cuidado.

—Ha sido maravilloso...

Él jadeó al oírla, excitándose más. La cogió del rostro y la besó con anhelo, empujando de nuevo, necesitado de su propio orgasmo.

Denise apretó con fuerza para darle más placer, y le devolvió todos los besos con lengua. La mano izquierda de Alan la agarró de la nalga, sujetándola con fuerza.

—Si te duele, dímelo... —insistió entre jadeos.

A Denise le pareció tiernísimo que se preocupara tanto por ella, y se enamoró muchísimo más de él.

—Me encanta. Quiero sentir que te corres... Quiero un día poder sentir tu polla caliente sin protección, tu semen dentro, que se deslice por mis piernas y sigas sin parar, una y otra vez...

Alan nunca creyó tener tanta suerte con una mujer, en todos los aspectos.

—Me muero porque luego me folles el coño por detrás...

Aquello fue demasiado excitante para Alan, que no aguantó más. Ni pudo, ni quiso.

Sus jadeos aumentaron, hasta convertirse en gemidos de placer orgásmico.

Al terminar cogió aire y se echó a reír, tumbándose sobre ella. Denise le acarició el cabello con sumo cuidado.

—No he podido más...

—Hemos tenido ambos lo que deseábamos.

—Sí, cariño...

El moreno se apartó con cuidado, sujetando el preservativo y yéndose a limpiar. Denise se quedó tumbada sobre la cama, y empezó a adormecerse de

puro cansancio.

Cuando Alan volvió, estaba dormida. Sonrió en silencio y la colocó bien para poder tajarla. Se puso a su lado y apagó la lamparita de noche. La abrazó con posesión.

Ella se removi6, buscando c6mo acoplarse al cuerpo de su compa6ero.

—Te amo mucho, Denise. Much6simo... —musit6 en su oreja.

La chica emiti6 un sonidito apenas audible, pero fue suficiente para Alan, que se durmi6 con ella apretada contra 6l. Aquello fue todo lo que hab6a deseado desde que la am6 en Londres.

## Cap6tulo 25

Alan se despert6 a solas en la cama, pero la parte de Denise a6n estaba caliente, por lo que no deb6a de estar muy lejos. Escuch6 gru6ir a Cooper y eso le hizo levantarse corriendo. Apareci6 desnudo en su sal6n, y vio a Denise jugar con el perro.

—Guapo, 6qué pasa? 6Eh, guapo? —le dijo ella a Cooper.

—Le agradas...

Ella mir6 a Alan y se puso roja.

—6Ponte algo encima! —rog6.

—Me gusta ir as6 por casa —sonri6.

—6Quieres que vaya siempre cachonda? Idiota.

6l la abraz6 por la cintura y bes6 sus labios varias veces. Luego la as6 por el trasero desnudo, levantando la camiseta.

—Ey...

—6Qu6? 6No puedo?

Alan la mir6 con aquellos ojos casta6os, profundamente enamorados de ella, lo cual derriti6 a Denise, que no puso m6s objeciones.

—6Quieres que te prepare algo de desayuno?

—Tengo un poco cerrado el est6mago por lo de mi Puppy —admiti6—. Pero un zumo estar6 bien, al menos.

Alan se fue a la cocina, en cueros y ense6ando el culo prieto.

Denise solt6 el aire, sin poder creerse que por fin estuvieran juntos. Y el sexo hab6a sido incre6ble; el mejor de su vida.

Lo sigui6 y le vio con un delantal, que le sac6 una carcajada.

—Me he puesto algo, para no perturbarte.

Alan puso zumo en un vaso y se lo tendi6.

—No he podido ir a comprar, así que no tengo mucha cosa, lo siento.

Denise se fue bebiendo el zumo poco a poco. Se puso un poco triste al ver a Cooper comer de su plato. Alan lo percibió y fue a consolarla, abrazándola contra sí.

—Ahora ya no sufre, y tuvo la mejor vida que podía tener, junto a ti.

—Me acuerdo de Puppy cuando solo era un cachorrito... Y yo una cría. Son muchos años de cariño y recuerdos.

—Sé a qué te refieres. Cooper es para mí lo más preciado que tengo, con permiso tuyo... —sonrió.

—Te entiendo, son amores distintos.

—Ha debido de ser duro también para tu familia.

—Están destrozados, pero me han dicho lo mismo que tú; que ahora ya no sufre.

Denise se acabó el desayuno y se levantó del taburete, quedándose pegada al hombre, que la estrechó muy fuerte contra sí. Se mantuvieron callados un rato, sintiéndose el uno al otro.

—Alan... ¿Qué quieres de mí? —se atrevió a preguntarle.

—Todo...

—¿Vas en serio conmigo?

—Siempre. ¿Y tú?

—Estoy enamorada de ti —Denise levantó la cabeza, para mirarlo. Aquello hizo latir fuerte el corazón de Alan.

—Y yo de ti. Querría tener una relación de verdad contigo.

—¿Qué sea tu pareja?

Él asintió con la cabeza.

—¿Entonces ya lo somos?

—Si tú quieres.

—Claro que quiero, ¿eres tonto?

Alan la levantó en brazos y la besó.

—Pero tenemos que ser discretos, por el trabajo —pidió ella.

—Lo sé... No hay nadie más discreto que yo. No soporto que nadie meta el hocico en mi vida privada.

—Ni yo. Mi familia y amistades son sagradas.

—En eso estamos de acuerdo, cariño.

De pronto llamaron al timbre. Alan se quedó extrañado y fue a mirar por la cámara del telefonillo.

—¡Es Rebecca!

—¿Qué? —Denise se puso nerviosa.

—Tranquila, vete a la habitación.

Cooper se puso a ladrar y Alan le dejó salir, a la vez que abría la puerta exterior para que su ex entrara.

Mientras, se puso unos pantalones y una camiseta, tras lo que esperó a Rebecca en el marco de la puerta.

—Hola —la saludó no muy contento.

—Hola, Alan... Me dijiste que viniera hoy a por mis cosas.

—Es verdad...

—¿Lo habías olvidado?

—Lo siento. Espera, ahora vengo.

Cuando volvió con las bolsas de basura, se la encontró sentada en el sofá, mirando el móvil de Denise.

—¿Y esto?

Alan no dijo nada.

—No es tuyo, es de una chica.

Aunque el móvil estaba bloqueado, se veía el fondo de pantalla; con Puppy. También llevaba una funda de diseño femenino.

—No, no es mío —dijo, quitándole el smartphone de la mano—. Y no tienes derecho a tocarlo.

—¿Entonces?

—Entonces qué...

Rebecca se levantó y cogió sus bolsas, apesadumbrada.

—¿Ya estás con otra? ¿Por eso me dejaste?

—No es de tu incumbencia.

—¡Estamos casados!

—Sí, y me arrepiento. Me arrepentí el día que me enteré de lo tuyo con ese gilipollas. Pero mira, mejor, te lo agradezco en el alma.

—Eso es muy cruel. Me equivoqué... —se puso a sollozar—. Deja a esa zorra con la que estés y vuelve conmigo...

—¿Zorra has dicho? Empiezas bien nuestra separación. Voy a ir al abogado, el apartamento en la city te lo quedas. Y ya no tenemos más nada en común, Cooper lo adopté yo.

—Solo quiero volver contigo. Eres toda mi vida...

—Haberlo pensado mejor en su día.

—No hay nada que pueda hacer, ¿verdad?

—No. Porque amo a otra mujer. La amo, desde... hace mucho. No podía

estar con ella, pero ahora sí. No me hagas ser cruel, por favor.

Rebecca miró el móvil de nuevo y tragó saliva.

—Lo he visto antes, sé que lo he visto. Esa funda me suena muchísimo.

Alan se puso nervioso y no fue capaz de solucionarlo.

—¡Me vas a decir quién es o no! —insistió, fuera de sí.

—Es mío, Rebecca.

Denise apareció por el pasillito.

La mujer se quedó atónita.

—Lo sabía... —dijo mirando a Alan.

—Ambos hemos esperado a estar libres —le contó Denise—. Alan no te fue infiel...

No fue algo del todo cierto, pues Alan ya la besó el primer día en Portland. Pero no quiso herir innecesariamente a Rebecca.

—No quería que te enteraras así... —musitó él.

—Quiero que seas feliz, Alan.

—Y yo que lo seas tú.

—Perdona por llamarte zorra, Denise... Ha sido un ataque de celos.

—No pasa nada... —la disculpó.

—Dime que lo vas a querer como se merece...

—Te aseguro que ya lo hago...

Rebecca cogió sus cosas y se dio la vuelta, yéndose del todo.

—Siento que haya dicho eso de ti.

—La entiendo, yo también he tenido esos pensamientos cuando estabas con ella. La verdad... Me ponía frenética pensar que... No sé, te acostabas con Rebecca cuando estábamos en Portland.

—No fui capaz, solo quería hacerlo contigo.

—Y yo...

Alan abrazó a Denise.

—Tenemos que irnos a Nueva York, cariño. El rodaje empezará esta tarde, y Anderson nos espera para ensayar las siguientes escenas.

Denise sonrió con picardía, mordiéndose el dedo gordo de la mano derecha. De un salto se subió encima de Alan, que la tuvo que agarrar de las piernas como pudo, mientras esta lo besó.

—Uno rapidito... —demandó ella.

—¿Lo dices en serio? —Él alucinó.

—Sí...

La llevó al cuarto y la lanzó sobre la cama, se quitó la ropa, a la vez que

ella la camiseta, y se tiró encima.

—¡Qué bruto! —se echó a reír Denise.

—Estas tetitas me ponen muy burro —dijo, lamiéndole los pezones.

—No tengo casi nada... —gimió.

—Son mías, y estas piernas tan bonitas también. —Las acarició—. Y esto tan caliente...

Le tocó su intimidad con mucho cuidado, arrancando a Denise un suspiro.

—¿Rapidito? —preguntó Alan.

—A lo bruto —susurró ella, mirándolo a los ojos.

Alan cogió otro preservativo, pero Denise se lo quitó de la mano para ponérselo ella, con cuidado. Luego le mordió los pectorales y los pezones, tumbándolo sobre la cama. Se colocó sobre sus caderas y se ayudó de la mano para introducirse el pene de Alan, con cuidado.

Este jadeó, asiéndola por las nalgas. La joven apoyó las manos en el pecho de Alan, y comenzó a moverse arriba y abajo, con cadencia al principio y más fuerza según se excitaba.

Alan la miró, tumbado, y se maravilló de lo hermosa que era cuando estaba excitada, de cómo abría la boca para gemir, de su voz transformada en placer. Cerró los ojos y se dejó llevar por los sentidos.

Denise también lo observó a él, con la mirada velada por el deseo. Lo sentía en su interior, poderoso. Le abrazó por el cuello y lo besó.

De pronto, él la agarró bien y la dejó debajo de su cuerpo de metro noventa, empujando una y otra vez, dejándose llevar por el extremo placer. Alan no tardó demasiado en tener su orgasmo, derramando sus gemidos sobre el oído de Denise. Esta se excitó tremendamente al saber que se había corrido y comenzó a sentir un calor abrasador en su vientre. Apretó la vagina en espasmos incontrolados, casi gritando cuando él volvió a empujar para que se pudiera quedar a gusto.

—Te amo... —le gimió él con los labios pegados a su boca abierta—. Denise... Te amo mucho...

—Y yo... —jadeó a la vez que se corrió de puro gusto.

Se quedaron los dos abrazados, intentando recuperar el aliento.

—Uf... Alan... El sexo es alucinante contigo...

—Y contigo... Hacía años que no me sentía tan bien.

Se apartó de ella y se limpió, riéndose.

—No para de salirme semen... Estoy empalmado aún.

Denise, ni corta ni perezosa, se metió su sexo en la boca. Alan la cogió de

la cabeza con cuidado y la miró hacerle la felación.

—Me encantas... —susurró, acariciándole el pelo enmarañado.

Escuchó su risilla y sintió su lametón. Luego ella lo abrazó por el cuello, mirándolo de cerca antes de besarlo con profundidad.

—De rapidito nada, preciosa, me has engañado...

—Si quieres de dejo así y nos vamos...

—Ni se te ocurra.

La tumbó y se frotó contra ella, masturbándose.

Alan se recreó en sus pechos a la vez que se tocaba, y luego bajó hasta el centro de sus piernas. Le excitó su olor y sabor, tanto que volvió a correrse.

Apoyó la cabeza sobre el vientre de Denise, besándolo.

—No me había pasado nunca tener dos orgasmos tan seguidos.

—Demasiada tensión sexual acumulada entre nosotros...

—Antes no podía tocarte sin que me pusiera tonto y ahora, si te toco, es incluso peor —se echó a reír.

Besó el vientre de Denise, que le acarició el cabello en silencio.

—¿En qué piensas? —indagó él.

—En que soy feliz...

—Y yo, mi amor...

Ambos se quedaron así hasta que el tiempo se les echó encima y tuvieron que partir hacia Nueva York.

## Capítulo 26

# ESCAPE

Byron aparcó fuera de la propiedad de su madre, que fue su hogar hasta años antes. Le costó la vida llamar al timbre y, cuando lo hizo, tardaron una eternidad en abrir.

Anduvo por el camino empedrado, bajo los enormes árboles que lo flanqueaban, durante cerca de cinco minutos. En la entrada principal lo estaba esperando su madre, con las manos cruzadas bajo su vientre. Llevaba un moño alto y seguía con su estilo elegante.

Se miraron el uno al otro durante unos segundos, antes de que ella hablara;

—Hijo...

—Madre...

—He venido, porque...

—Lo sé. Lo sé todo, Byron.

—¿Te lo ha contado Rachel?

Ella asintió.

—También sé que la policía pronto conseguirá una orden judicial para entrar en esta casa.

—¿Puedo pasar?

Laurie asintió con la cabeza y entró. Byron subió los escalones y cerró la puerta tras de sí. Se encontró a la chica sentada en una de las escalinatas, junto con Franky y Roselyn, que la abrazaba. Tras ello, de pie, estaba otro tipo moreno que lo miró con dureza.

Por la otra escalinata bajó su tío Liam.

—¿Qué hace aquí! ¡Laurie!

—Le he dejado entrar yo.

—¡Fuera!

Al bajar del todo, asió a su sobrino por una solapa de la chaqueta negra y lo empujó. Byron se deshizo de él, intentando no perder los papeles. El odio entre ambos fue latente.

—¡Basta! —pidió Laurie.

—Vengo a llevarme a Rachel.

Esta se puso tensa.

—No se va a ninguna parte.

—¿No lo entendéis? La policía cree que ha sido ella la que ha matado al Seabrooke.

—¡Fuiste tú! —le gritó desde lejos.

—¡Si me hubiera entregado, habríamos acabado los dos en la cárcel! Lo que estoy haciendo es salvarte. ¡Por eso necesito que me acompañes!

—Rachel no va a ninguna parte —insistió Liam, mirándolo con dureza.

—No pretendo entregarla, sino esconderla en Nueva York hasta que todo esto se pueda aclarar. De todos modos, van a venir con una orden judicial y os van a detener.

—Lo has hecho adrede.

—¡Ha sido Huxon! Yo he insistido en que Seabrooke atacó a Rachel y ella se defendió. Vale, he mentado, fui yo quien le dio la descarga. Pero el que ella me diera una a mí no ayuda a esclarecer los hechos. Tampoco que se diera a la fuga así.

—Tuve miedo... —dijo ella, levantándose.

—Ya lo sé... —contestó Byron, mirándola con tristeza.

—¿Estás bien?

—Sí. No fue nada...

—Quiero hablar con mi hijo a solas —pidió Laurie.

—No te dejaré a solas con este monstruo —se negó Liam.

—¿Monstruo yo? ¡Tú fuiste el que preparó todo para matar a Seabrooke hace años!

El resto se quedaron conmocionados, excepto Laurie.

Luje bajó la cabeza, apesadumbrado.

—Ya he pagado bastante por ello —admitió.

Rachel se quedó perpleja.

—Seabrooke era un ser inmundo y malvado.

—Eso no nos da derecho a tomarnos la justicia por nuestra mano —contestó Byron.

—Por favor, basta...

Rachel se puso a llorar, por el disgusto.

—Lo siento, niña... No soy como crees... Pensabas que yo era un ejemplo que seguir, pero no es así.

—Ya trataremos este asunto en otro momento. Ahora quiero hablar con mi hijo.

Laurie y Byron se fueron a un salón contiguo.

—Mamá, en serio, tienen que irse todos.

—No te preocupes por eso ahora. Quiero saber qué deseas hacer con Rachel. Es una niña muy buena, aunque temperamental. Ha sufrido muchísimo en su vida.

—Lo sé.

—También conozco su versión de vuestra historia. Me lo ha contado todo. Así que es aquella chiquilla con la que ibas en nuestro periodo londinense...

—Sí... Es ella.

—El destino juega mucho con nuestras vidas.

Byron no dijo nada, se sintió avergonzado pese a tener treinta años.

—Está enferma, mamá...

—Lo sé.

—No quiero que pase lo que le queda pudriéndose en la cárcel, o en un hospital, sola, bajo presión de la policía.

—¿La quieres?

A Byron le temblaron los labios y sus ojos lo dijeron todo, vidriosos como se hallaban.

—Entonces llévatela lejos. Haz lo que sea por esta chica.

Byron abrazó a su madre, aguantándose las lágrimas. Ella lloró, feliz de tener de vuelta a su hijo.

Liam entró, interrumpiéndolos.

—Ha llamado nuestro contacto... Ya vienen para acá con la orden.

—Liam, ayúdalos a irse. Y tú, ya sabes qué hacer —ordenó Laurie.

Byron asintió, saliendo y yendo hacia Rachel.

—Tenemos que irnos, Rachel. Coge tus cosas...

—¡No voy contigo a ninguna parte!

—Por favor... —le pidió.

Ella no supo cómo negarse a su mirada y al tono lastimero de su voz.

Rachel subió a su cuarto y cogió el petate. Dentro metió lo poco que tenía, su pasaporte y la cinta de cassette. Luego volvió a bajar.

Se quedó a unos escalones de Byron, que la esperó abajo. Él le tendió la mano de nuevo y ella la cogió.

Salieron corriendo de la mansión, de camino al coche. Allí se subieron ambos al vehículo y Byron cogió uno de los caminos rurales, para no encontrarse con la policía.

—¿Vamos a Nueva York?

—Sí, a mi casa —contestó.

—¿Y no nos cogerán?

—No. Estaremos poco tiempo, de todos modos.

—¿Me ayudas por sentirte culpable?

—¿De matar a ese hijo de puta? En absoluto.

—¿Y por qué haces todo esto?

Byron apretó el acelerador al entrar en la carretera normal. No contestó, no pudo, no se atrevió. Ella tampoco volvió a preguntar al verlo tan serio y concentrado.

La joven Rachel se durmió durante parte del trayecto, agarrada a sus escasas pertenencias. Byron la miró de vez en cuando, con una pena enorme en el alma. No quería perderla de nuevo.

Llegaron pocas horas después al estado de Nueva York, y a la propia ciudad. Byron metió el coche en el parking del apartamento que tenía. Subieron en el ascensor y entraron.

Rachel alucinó bastante con las vistas y con todo lo que allí había.

—Ven, Rachel... —La empujó suavemente hacia un cuarto anodino—. Aquí puedes quedarte. Sé que no tiene mucha cosa, es la primera vez que se queda alguien.

—¿Vives solo?

—Sí...

—¿Y no tienes amigos o... pareja? —Rachel enrojeció al preguntar aquello.

—No.

Byron estaba muy nervioso.

—Aquí tienes tu baño personal. Con una ducha... Pero si prefieres bañarte, en mi habitación hay una bañera grande.

—Vale...

—Pediré de cenar. ¿Qué quieres?

—Ah... Pizza.

—Lo sabía... —Byron se rio—. Me acuerdo en Londres, la obsesión que tenías por comer pizza a todas horas.

—Y tú me invitabas, todas las veces —Rachel sonrió de oreja a oreja, cosa que dejó a Byron obnubilado. Aquella mujer era capaz de conservar el buen humor a pesar de las circunstancias que la rodeaban.

La hubiera abrazado contra sí, y la hubiera besado. Pero no tenía derecho.

Lo perdió al no despertarla aquella vez en el parque.

Comieron la pizza sentados en el sofá, algo callados. Rachel rompió el silencio.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Por el momento te ruego que confíes en mí y no salgas del apartamento.

—¿Si me cogen qué pasará?

—Si te cogen confesaré que fui yo.

Byron la miró y ella se quedó atónita.

—No quiero que lo hagas, deja que piensen que he sido yo... Te queda toda la vida por delante, no como a mí.

Byron dejó su trozo de pizza en la caja y se limpió las manos con una servilleta, Luego salvó la distancia que lo separaba de la chica. Esta también dejó de comer.

—Le voy a pedir a un médico que te examine y me diga si lo tuyo tiene solución.

—Byron, no la tiene. Ya me lo dijeron los médicos en Londres.

Rachel, a pesar de lo que estaba diciendo, se mantuvo serena. La mirada de Byron la derritió; este sentía pena por ella, fue obvio.

—¿De verdad?

—De verdad. Por eso, no confíes y vive por mí. Me gustaría que dejaras esa coraza, que hicieras las paces con tu familia, que fueras la buena persona que sé que quieres ser. Las circunstancias te han empujado a esto, pero yo sé que tú eres bueno...

Byron bajó la cabeza y el cabello negro le cayó sobre el rostro.

Rachel se lo apartó con delicadeza y lo asió por la mejilla, en un acto de ternura. Él la miró a los ojos, luego a los labios y de nuevo a los ojos.

—¿Por qué si no haces todo esto por mí?

—¿Tengo que decirlo? —susurró, volviendo a mirar los labios entreabiertos de la joven.

Ella se quedó perturbada y se apartó, levantándose sin saber muy bien cómo actuar.

—Voy a... a dormir...

El hombre se quedó sentado, observando cómo se marchaba, sintiéndose rechazado con la fuerte convicción de que ella no le correspondía.

Rachel se metió en el cuarto y se llevó la mano a la boca, con el corazón

latiéndole como loco en el pecho.

Él la miraba y le hablaba de forma muy personal y dulce. Tanto que dolía saber que él probablemente estaba interesado en ella sentimentalmente.

Pero Rachel sabía que le quedaba muy poco en aquel mundo, y no deseaba que él sufriera. Así que debía mantenerse firme y no ceder a sus propios anhelos.

De cría se enamoró del chico solitario en su burbuja; su primer amor. La soledad y la dureza de estar sola le impidieron sentir interés en otros hombres. Su único beso fue con Byron.

En aquellos momentos le resultó todavía más complicado, porque el chico desgarbado se había convertido en todo un hombre adulto, uno que le pareció atractivo, que le hizo sentir palpitar fuerte el corazón y nubló sus sentidos.

Estaba enamorada de él.

Al día siguiente, Byron despertó a Rachel. Estaba acucillado a la vera de su cama, mirándola ensimismado.

—¿Has dormido bien?

—Sí...

—He hablado con mi madre; todos están a salvo.

—¿De verdad? —se irguió al decirlo, limpiándose la babilla de la cara.

—Yo tengo que irme... No tardaré. Por favor, ni se te ocurra salir. En la nevera queda leche y puedes hacerte café. Luego traeré provisiones.

—Está bien.

—Te he dejado toallas limpias en tu baño.

Byron se levantó, vestido con elegancia, todo de negro como solía ir siempre. Luego se fue, dejando sola a Rachel, que campó a sus anchas por el apartamento.

Ni corta ni perezosa, husmeó en las cosas de Byron, como si tal cosa.

Este era pulcro, lo tenía todo en su sitio. Casi toda su ropa era oscura o gris, apenas si usaba prendas o calzados informales. Al lado de su cama, recién hecha, se encontró un radiocassette que tenía para CD y para cinta de música.

Fue hasta su petate y cogió el cassette. Lo colocó en el aparato y escuchó música largo rato, tumbada sobre la cama. La almohada olió a él, a su aroma masculino. Así se quedó, perdiendo el sentido en algún momento.

## Capítulo 27

Denise abrió los ojos cuando Alan la llamó, nervioso. Estaban rodeados de cámaras y gente callada, grabando la escena.

—Rachel... —su voz estaba quebraza.

—Byron... —Se incorporó un poco sobre el colchón.

—No conseguía despertarte... —La cálida mano de Alan le tocó la cara y un cosquilleo recorrió su cuerpo.

—Me suelo desmayar... Cada vez más a menudo —quebró la voz al decir su frase.

Su compañero lo abrazó contra sí y se dejó hacer, como decía el guion. Cerró los ojos, apoyando la cabeza en su hombro.

—No quiero perderte ahora que te he reencontrado, Rachel.

—Lo siento... —gimió—. Pero un día no despertaré... Me habré marchado para siempre...

Alan la miró con lágrimas en los ojos, lágrimas reales.

—Te amo...

Denise sintió el corazón latirle muy fuerte. Tragó saliva, porque tenía que rechazar al personaje, y fue como rechazar a Alan. Se soltó de él, se levantó y se fue, sin decirle palabra.

Alan se quedó acucillado, apoyado en la cama, agarrando con fuerza las sábanas y hundiendo la cabeza sobre estas. Todos pudieron sentir su pesar, con el corazón en un puño.

Anderson cerró la toma, muy satisfecho con el trabajo de aquel día. Solo faltó rodar una de Denise sollozando en silencio en el baño, sentada sobre el retrete.

Cuando acabaron con eso, la joven fue a hablar con Alan, aún caracterizada como Rachel.

—Me ha impactado verte llorar.

Alan sonrió, aún con los ojos rojos.

—Ha sido una mezcla de talento natural y pensar que, si te pasara algo, me moriría...

Ella lo miró haciendo un puchero.

Le dijo “te quiero” vocalizando en silencio. Él respondió: “y yo”.

Tras vestirse con sus ropas normales, Alan acompañó a Denise hasta el hotel. Subió con ella hasta su habitación, retrasando lo posible tener que separarse.

Se cogieron de las manos.

—Cuando estábamos rodando, te lo he dicho todo en serio —dijo él.

—¿Que me amas?

—Sí... —susurró.

Denise suspiró, en una nube, como una adolescente tonta y enamorada hasta las trancas.

Lo agarró de las solapas de la cazadora y lo besó, poniéndose de puntillas.

—Nos van a ver... —dijo él, cogiéndola por la cintura.

—Cada vez me da más igual...

Una puerta se abrió en el mismo pasillo y ambos saltaron como un resorte, echándose a reír.

Johnny apareció y los miró partirse de risa.

—¿Tengo algo en la cara? —preguntó.

—Es que... Nada... Hasta mañana, chicos —se despidió la actriz, entrando en la habitación que compartía con Roselyn.

El joven agarró a Alan por el codo y miró hacia ambos lados. Le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Habéis avanzado algo? —indagó.

—¿A qué te refieres? —Alan se hizo el loco.

—Venga, tío, no te rías de mí. Vamos al bar, están Oscar y Donny.

—Pero... He de volver a casa, Cooper me espera.

—¡Pues que se espere media hora más! Queremos saber cosas...

—Luego dicen que las mujeres son chismosas. No te jode...

Alan fue arrastrado al bar del hotel, sentado junto a sus otros dos compañeros, uno de ellos era quien interpretaba a Huxon.

—Lo he pillado a las puertas de la habitación de Denise —dijo sin más.

—¡Alan! —Oscar le palmeó la espalda con fuerza, como era su costumbre.

—Chicos, un respeto por Denise.

—No, si nosotros las respetamos muchísimo. Pero queremos saber, cosas, situaciones, si os habéis enrollado ya.

—No te preocupes —dijo Dom a Alan—, estoy al corriente. Sé que dejaste a tu ex, y que Denise dejó al novio ese que, por cierto, me caía fatal. Un británico pedante.

—¿Entonces...? —le dio pie Oscar.

—Sí...

—Sí, qué...

—Qué estamos juntos.

Oscar lo abrazó con cariño y una sonrisa tonta en la cara. Johnny y Dom le dieron la mano.

—Es tan bonito —dijo Oscar.

—¿Me puedo ir ya?

—¿Y los detalles? ¿Cómo fue?

Alan se levantó todo lo alto que era.

—Eso sí que no os lo voy a contar, es personal de Denise y mío.

—¡Ohhh! No nos puedes dejar con la intriga.

—Solo os diré que la quiero, que es lo mejor que me ha pasado en la vida y que ahí os quedáis.

Se fue por donde había venido, mientras sus tres compañeros de reparto se tomaban unas copas a la salud de la nueva pareja.

Denise, por su lado, se duchó y se sentó luego en la cama, junto a la de Katya, que se estaba leyendo *Despiértame cuando llegue septiembre*.

—No me digas que no te lo habías leído.

—Sí, pero me ha gustado mucho. Este lo tengo dedicado —dijo enseñándole la firma de Ryan Jameson.

—Bueno, mañana nos toca rodar juntas. Y con los demás...

—Tengo ganas —sonrió la joven morena— ¡Vamos a salvar a Rachel del malvado Huxon!

—Como la muy tonta se escapa de casa de Alan...

—¿Has dicho Alan?

—Uy, quería decir de Byron.

—Oye... Dime la verdad, ¿estáis liados?

Denise la miró abriendo mucho los ojos. Fue incapaz de mentir y asintió con la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

—Dejó a su mujer...

—Sí, lo sé. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Vale.

—¿Cómo fue?

—Ah... Pues nos conocimos el verano pasado, pero...

—No, no te pregunto eso. Te pregunto cómo fue acostarse con él.

Denise enrojeció y se llevó las manos a la cara, avergonzada.

—Uf...

—Ha tenido que ser épico para que te hayas puesto púrpura —Katya se echó a reír a carcajadas. Denise no pudo evitar desternillarse también,

doblándose sobre sí misma.

—Muy épico...

—Es que está bueno, perdona que te lo diga. Muchas opinan que es feo, pero para nada, es realmente guapo a su manera.

—Ni te imaginas cómo lo veo yo. Hasta sus orejotas me ponen tontorrón.

—¿Y lo demás? —Denise subió el pulgar y puso una de sus caras de satisfacción sexual.

El móvil de Denise sonó; se trató de Alan.

—Te quiero, cariño mío —escuchó decirle.

—Y yo...

Katya se tuvo que aguantar las risas.

—Estoy abajo. Ven conmigo esta noche, llevamos separados dos días y no puedo más... —le rogó él.

Denise tapó el móvil y le preguntó a su compañera si le importaba que se fuera con Alan. Esta, en silencio, le hizo ademanes para que se marchara corriendo.

—Ahora voy...

Cogió sus cosas de aseo personal y se vistió, bajando lo antes posible. Alan la esperó en el hall, mirando el móvil. Al verla se levantó y se fueron ambos hasta su coche, que estaba en el aparcamiento del hotel.

Antes de arrancar, Alan la besó con anhelo, cogiéndola del rostro.

—Te quiero... —musitó antes de abrazarla.

—¿Qué te pasa, Alan?

—Que Cooper me perdona, pero te quiero más que a nada en este mundo.

—Y yo a ti —le acarició la mejilla rasurada.

—Soy muy feliz de tenerte.

Denise lo besó con fuerza en sus carnosos labios.

—Sé que es una tontería, pero cuando somos Byron y Rachel... Siento que te voy perdiendo, que el tiempo contigo se va agotando, y me angustia.

—Alan, estoy bien. No vas a perderme, ni se agotará nuestro tiempo, no hasta que seamos muy viejitos...

—Lo sé... Estoy tonto. Es que jamás me había sentido así. Eres el amor de mi vida, así lo siento.

Denise le echó los brazos alrededor del cuello, con fuerza.

—Y tú el mío.

Aquella noche, tras hacer el amor en dos ocasiones, Alan se quedó

totalmente dormido como un tronco, abrazado a su cintura.

Denise sintió ganas de leer la novela y la cogió de la mesilla de noche de él, que la tenía marcada justo por donde debían seguir rodando. Y así se puso a leer.

## **Capítulo 28**

# SECUESTRO

Rachel se despertó de pronto, sobre un lecho. Estaba atada a este de pies y manos. La habitación era aséptica, blanca, sin nada más que una nevera de laboratorio.

Lo último que recordaba era haberse ido del apartamento de Byron, para que no padeciera más por ella, y ser metida en un coche a la fuerza, cerca de un callejón.

En una esquina de la estancia había una cámara.

—¡Hijos de puta! ¡Soltadme!

No tuvo mucho que esperar hasta que apareció el hombre rubio y pálido que la miró con desdén.

—Qué escurridiza eres.

—¡Bastardo!

El sacó unos guantes de látex de su chaqueta, una jeringuilla y un botecito con un líquido.

Rachel sintió que se le cerraba la garganta. Lo miró con desconfianza.

—¿Qué es eso?

—Es un virus de laboratorio, que solo se puede curar con un nuevo medicamento, testado en encantadores niños desnutridos. Esta es la última versión, así que aún no se ha probado en seres humanos, aunque sí en animales. Vas a tener el honor, Rachel.

—No tengo miedo a morir, gilipollas.

—Qué chica tan valiente.

Llenó la jeringa y buscó su vena. Luego, con cuidado, se la pinchó e introdujo el contenido. Rachel respiró con agitación, sin saber qué podría suceder.

—Esto no te hará nada ahora, tardará unas horas.

—Cabrón... —siseó.

Huxon no le contestó, yéndose de la habitación.

Rachel miró al techo, con congoja. Se arrepintió de no haberle dicho a Byron lo que sentía por él. En su momento creyó que era lo mejor, para no verlo sufrir antes de morir. Pero se dio cuenta que el poco tiempo que le quedaba, lo quería vivir con Byron. Y ya era demasiado tarde para eso.

Pasaron horas antes de que empezara a sentir debilidad y mareos. La boca seca, la cabeza embotada, picores que no pudo aliviar por estar atada.

Comenzó a quejarse, muerta de frío por la fiebre.

—Por favor... —gimió por pura indisposición, y se retorció en la cama mojada de sudor.

Huxon entró de nuevo. Se sacó del bolsillo otro botecito.

—Esto es la cura. Si no te la pongo hoy, te morirás entre agonías.

—¿Por qué haces esto? —jadeó, llorosa.

—¿Teníais planeado matar a Seabrooke?

—¡No! ¡Byron no tuvo nada que ver!

—¿Entonces por qué te ayudó? —Se acercó a su rostro, para incomodarla.

—Nos conocemos desde hace años...

—Así que está metido en el ajo —dedujo.

—No, él no... Simplemente siente pena por mí. Porque no soy nadie... — se le hizo un nudo en la garganta—. Seabrooke me dio una descarga y yo le quité la pistola. Luego la usé contra él y se le paró el corazón. No fue premeditado.

Huxon levantó las cejas.

—Realmente la muerte de Seabrooke me beneficia, porque soy el siguiente que tiene más acciones, y no hay herederos... Pero sabes muchas cosas de la empresa y sus acciones ilegales. Así que no puedo dejarte en manos de la policía. Y ahora ya no estás bajo la protección de Laurie O'Leary, querida.

Rachel se puso a toser hasta vomitar algo de sangre.

—Tu tiempo se acaba, y me voy a sentar aquí a ver cómo te mueres.

—Eres imbécil. No estoy sola, no soy la única que sabe todo esto.

—Dame tiempo. Tengo pensado seguir las instrucciones de Seabrooke si la palmaba, así que venderé el virus al país que sea el mejor postor. Los genocidios van a ser maravillosos.

La joven se echó a llorar.

—En menos de 24 horas el sujeto fallece, a no ser que se le inocule la carísima salvación.

Jugeteó con el botecito de la cura delante de ella.

—Vete a la mierda. De todos modos, ya me iba a morir.

—¿Qué quieres decir?

—Que tengo un tumor en el cerebro, pedazo de gilipollas.

—Mentirosa.

—Ojalá.

Huxon dio vueltas por la sala, pensativo.

—Eso no quita que seas una excelente conejilla de indias, querida.

En ese momento, Franky y Paul aparecieron tras reventar la puerta. El más mayor de los dos apuntó con una pistola automática a Huxon, que se quedó perplejo. Miró a la cámara, como esperando algo.

—Los hemos dejado KO. ¡Ponte ahí!

El rubio se colocó contra la pared, con el antídoto en la mano.

—Si me hacéis algo, ella morirá. ¡Tiraré esto!

Rachel gimió, llorosa. Roselyn se acercó a ella para poder desatarla.

—No le hagáis caso, no necesito el antídoto.

—Pero... —comenzó a decir Roselyn.

—Me estoy muriendo igual. No voy a entrar en detalles. Simplemente no necesito ese antídoto, solo se acercará más el momento en el que deje este mundo.

Roselyn terminó de desatarla del todo. Rachel no se tenía apenas en pie.

—Si no me dejáis marchar, Byron morirá.

Rachel se quedó perpleja.

—Está al lado, y tiene el mismo virus.

—Franky, ve a buscarlo —le ordenó Paul, que siguió apuntando a Huxon con el arma—. ¡Dame la cura!

El rubio se la tendió al moreno, que se la dio a Roselyn.

Franky apareció con Byron, que estaba bastante ido. Lo sentó en la cama, junto a Rachel, que abrazó al abogado con toda la fuerza de la que fue capaz.

—Ponles en antídoto —demandó Paul.

—Solo hay para uno.

Paul lo agarró de la solapa de la chaqueta y le puso la boca de la automática sobre la frente, bien apretada.

—Más te vale que eso sea cierto, si no quieres que te pegue un tiro.

—Si me lo pegas, nunca lo sabrás.

—No he especificado dónde, maldito cabrón. Puedo dejar que te desangres lentamente, y con el dolor de una bala dentro de tu cuerpo.

—Aquí solo tengo una... Es la verdad.

Todos se miraron. Rachel asintió con lágrimas en los ojos.

Huxon pinchó a Byron en el brazo, temblando. Luego dejaron al abogado sobre el lecho, pues había perdido el sentido, minutos antes.

—¿Dónde hay más?

—En Portland...

—¡Venga entonces! —Paul obligó a Huxon a caminar delante de él, mientras Roselyn ayudó a su amiga y Franky sujetó a un Byron medio ido.

Rachel supo que estaban en una nave perteneciente a la compañía, que ya era de madrugada y que sus tres amigos habían dejado noqueados a los guardias. Se subieron todos en la furgoneta donde habían trasladado a Rachel y a Byron hasta allí, con Huxon al volante.

—Como se muera alguno de los dos, el tiro te lo pego en la cabeza. ¡Porque todo me dará igual!

—La policía os va a meter a todos en la cárcel —amenazó el rubio.

—¡Pues que así sea! Estoy muy loco y aprecio mucho a mi amiga. Aunque el otro imbécil no me caiga bien, la ha ayudado.

Durante el camino restante, Byron recobró el sentido tras bajarle la fiebre, aunque siguió sintiéndose inestable. Rachel, en cambio, se desmayó. El moreno la abrazó contra sí, roto por dentro. Se arrepintió de haberla dejado sola aquella tarde, tras confesarle sus sentimientos. Al volver, ella se había marchado dejándole una nota.

“Byron, no puedo dejar que sufras mi muerte. Te regalo la cinta. Escucha siempre nuestra canción cuando quieras recordarme.”

Salió a buscarla, pero la city era tan sumamente grande que le resultó imposible dar con ella por los alrededores del apartamento. Desistió y llamó a su madre, desesperado, rogándole que, si Rachel la contactaba, se lo dijese. Nada más podía hacer.

Pese a ello, siguió buscando. Fue entonces cuando alguien lo metió a la fuerza en una furgoneta y le hizo perder el sentido con algún tipo de inhibidor.

Huxon apareció para meterle un virus, alegando que así se quitaba a otro accionista de en medio. Ese rubio podía llegar a ser peor que Seabrooke, o un digno sucesor, según el punto de vista. De paso le contó que su queridísima Rachel estaba en la habitación de al lado, en su misma situación. Y que, si no colaboraba, no le daría el antídoto a la chica.

Fue empeorando según las horas pasaron, pero la peor agonía fue saber que Rachel estaba sintiendo los mismos malestares sin que él pudiera hacer nada por paliarlos. Por primera vez, ver al empleado traidor fue lo mejor que le había pasado en la vida.

Y allí estaban, en la furgoneta, de camino a Portland, para evitar que la

joven muriese. Ella, debido al tumor, le cedió la vida.

Roselyn le tocó el brazo de pronto.

—Para ella eres muy importante.

Byron la miró con los ojos vidriosos.

—Para mí también lo es ella. La quiero... —confesó.

—Y ella a ti.

—No, ella no me quiere de la misma forma.

Roselyn negó con la cabeza y una sonrisa.

—Te equivocas... En casa de tu madre no paraba de escuchar ese cassette que le diste. Me explicó todo. Me di cuenta, incluso que antes de que lo hiciese ella, de que te quería.

Byron observó a Rachel, en su regazo. Inclino su rostro y tomó sus labios reseco y entreabiertos. Las lágrimas cayeron sobre la piel pecosa de la joven.

Cuando Byron se apartó, Rachel tenía los ojos puestos en él, febriles.

—Byron...

—Rachel...

—Tengo miedo a morir... Deseo pasar lo que me queda contigo.

Byron sollozó, abrazándola contra él. La chica también lo rodeó con sus débiles extremidades.

—Te amo, Rachel...

—Yo también te amo...

## Capítulo 29

Denise se despertó con el libro caído en un costado, medio abierto y bocabajo. Alan roncó levemente a su lado, acurrucado contra ella. Cooper estaba despierto, pero tranquilo, al costado de la cama.

—Hola, guapo... —le dijo al perro, que la miró con la lengua fuera, contento.

—No soy guapo... —escuchó decir a Alan, medio dormido aún.

—No te lo decía a ti, ceporro. —Le tocó los cabellos enmarañados—. Pero sí eres guapo, al menos para mí lo eres muchísimo.

—Tú sí que eres una preciosidad —Alan la estrechó contra sí para besar sus labios. La joven le devolvió los besos.

—Te quiero mucho... —gimió ella.

—Si me lo dices con esa voz tan sexy que tienes, me vas a volver más loco...

—Tu voz sí que es sexy y profunda. Me pone tonta... Pero que muy tonta... Deslizó la mano por dentro del bóxer de Alan, para atrapar su sexo erecto, frotándolo.

—Nena, no paras...

—¿Algún problema? ¿Quieres que me detenga? —Dejó de masajear su dureza.

Alan se irguió y mandó fuera a Cooper, que se fue lloriqueando.

—¿Por dónde íbamos? —La besó con lentitud.

—Fóllame —demandó claramente.

—A veces tu romanticismo brilla por su ausencia —se burló Alan, partiéndose de risa.

—Amor mío, cariño, vida mía, fóllame... —bromeó.

Cuando Alan fue a coger el condón, ella le detuvo, mirándolo con deseo. Negó con la cabeza.

—Pero...

—Sin nada.

—¿Estás segura?

—Por mi enfermedad, es muy difícil que me quede embarazada.

Lo dijo con miedo, pensando en que él podría rechazarla por ello.

Pero Alan la besó y se colocó encima, excitadísimo de pensar en sentirla de verdad.

Besó sus pechos desnudos largo rato, lamiendo sus pezones duros.

—Cuando tengamos que rodar la escena de... —jadeó—. De empezar a hacer el amor... Vamos a estar muy cachondos.

—Pues follaremos antes —solucionó él—. Te correrás tan fuerte que te dejaré sin ganas en unas horas.

—¡Unas horas! —Denise se echó a reír a carcajada limpia.

—¿Crees que no te dejaré satisfecha? —dijo, mientras introducía el pene en su vagina caliente y húmeda.

Denise emitió un jadeo de complacencia absoluta, al sentirle tal cual.

—Siempre me dejas satisfecha... Y por eso quiero siempre más y más...

Alan comenzó a empujar con cadencia. El sonido de sus cuerpos chocando y sus jadeos, mientras se besaban, eran lo único que se escuchó en la habitación.

—Es la primera vez que lo hago a pelo —confesó Denise—. Al otro no le dejaba.

—Es una temeridad...

—Pero te pone cachondo.

—Mucho... Denise, muchísimo. Joder... No sé si voy a poder aguantar, perdóname...

—Córrete dentro —demandó, excitadísima por tanto placer y humedad. Su pene resbaló en su interior, pulsando puntos de placer que nunca creyó tener. Aquello fue como jugar en otra liga.

Denise comenzó a sentir contraer el bajo vientre y la vagina, gimiendo cada vez con más fuerza. El calor en su interior fue abrasador, como una pulsación cada vez más intensa y rápida.

Alan sintió lo mismo, la sangre se le fue de la cabeza totalmente y estaba toda concentrada en aquel punto. Solo podía hundirse en el cuello de Denise, chupar su piel de porcelana, jadear en su oreja, y empujarla con toda la fuerza que le demandaba el cuerpo. La escuchó, y la sintió, tener un orgasmo. Él también dejó de resistirse y dio rienda suelta a su propio placer. Casi le faltó el aire al correrse dentro de su vagina cerrada alrededor de su pene.

Ambos terminaron casi a la vez, y se quedaron exhaustos.

Alan se echó a reír.

—Como te quedas embarazada, me da algo...

—No te preocupes, es muy improbable...

Denise le acarició la cara y Alan le besó la palma.

—Rebecca y yo no queríamos tener hijos... —se sinceró.

—Yo ya me he hecho a la idea de que sería muy difícil.

—¿Y qué hacemos si pasa?

—¿Qué harías tú?

—Contigo que sea lo que tenga que ser. Tanto sí, como no.

Ella lo estrechó contra su cuerpo desnudo, con piernas y brazos, sintiendo aún su sexo dentro.

Aquel hombre era el amor de su vida.

Alan condujo hasta Nueva York y dejó a Denise en el hotel; ya se verían en el rodaje de la tarde. Luego fue a ver a su abogado para que comenzara la tramitación del divorcio lo antes posible. Nick se unió a él para comer y hablar de futuros rodajes primero, y de la vida privada después.

—¿Has hablado con Rebecca? —le preguntó Alan.

—No, ¿por qué?

—Vino a por sus cosas a casa y se encontró allí con Denise.

A Nick casi le dio un infarto.

—¿En serio?

—Parece que se lo tomó relativamente bien. O sea, le dolió, pero entendió que yo ya había pasado página. Solo quiero que sea feliz, sola o con quien ella quiera. Yo tengo ya que mirar por mí.

—¿Y con Denise bien?

La cara de Alan lo dijo todo, se le iluminó como a un adolescente recién enamorado por vez primera.

—Es la mejor novia del mundo.

Nick se atragantó con la comida.

—Da asco oírte, estás totalmente moñas.

—No lo puedo evitar. Es tan bonita, talentosa, sexy... —se mordió un labio.

—Eso no me interesa escucharlo.

—¿Por qué?

—¡Porque no! Solo mantenedlo en secreto todo lo posible.

—Eso ya lo sé. Bueno, me tengo que marchar al rodaje. Gracias por todo tu apoyo, Homer.

—Veta a la porra —sonrió, divertido.

Aquella tarde-noche rodaron las escenas del secuestro y la acción, además de las del interior en la furgoneta. El resto ya fueron rodadas en Portland días antes.

Al terminar, Alan les dijo que los invitaba a cenar a todos en el restaurante de un amigo. Los cuatro hombres y las dos chicas acabaron cenando hamburguesas caseras y tomando unas cuantas cervezas.

—Me gusta tu rollo, Alan —dijo Oscar.

—Soy un tío sencillo.

El amigo del hombre lo fue a saludar:

—¡Alan! —lo nombró, dándole la mano.

—James. Todo riquísimo, como siempre.

—¿Cómo está Rebecca?

Denise se puso tensa de pronto, sintiéndose mal.

—Nos vamos a divorciar.

—¡Vaya, lo siento!

—No lo sientas. Ahora estoy con mi novia —dijo, pasándole el brazo por encima a Denise, que enrojeció al escucharlo—. Y mejor que nunca.

James se quedó perplejo, como todos los presentes.

—Encantado... —la saludó el hombre, tendiéndole la mano también.

—Soy Denise, igualmente.

—Cualquier cosa me llamáis. ¡Gracias!

Se alejó hacia la cocina.

—Alan... —Denise estaba alucinada. Este le dio un beso en los labios, como si tal cosa.

—¿Qué? Ellos lo saben todo.

Asintieron al unísono.

—¡Por la nueva pareja! —quiso brindar Johnny.

—¡Y porque la película sea un éxito y nos den a todos un Oscar! —dijo Katya, bromeando.

—¡Está bien! Soy todo vuestro —dijo Oscar—. Abrazadme, venga. Tú también, Alan, no seas vergonzoso.

Todos se le echaron encima, aplastándolo mientras pedía aire.

El resto de la velada fue divertida, amena e inolvidable.

Volvieron al hotel y Denise tuvo que separarse, nuevamente, de Alan. Katya les dijo que podía dejarles intimidad, pero al ser tan tarde prefirieron que no.

—¿Sabes, Alan? Me gusta oírte decir que soy tu novia...

—Porque lo eres, mi novia, mi pareja, mi mujer...

—Y tú mi novio, mi pareja y mi hombre... —Denise sonrió encantadoramente. Alan se volvió loco con aquel gesto.

—Te quiero mucho —la besó con fuerza—. Desde aquel día maravilloso en Londres...

—Pronto volveremos, como Rachel y Byron.

—Sí... Pronto.

—Me voy a dormir, estoy agotada. Saluda a Cooper de mi parte.

Alan sonrió, asintiendo. Le besó la mano antes de irse. Ella le miró desaparecer por la esquina, camino al ascensor. Luego se fue a la cama, junto a Katya, y se empezó a leer aquella parte del libro.

## Capítulo 30

# LONDRES

Byron caminó por Londres, sintiéndose solo sin Rachel. Así que allí estaba, melancólico y triste sin el amor de su vida.

Se encaminó al hospital, y fue recordando los hechos: después de conseguir salvarle la vida a la joven, que estuvo sin sentido dos días, Huxon y todos ellos fueron detenidos. Su madre y su tío interpelaron su defensa tras haber confesado que él fue quien mató accidentalmente a Seabrooke.

Pero los secretos de la empresa fueron tales, que el FBI se metió en medio. No les interesó que se supiera lo sucedido, ni que los laboratorios contenían dosis químicas de venenos diversos. Hubiera sido un terrible error que estas dosis fuesen vendidas a países enemigos de los Estados Unidos. Las quisieron para ellos.

Por todo aquello, dejaron libres a los compañeros de Rachel, sin cargos a Laurie y Liam por esconderlos, y a la joven se le permitió volver a Londres bajo supervisión de Scotland Yard y la Interpol. En cuanto a él, pasó a ser testigo protegido, a cambio de conmutarle la pena de homicidio involuntario.

Solo rogó que le dejaran estar con Rachel en Londres el tiempo que fuera necesario. No concebía estar alejado de la mujer que amaba tanto.

En el hospital, de corte privado, Rachel descansó tranquilamente, observando la luz del verano entrar por el ventanal. El veneno mermó sus capacidades físicas un tiempo, aunque ya podía levantarse sola y caminar. Se puso en pies y miró por la ventana. Vio a Byron encaminarse hacia la entrada.

Fue al baño y se arregló un poco el cabello, dejándolo suelto y peinado. Aunque las ojeras no las pudo disimular. Llegó a la conclusión de que poco se podía hacer con su rostro macilento.

Byron llamó a la puerta y le dio paso, avergonzada. No fue capaz de levantar mucho la cabeza, pero él le asió el mentón para que le mirase. Los ojos castaños del hombre la observaron con adoración.

—¿Me dejas besarte? —Su mano grande y cálida le acarició la mejilla. Rachel lo miró a los ojos, sonriendo un poco.

Byron se inclinó y atrapó sus labios temblorosos y calientes. Se fundieron en un beso tierno y profundo. Él la abrazó con todas sus fuerzas, levantándola del suelo. La cogió en volandas y la llevó a la cama. Estuvieron besándose

largo rato, sin decirse nada. Solo besos y miradas, solo suspiros y caricias.

Él se apartó un poco, sin dejar de apoyarse en su cuerpo. El camisón feo de hospital estaba abierto por el pecho. Llevó sus labios al borde de sus senos firmes.

—Te quiero muchísimo, Rachel... —Con la mano dejó al descubierto uno de los pezones, que lamió con cuidado. Ella gimió, avergonzada, pero con ardor sexual entre las piernas.

—Pueden entrar.

—Lo sé, pero no me aguanto más... Perdóname, soy un perverso.

—Yo también lo soy, entonces. —Ella le acarició el cabello negro, con cuidado.

—Hablé con el médico y nos ha dado permiso para que salgas un par de días. Podremos estar a solas... Si quieres.

—¿Cómo te puedo gustar así?

—¿Así cómo?

—Enferma.

—Yo también me pregunto cómo es posible que te agrade estar conmigo. Igual que me lo pregunté hace diez años.

—Porque te quiero, Byron. Te quiero mucho...

Este la miró, sonriendo de felicidad.

—Rachel, te amo. Y mi madre te quiere, mi tío te tiene un gran aprecio, y tus amigos se jugaron una buena estancia en la cárcel para salvarte la vida. Yo carecía de todo ese afecto hasta que te volví a encontrar.

—Ya no importa. Quiero vivir el ahora.

—Entonces vístete y vámonos al hotel.

Fueron en taxi hasta este, y subieron a la habitación. Rachel se quedó maravillada de tan grande que era la cama, y apetecible.

La joven tembló.

—¿Tienes frío?

—No es eso...

Byron entendió que estaba nerviosa, así que la estrechó por detrás, besándole la mejilla con cariño.

—No vamos a hacer nada que no quieras.

—Es que sí quiero, pedazo de idiota. Por eso me muero de miedo —rio divertida—. Eso pasa porque he visto lo cachas que estás y me pongo tonta...

—No lo hice adrede, te lo juro.

—Mentiroso. Eres consciente de lo guapo que eres...

—Tú sí que eres preciosa, Rachel.

Le dio la vuelta para ponerla de cara a él, y la besó con pasión.

—Ya no soy aquel chico tímido, no en esta situación. Y tú no eres una niña, sino una mujer. Así que no aguanto más.

Se quitó la chaqueta y la corbata. Rachel lo ayudó con la camisa negra, dejando al descubierto su cuerpo bien torneado. Él la despojó del vestido sencillo que llevaba, y la levantó para llevarla a la cama. Acabó desnudo sobre ella, acariciando lentamente su cuerpo expuesto, bajándole las braguitas con mucho erotismo. Luego le quitó el sujetador y se hundió entre sus pechos, subiendo los labios por su cuello, oreja, mejilla, nariz y boca.

—Byron... Es la primera vez para mí... Eres el único hombre al que he besado, con el que haré el amor...

—Me siento muy afortunado —susurró, mirándola con ternura.

Rachel lo abrazó por el cuello y lo lamió, besándolo con ardor. Le rodeó, además, con ambas piernas, sintiendo la dureza en su ingle, también la humedad que desprendía.

Byron deslizó sus dedos para darle placer y prepararla. Lentamente metió y sacó uno de sus dedos. Ella tembló bajo él, gimiendo con los ojos cerrados. Byron la observó ensimismado, besándola en los labios mientras seguía con la cadencia de la intromisión.

—Cuando estés preparada —musitó.

Las manos de Rachel bajaron hasta su sexo duro, para dirigirlo hacia donde quería que entrara. Byron sacó su dedo mojado e introdujo el glante en la estrechez de su vagina.

—Con cuidado...

—No haré nada que no quieras o te cause dolor.

—Empuja con cuidado...

Él lo hizo, muy pendiente de su bienestar. Poco a poco se fueron acoplando. Rachel sintió en su vagina una presión hasta el momento desconocida, entre una quemazón dolorosa y un ardor sexual y placentero.

Byron comenzó a empujar muy lentamente y muy poco a poco, arrancando pequeños gemidos a su amante con cada embiste. La sujetó de la cadera con la mano izquierda, y la rodeó con su musculoso brazo con la derecha. Ella se agarró de su cuello y lo besó con lengua.

El hombre se sintió excitadísimo por estar así con ella, rodeados de intimidad.

—Yo hubiera querido hacerlo contigo entonces... —le confesó Rachel, entre jadeos.

—Y yo... Pero eras muy joven... Me sentía un perverso por pensarlo.

—Ya no está mal, Byron, ya no lo está.

—No, no lo está. Es maravilloso.

—Te quiero tanto...

Byron empujó más fuerte, no pudiendo aguantar mucho.

—Perdóname, no puedo más...

—Hazlo... Quiero oírte tenerlo...

El hombre hundió de nuevo su rostro entre los pechos de la joven, dejándose llevar y derramándose en su interior tras un jadeo casi ahogado. Se quedó respirando entrecortadamente sobre su piel suave y caliente.

—Sal... Así no podré...

—Claro, debe de dolerte.

Fue a limpiarla, pero ella no se lo permitió, agarrándose de su pierna, enroscándose. Comenzó a frotar su intimidad en ella, friccionando con el vello masculino y el semen que le quedó dentro.

Byron le besó la boca entreabierta, que gemía de gozo. Ella misma se estaba masturbando usando su pierna, y eso le maravilló. Le dio placer con manos y labios, hasta que Rachel empezó a gemir con cada vez más fuerza, apretándose más si cabía. Su orgasmo le llenó los oídos a Byron, haciéndole el más feliz del mundo.

—Te has quedado a gusto, ¿eh?

—Sí... —Rachel se echó a reír, intentando recuperar el aliento.

—¿Sabes qué es el primero de los muchos que te voy a hacer sentir, cariño mío?

—¿Toda la noche? Porque quiero más, y más...

—Toda la noche y todo el día...

—Ya puedes seguir... —demandó, acurrucándose en su ancho pecho.

Byron exhaló un suspiro de puro placer, y siguió haciéndole el amor.

Al día siguiente la pasaron paseando por Londres, como hacía diez años. El mismo 31 de agosto. Se hicieron fotos juntos, dichosos, comieron en los mismos lugares, hicieron las mismas cosas.

Pero Byron se moría por dentro de pura pena, porque no podía determinar cuánto duraría aquella efímera felicidad. Los médicos le dijeron que no le quedaba mucho, que operarla era un riesgo tremendo, y que la quimio solo

atrasaría lo inevitable, restándole calidad de vida.

Pese a todo aquel infortunio, se había prometido a sí mismo no derrumbarse delante de ella jamás. Estarían juntos hasta el final.

—Byron... Si pudiéramos, ¿te casarías conmigo? —Este se quedó perplejo, pero asintió.

—¿Eso es un sí?

—Claro, tonta.

—Si conseguimos que te quedes en Londres, podríamos hacerlo. ¿Me darías un apellido de verdad?

Byron se echó a llorar de pronto.

—Ey...

—Ya lo tienes. El mío, de mi padre, y el de mi madre si quieres también. Ya no serás más Rachel de ninguna parte. Somos tu familia, todos nosotros.

—Gracias... —Rachel también sollozó, de pura felicidad.

Por la noche volvieron al hotel. Byron puso su canción e hicieron el amor escuchándola, una y otra vez hasta quedarse abrazados en la oscuridad de la noche.

Rachel miró el reloj y sonrió.

—Byron...

—Dime...

Él la rodeó con su brazo, atrayéndola hacia sí.

—Despiértame cuando llegue septiembre...

Septiembre llegó, la luz se filtró por las ventanas. Byron despertó, pero Rachel ya no lo hizo...

## Capítulo 31

Alan tenía al lado a Denise, en el lecho. La luz del sol se derramó sobre su piel pecosa, y su rostro dulce. La miró enamorado y le tocó el cabello que tenía sobre la cara, apartándolo.

—Rachel... —susurró. Denise no movió un músculo, quedándose completamente quieta—. Rachel... —insistió su compañero.

Él asió a Denise con ansiedad.

—No, no, no, no —empezó a negar. Ella le escuchó jadear por el nerviosismo, abrazarla contra sí y sollozar sobre su cuello, mientras dejó caer todo su cuerpo como si estuviera muerta.

Alan la dejó sobre la cama y le tomó el pulso, también poniendo la cabeza sobre su pecho y tocándole la muñeca.

Luego lo sintió moverse y llamar por teléfono pidiendo una ambulancia. Tras eso, él la abrazó nuevamente, con intensidad, hasta que el director cortó la toma.

Alan se limpió los ojos con el dorso de la mano, mientras Denise se erguía.

—¿Estás bien?

—No —se puso a reír de pronto—. Esta escena me dejó un poco KO cuando la leí. Estuve mirando al techo un buen rato.

—Qué mono...

Anderson se acercó a ellos, contento.

—¿Todo bien, Alan? Ha sido muy buena toma.

—Sí, todo bien. Es que me da pena. Pienso en si me pasara a mí... —miró a Denise y ella se sonrojó.

—Venga, hemos terminado por hoy. Mañana al hospital a grabar. Estamos casi acabando el rodaje. Os quiero agradecer vuestra profesionalidad y buen hacer. Denise, has sido un enorme descubrimiento.

—Gracias, de verdad —se sintió avergonzada.

—De ti no digo nada, Alan.

—¿Gracias?

Se echaron a reír.

—El Byron perfecto —le guiñó un ojo. Luego se marchó a seguir trabajando.

Denise y Alan se cambiaron. Estaban rodando en el mismo hotel en el que se hospedaban todos, incluido él.

—Alan... He hablado con mis padres esta mañana. Y se lo he contado.

El actor puso cara de pánico.

—Espero que no me culpen de destruir tu boda y tu relación con Brendan.

—No, no. Kerry-Ann ya les explicó la situación. Y quieren conocerte. Bueno, si te apetece. Tal vez sea pronto.

—Quiero conocerlos. Aunque a mi madre solo le conté que me iba a divorciar de Rebecca... No le he hablado de ti.

Denise se quedó algo tristonza.

—No es que no quiera... A ver, ella también se divorció de mi padre biológico y rehízo su vida. Lo que pasa es que aprecia muchísimo a mi ex. Y

creo que debo decírselo cuando vaya a visitarla la semana que viene.

Ella asintió, entendiendo su proceder.

—¿Quieres que antes demos una vuelta por Londres?

—Me gustaría ir al restaurante italiano. Y a la Noria... Y al Beer Bar.

—Y a mi casa...

—Y a tu casa...

En primer lugar, subieron a la enorme noria. Alan le tocó la mano a Denise, cogiéndola con fuerza.

—La primera vez que estuvimos así —dijo cuando ella le sonrió—, deseé darte a entender que me gustabas, con este sencillo gesto. Pero no fui capaz... Porque aún no estaba seguro de si yo te atraía igual.

—Sí me atraías...

—¿De verdad?

—Desde que te vi en el Beer la noche que inauguré la exposición fotográfica. Si ya me parecías guapo en la foto, imagina hablar contigo, tener tu cuerpo cerca, pedazo de tonto.

—Qué bonita estabas en esa ocasión.

Denise sonrió y bajó la cabeza, pegándose a él en un acto de cariño público. Alan le pasó el brazo por la cintura.

—Si te reconocen, va a ser un lío que te vean conmigo.

—Nick me mataría... Pero hoy me da igual todo. Estoy de paseo con mi chica.

Tras el paseo, fueron al restaurante. Denise solo había acudido allí con su hermana Kerry-Ann, desde que fue con Alan.

El dueño los vio entrar y le dio la mano al actor, muy contento.

—Pero ¡qué alegría! —exclamó—. ¿Por qué no vinisteis juntos antes?

—Estábamos muy ocupados rondando películas —se excusó ella.

—Denise, querida bambina, he visto que pronto estrenarán una serie en la que eres la protagonista. Mis nietas están entusiasmadas.

Denise se puso roja.

—Luego me firmas unos autógrafos. A cambio, invita la casa.

—No, pero... Pepe...

—¡Nada! Invita la casa. Pedid cuanto gustéis.

Se fue silbando, contentísimo de hacer felices a sus pequeñas.

Pidieron y charlaron, riendo, tocando sus manos como la otra vez.

—¿Te diste cuenta de cómo nos acariciábamos los dedos?

—Fue lo más natural entre nosotros. Sentí que debía ser así... —dijo Denise.

Alan le cogió la mano y se la besó.

—¿Me concede este baile, señorita Bennet?

—Usted no baila, Señor Darcy —contestó.

Se echaron a reír.

—Estoy deseando verte actuar como Lizzy.

—¡Qué vergüenza!

—Yo no veo mis películas, ni la serie. Me niego.

—¡En serio!

—Totalmente en serio. Tal vez haga una excepción con la nuestra... Me ignoraré deliberadamente y te observaré a ti, poniéndome celoso de Byron.

—O te ignoras o te pones celoso, pero ambas no son posibles.

—Me pondré celoso entonces. De ese tío feo de la pantalla que te mete mano y te besa con lengua.

—Uy sí, feísimo es. Rachel y yo tenemos un gusto terrible.

—Ya lo creo.

Llegó el postre; tiramisú y profiteroles. Todo casero.

—¿Te dejarás bigote y perilla otra vez?

—Depende... ¿Te gusta?

—Me vuelve loca —dijo, metiéndose un profiterol en la boca y aguantándose la risa.

—Tú sí que me vuelves loco a mí.

Le tendió su mano, y ella posó la suya en la amplia palma. Alan la acarició y apretó levemente, ensimismado.

—¿En qué piensas?

Alan la miró a los ojos, intensamente. Denise sintió un escalofrío de placer.

—En que te amo mucho.

—De verdad... Esto no me había pasado nunca. No de este modo...

—Ni a mí. Ni con Rebecca. Se puede amar muchas veces, pero creo que hay personas que nunca encuentran realmente a la otra persona que los hace sentirse como yo me siento contigo. Así que soy afortunado.

—Eres el amor de mi vida... —musitó Denise.

—Y tú el mío, cariño.

Alan le besó la mano y sonrió.

En el Beer Bar recibieron a Denise con los brazos abiertos.

—¡Nuestra estrella de cine! Mira lo que hemos puesto.

Le señalaron una foto de ella, de la exposición, con Puppy. Al lado estaba la de Alan.

Ambos se quedaron perplejos.

—Ha sido tu hermana Kerry-Ann. Nos lo ha pedido.

La joven se echó a llorar y no pudo parar en un buen rato. Alan la estrechó contra sí y le dio un beso en la cabeza.

—Es Puppy... —musitó la joven.

—Siempre estará contigo.

—¿Es verdad que mandaste a la mierda a Brendan? —preguntó su ex jefe.

—Sí... —dijo, mirando a Alan, que sonrió.

—Me alegro, me pareció siempre un gilipollas. Encima del Liverpool.

—Él es mi pareja ahora —le dio vergüenza decirlo—. Es Alan.

—Sí, he visto la serie de Alan y lo conocí la otra vez. Mucho mejor ahora con el cambio. Sentaos, os invito yo a unas cervezas.

—Esto de ser famoso es bueno. ¡Nos invitan a todo! —comentó mientras se sentaban en una mesa del rincón.

—Eso no es por ser famosa. Es porque te quieren —le dijo Alan—. Porque eres natural, graciosa, amable, fuerte, tierna... E infinidad de cosas.

—Tengo muchas malas también.

—Todos las tenemos. Yo te quiero con todas las buenas y las malas.

—¡Ey! ¿Qué tengo de malo? —se quejó.

—¡Lo has dicho tú! Yo no te veo ninguna. Bueno... Que ocupas mucha cama y me arrinconas. Pero Cooper te ganaba de antes.

—En cambio yo no te veo ningún defecto a ti.

—Si quieres te enumero unos cuantos. Para empezar; soy raro de ver.

Denise negó con la cabeza.

—Para algunas cosas soy muy independiente.

—Me parece muy bien, Alan. No debemos perder nuestra independencia nunca.

—Puedo poner a Cooper por delante de ti... —la probó.

—Genial. El perro depende de que lo cuides.

—Me concentro mucho en los rodajes. A lo mejor no sabes de mí en todo el día...

—Espero tener yo también tanto trabajo a partir de ahora.

—No vamos a vernos todo lo que... desearíamos...

—Lo sé... Pero prefiero pasar contigo dos días al mes, que ninguno en toda mi vida —contestó Denise, tras levantarse y ponerse a su vera, abrazándolo.

—No sé cómo lo vamos a hacer... —Alan se puso triste.

—Ahora estamos juntos, ¿no es así? Pues es lo que importa —lo consoló, acariciando su pelo.

El móvil de Denise sonó y tuvo que cogerlo, pues se trató de su madre.

—Dime, mamá... Vale, ok. Ya vamos.

Colgó y miró a Alan con una de sus caras raras.

—¿Qué?

—Quieren conocerte ya de ya. Son unos ansias.

—Qué vergüenza.

Llegaron a casa de la familia Rains, y les abrió Kerry-Ann, que abrazó a su hermana hasta estrujarla como un limón. Luego se colgó del cuello de Alan, que no supo cómo interpretar el gesto. Pero si Kerry-Ann se mostraba amable es que le caía bien la otra persona.

—¡Estaba deseando veros! ¡Qué monos!

—¿Estás bien? —Denise puso cara de horror.

—Es que... Esto ya es otra cosa. Esto es un novio, Denise. Y no ese gilipollas integral. Ha ido diciendo a todos que le pusiste los cuernos.

—¡Qué! —se indignó Denise.

—Tranquila, ya me he encargado yo de que supieran la verdad.

—Bueno, en parte... —se rio Alan—, se los pusiste un poquito.

Denise le echó una mirada matadora.

—Alan, qué bien tenerte aquí —comentó Kerry-Ann.

Le pasó el brazo bajo el suyo. Denise se puso tontamente celosa.

—¿Sabes qué te digo, hermanita? Que ya no me parece tan feo. Hasta guapo le veo.

—¡Por favor, Kerry-Ann! —se escandalizó.

Alan se echó a reír a carcajadas, cuando entraron a la sala los padres de ambas jóvenes. El hombre se puso serio al ser presentado.

El padre le dio la mano con alegría, y la madre lo abrazó. El pobre se sintió algo abrumado.

Denise se puso a sollozar de pura alegría, al comprobar que su familia aceptaba a Alan como si fuera ya parte absoluta de ella.

La cena fue muy bien, aunque preguntaron muchas cosas al actor, que se

defendió como buenamente pudo.

—Lo siento... —le susurró Denise.

—¿Por qué?

—Te juro que con Brendan no fueron nunca tan amables. Quiero decir que... Bueno, lo fueron, pero contigo están entusiasmados.

—Eso es porque yo les he contado maravillas de él —intervino Kerry-Ann.

—Te voy a matar.

—Solo les conté lo pendiente que estuvo Alan cuando te dio fuerte la endometriosis. Ya sabes lo sensible que es mamá con ese tema. Está agradecidísima.

—No hay de qué... Cualquiera en mi lugar...

—No, no. Denise tuvo dos parejas antes de Brendan que no lo entendieron, y pasaron de ella. Brendan sí la ayudaba, pero... nunca la cuidó así, ¿verdad?

—No, desde luego que no —admitió Denise.

Alan se sintió halagado. Sin embargo, lo que hizo le pareció lo más natural del mundo.

—¡Alan! —habló el padre de Denise—. Sé que voy a tener mucho morro, pero ¿me permitirías hacerte una sesión de fotos?

—¡Papá!

—Tranquila, será un placer. Lo que pasa es que soy un poco feíto.

—Feíto, dice —exclamó la madre—. Eres encantador. Y de feo nada, todo lo contrario. Haces una pareja estupenda con mi hija, que es bien guapa.

—Mamá... —Denise estaba avergonzada.

—Tu madre tiene razón en que eres bien guapa.

—Calla...

La velada fue rodada, e incluso bajaron al estudio de fotografía y el padre de Denise les hizo unas fotos juntos.

El hombre observó, a través de su cámara, cómo Alan miró a su hija, cómo la abrazó. Sonrió satisfecho y tomó las imágenes, tranquilo de saber que ella fuera verdaderamente amada.

## Capítulo 32

Alan y Denise terminaron, aquella noche, en el apartamento de ella, comiéndose a besos.

—Así que esta es tu casa... ¿No me la enseñas?

Denise le ignoró, quitándole la camiseta de manga corta.

—Insisto... —juguetó con ella, cogiéndola del trasero.

—Si quieres te la enseño... Pero tendrás que hacerme el amor en cada habitación... ¿Te ves capaz?

Alan la miró antes de besarla de nuevo y alzarla en brazos.

—Enséñame tu habitación. Empecemos por esa.

Denise se echó a reír a carcajadas, hasta que estas se convirtieron en gemidos.

—Ven aquí, Rachel... —susurró Alan, para sorpresa de Denise.

—¿Te pone que sea Rachel?

—Un montón. Quiero follarte como si fuera Byron —empezó a reírse sin poder parar, sobre el cuello de ella—. Esa escena que rodamos a medias, rodeados de gente... Yo necesito acabarla.

—Hazme el amor, Byron...

Se abrazaron con cierta delicadeza, saboreando cada beso tierno y lento. Mirándose a los ojos, acariciándose el cabello mutuamente. Alan la trató con mucha delicadeza, como si realmente tuviera miedo de dañarla al penetrar su húmeda intimidad.

Le hizo el amor sin brusquedad, y ella a él. Fue distinto a sus anteriores veces, se disfrutaron de una manera diferente, pero excitante.

Estuvieron cerca de dos horas estimulándose mutuamente, aguantándose las ganas de correrse. Pero valió la pena la espera, pues Denise nunca había tenido una sesión de sexo tan romántica y, a la par, excitante.

—Eres mi Rachel... —le susurró Alan—. El amor de mi vida. Nunca te dejaré, ni te abandonaré. Pase lo que pase. Nunca...

Denise le miró, y apretó con fuerza antes de sentir el orgasmo llegar. Pero después comenzó a moverse para darle placer a él, que volvió a empujar con cadencia.

—Y tú eres mi Byron... Que nunca me dejará...

—Denise, nunca había sido tan feliz... —confesó antes de sentir su propio orgasmo. Se derramó dentro de ella, respirando con dificultad.

La joven lo abrazó con fuerza, sonriendo.

—Ahora te voy a dejar que pruebes mi bañera...

Alan se echó a reír.

—¿Vamos a caber?

—Lo intentaremos.

Se levantaron, tras limpiarse, y Denise encendió el termo para que saliera el agua caliente. Puso sales de baño, jabón que generó espuma, y velitas aromáticas. Buscó en el móvil la canción de Byron y Rachel, y la puso en bucle.

Se metieron dentro y el agua se derramó fuera. Denise se apoyó de espaldas en el pecho de Alan, aposentada entre sus largas piernas.

—No cabemos.

—¿Estás incómodo?

—¿Contigo desnuda entre mis brazos? No había estado tan incómodo en toda mi vida —bromeó.

—Este es mi santuario... Solo podía entrar Puppy.

—¿Y Brendan no?

—No.

—Me siento afortunado... —Besó su cuello desnudo, mientras le acariciaba los senos mojados.

—Estás obsesionado con mis pechos.

—Me encantan...

—Tengo poquitos.

—Me encantan —se reiteró.

—Brendan no me hacía sentir tan segura de mí misma.

—No te quería como yo.

—¿A veces no te sientes mal? En el fondo no les fuimos infieles porque las circunstancias lo impidieron, pero...

—Lo sé. Sí, me siento mal. No somos mejores que ellos.

—Sin embargo, siento que a quien ponía los cuernos con él era a ti. Y que me engañabas con Rebecca. ¿No es absurdo?

—Porque estábamos destinados a estar juntos. Al final el universo nos colocó donde debíamos, sin tener que hacer mal las cosas.

—Pronto terminaremos el rodaje... No queda nada. Me da pena, ha sido una experiencia alucinante.

Denise giró la cabeza y buscó los labios de Alan, que se los entregó junto a un beso.

—Mi Byron...

—Mi Rachel...

Denise, con Alan durmiendo a su lado en la cama, quiso leer la última

parte de la historia, antes de rodarla. Pero no repasó el guion, el cual se sabía perfectamente, sino que cogió el libro y buscó el último capítulo antes del epílogo. Se abrió a la historia y se metió dentro.

# ESPERANZA

Byron esperó en la habitación de Rachel mientras le hacían diversas pruebas. El médico fue claro en algo: no sabía si ella volvería a recobrar la conciencia antes de fallecer, ni cuando sucedería esto último.

El recuerdo de los dos últimos días le atravesó el corazón. El destino les brindó muy poco tiempo juntos, fue cruel con ellos.

Tras varias horas, devolvieron a Rachel a su cama, aunque estaba intubada. El doctor le habló de nuevo con claridad:

—Está en coma. A su cuerpo no le sucede nada, pero el tumor ha crecido y ha presionado una zona que la ha dejado del todo inconsciente. He llamado a un médico norteamericano, muy conocido en la comunidad de medicina, que es experto en esto. Le he contado la situación y me ha dicho que viajará hasta aquí para examinarla personalmente. Tengo que enviarle todas las pruebas. Ya hemos conseguido la historia médica de Rachel.

—Yo pagaré todos los costes que hagan falta... —gimió Byron.

La palabra “coma” lo había dejado casi catártico.

—Lamentamos no poder hacer más por ella ahora mismo.

Byron asintió y le dio las gracias por todo, intentando no derrumbarse. Cuanto todos se fueron se permitió llorar sobre el pecho de su pareja, largo rato, mojando las sábanas blancas.

Luego se fue a llamar a su madre, para darle noticias. Ella lamentó mucho lo sucedido, pero nada podía hacer más que consolarlo diciéndole que Rachel no sufriría estando en coma.

Cada día de aquel largo mes, antes de que el médico especialista pudiera acudir a Londres, Byron la pasó con ella casi cada hora, teniéndola que dejar por las noches e irse a descansar al hotel; solo y triste. Rachel mantuvo sus constantes vitales, estando bien atendida, y no pareció padecer en absoluto.

Le ponía siempre la canción, en el antiguo cassette, que sonó un poco mal de tanto rodaje. Byron esperó que, si existía una conciencia dentro de ella, pudiera entender así que seguía esperándola.

El ansiado, y también temido, día llegó; el Dr. Jonson se personó en el hospital y le hizo toda clase de pruebas a Rachel, durante tres días. En

ocasiones las mismas, una y otra vez. Hasta que llegó a varias conclusiones que hizo saber a Byron.

—Me han explicado que es usted su representante legal, Sr. Sadler.

—Sí, así es. Ella no tiene familia, así que yo decido en estos momentos. También soy su pareja sentimental.

El médico suspiró.

—Lo voy a intentar explicar sin tecnicismos médicos, pues sería complicado de comprender.

—Adelante —Byron tragó saliva, acongojado.

—Hay esperanza.

—¿Qué? —No pudo creer lo que escuchó.

—Ese tumor que tiene no es maligno como se creía. Al no poder hacerle una biopsia, es normal que se diagnosticara incorrectamente. Mi colega lo sospechó y por esa razón me habló del caso.

—Entonces, ¿no va a morir?

—Por desgracia no puedo asegurarlo.

—Pero...

—Sé que... le inyectaron una especie de virus ilegal, y luego un antídoto. No sé lo que fue de las dos cosas, empero ha conseguido que la masa sea más pequeña. Ha atacado el tumor. Sin embargo, la masa está presionando su cerebro, que ha entrado en coma para defenderse. La solución sería abrirle la cabeza y quitarle esa masa. Luego aplicar quimioterapia, por si acaso hubiera reminiscencias malignas.

—Hágalo... ¿Dónde he de firmar!

El doctor le detuvo.

—Hay un problema; puede quedarse en coma para siempre, o inválida... o morir en la mesa de operaciones.

Byron se desinfló. Le temblaron las manos.

—¿Y de qué sirve que esté así para siempre? —preguntó—. Prefiero ese riesgo, a verla consumirse por años en una cama.

—Yo la operaría.

Byron le miró.

—Soy bueno. Muy bueno...

—Le pagaré lo que quiera...

—No es eso, es que... está embarazada. De cuatro semanas.

Byron se quedó absolutamente perplejo.

—Si la opero nos arriesgamos a que entre en paro y el embarazo no llegue

a término. Si la mantenemos con vida, y está monitorizada y cuidada, el embrión llegaría a feto y nacería. Lo que no sé es si el tumor volverá a crecer y será imposible devolverle la consciencia, incluso evitar que muera. ¿Qué quiere hacer? ¿Salvarla a ella ahora o al ser que lleva dentro? Imagino que es usted el padre...

—Lo soy...

Byron se quedó en estado de shock.

—Le dejo pensarlo. Llámeme cuando esté seguro de qué hacer.

El médico se fue, dejando al abogado a solas con Rachel.

Se acercó a ella y le asió de la mano, temblando.

El cuerpo inmóvil de la joven siguió en ese estado, como si no supiera que llevaba una vida dentro.

La mano de Byron se posó en su vientre, bajo las sábanas.

—Cariño... Vas a ser mamá... Perdóname, pero... Tengo que elegir y sé que querías una familia... Tu propia familia. Sé que hago lo correcto.

### Capítulo 33

Alan esperó a Denise en el aeropuerto Johnny F. Kennedy de Nueva York, en la zona de salidas. Venía con Kerry-Ann, para la premier de Despiértame cuando llegue septiembre.

Durante aquellos largos meses, no pudieron verse apenas, pues se estrenó una de sus películas y, ella, ganó popularidad rápidamente ante la buena acogida de Orgullo y Prejuicio, que cosechó críticas excelentes, como prácticamente toda producción de la BBCC.

En cuanto a su divorcio, Rebecca decidió no ponérselo tan fácil, pese a quedarse el apartamento de la city, se demoró en firmar los papeles hasta el extremo de tener que ir a hablar con ella en persona, para ver qué quería. Solo llegó a la conclusión que lo hacía por despecho. Para colmo, su propia madre no estaba de acuerdo con aquella separación y no deseó conocer a Denise, que se sintió muy afectada al no entender qué podía tener contra ella, y más viniendo de una mujer que se divorció de su ex marido muchos años antes.

Por lo tanto, Alan siguió casado.

Pese a todo ello, Denise y él habían conseguido mantener su relación en el anonimato, pero el hombre ya se estaba cansando.

Las hermanas Rains salieron con sus maletas por una de las puertas. Alan y

Denise se abrazaron solamente, con fuerza, deseando besarse. Llevaban cerca de dos meses sin verse.

—¿Ha ido bien el vuelo?

—Sí —dijo Kerry-Ann—, sin problema.

Pero algo pasaba, porque Denise parecía entristecida.

—¿Estás bien? ¿Tienes la regla?

—No, no es eso. Vayámonos...

Fueron hasta el aparcamiento y Alan guardó las maletas en su coche, y luego partieron camino del hotel para dejar a Kerry-Ann.

—¿Me lo vais a decir ya? Me tenéis en vilo.

—Brendan fue a la prensa amarilla británica y contó lo vuestro. Que durante el rodaje os enrollasteis y les fuisteis infieles a Rebecca y a él.

—¡Hijo de puta! —Alan le pegó un golpetazo al volante.

Denise se echó a llorar, desconsolada.

—Lo siento... —sollozó esta.

—Cariño mío —dijo Alan, acariciándole la mejilla mojada—. No es culpa tuya que sea un aprovechado.

—Se han ensañado conmigo... Harry sido crueles... Se han metido con mi aspecto, con mi interpretación de Lizzi, me han llamado roba maridos... Y la gente, en mis redes sociales, ha empezado a insultarme...

—Joder, ¡cómo no me he enterado de esto!

—Porque no tienes redes, Alan —dijo Kerry-Ann—. Y fue todo ayer. Denise no quiso contártelo hasta llegar.

—Nick se enterará en cuestión de tiempo —llegó a la conclusión Alan—. Voy a llamarlo.

Usó el manos libres y esperó.

—¿Ya has recogido a las chicas? —preguntó el representante.

—Tenemos un problema, Nick. La prensa amarillista inglesa ya sabe que Denise y yo estamos juntos. El ex novio se ha ido de la lengua y ha contado mentiras para desprestigiarla.

—¡No me jodas!

—Gestiónalo como puedas o salpicará a la premier, por favor.

—Déjalo en mis manos.

Luego colgó.

—Estate tranquila, Denise... —asíó su mano.

Llegaron al hotel y dejaron a la modelo que, aprovechando la reciente popularidad de su hermana, había conseguido más trabajo y tenía una sesión en

Nueva York para una reconocida marca de ropa. La volverían a ver en el preestreno, a la noche siguiente.

—¿Has vuelto a hablar con Rebecca? —Denise intentó serenarse.

—No quiere hablar conmigo. Ya le he pedido al abogado que fuerce el divorcio. Al haberle cedido la posesión del apartamento, no tenemos nada más en común. Simplemente demora la firma para jodernos.

—No lo entiendo... ¿Qué gana haciendo eso?

—Desde luego no es la mujer de la que me enamoré hace años, se ha vuelto una amargada —escupió Alan, cabreado.

—¿Sigue viviendo en el apartamento?

—Sí.

Denise tomó nota mental de aquello y decidió hacer algo arriesgado.

Llegaron a casa de Alan, y este aparcó en su propiedad. Cooper estaba fuera, ya que hacía buen día, y no paraba de ladrar. Pero Alan se quitó el cinturón de seguridad y enseguida besó a Denise con ansia. Ella le devolvió todos los besos con igual anhelo.

—Cooper se va a volver loco... —rio ella.

—Yo sí que me estoy volviendo loco. Te lo haría aquí mismo en el coche.

—¡No cabemos! Alan... —Este le había metido la mano bajo la camiseta, buscando uno de sus pechos, mientras la besaba.

Cooper seguía ladrando como un desesperado. Al final, el hombre tuvo que aguantarse las ganas y salir. El perro se le echó encima, y luego fue a por Denise.

—¡Dios! Qué desesperación tiene.

—Te quiere tanto como yo. Hacía mucho que no te veía...

—Vamos, guapo, vamos dentro...

Alan sacó la maleta de su chica y entraron los tres en la casa.

—¿Quieres jugar, guapo? —Denise le tiró una pelotita por el pasillo. Cooper derrapó hasta alcanzarla, y se la trajo a toda velocidad.

—Cooper, me estás quitando protagonismo. Esta tía buena es mía, no tuya. No te voy a permitir que me la robes con tanto descaro.

Denise observó a Alan, que estaba muy serio mirando a Cooper. El perro, sentado en las patas traseras le miró, con la lengua fuera, lloriqueando. El perro sabía que estaba siendo cuestionado, aunque no entendía qué había podido hacer para disgustar al jefe de la manada.

—Ella es mi novia, Cooper.

Este miró a Denise, como si le hubiera entendido.

—¡Pobrecito! ¡Vale ya! —La joven empujó a Alan y luego abrazó al perro por el cuello, acariciándole el lomo, con unas palmaditas fuertes, como a él le gustaba.

Alan le dio una golosina, para que se sintiera perdonado. El perro movió la cola, contentísimo por haberlo arreglado, sin saber cómo.

Denise se vio agarrada por detrás y levantada del suelo.

—¡Alan!

Este no dijo nada, solo la lanzó sobre la cama y cerró la puerta tras de sí. Se quitó la ropa sin decir palabra, mientras Denise lo miró, divertida y excitada. Él fue, desnudo, hasta ella y la despojó de todas las prendas molestas, tirándolas por los aires a propósito.

—Estoy harto del sexo por webcam, de las fotos guarras y de los audios pervertidos. Ya he tenido de eso por un tiempo. Quiero dejar de masturbarme como un mono salido, y follarte entera.

—Tu romanticismo brilla por su ausencia —bromeó Denise, agarrándolo por el trasero y apretándose contra su pecho, con sus senos desnudos.

—Luego te hago el amor románticamente, ahora no puedo. Te quiero abierta de piernas y escucharte gozar.

Aquello excitó a Denise hasta límites insospechados. Ella también estaba harta de masturbarse en sesiones de sexo a distancia, y se moría por sentir su dureza dentro.

Alan lamio su piel, y la besó. Con las manos recorrió cada centímetro de su piel levemente pecosa. No fue ni tan rápido ni tan brusco como le quiso hacer creer, sino que la trató con adoración antes de penetrarla.

Ella se maravilló del cuerpo de él, de sus lunares tan bien colocados, de su piel, su vello corporal, de su musculatura. Y aunque no hubiera tenido un cuerpo tan privilegiado, le hubiera amado igual, porque por dentro era el hombre más romántico, dulce, sexy y entregado del mundo.

—¿En qué piensa mi preciosa?

—En que te quiero muchísimo.

Alan la penetró de golpe, haciéndole soltar un gemidito. El calor de su vientre se intensificó y no pudo evitar tener espasmos en la vagina.

—Cuando haces eso me estimulas muchísimo... —musitó él, sobre su boca abierta.

—¿Hacer qué...?

—Eso con tu coñito. Apretarme...

—¿Esto? —hizo toda la fuerza que pudo con los músculos vaginales.

—Eso... Joder, nena... Estoy muy salido.

Denise se echó a reír de tal forma, que no pudo parar, incluso se le saltaron las lágrimas. Alan hundió la cabeza en su cuello y se convulsionó también, a carcajadas.

—Echaba de menos tu risa, preciosa. Eso sí que me pone tonto.

La empujó con cada vez más fuerza, apoyando la mejilla en la de ella, que jadeó de deleite.

—¿De verdad puedo volver a correrme dentro de ti?

—Sí... siempre.

Alan le giró la cara hacia él, y atrapó sus labios calientes. No volvieron a decir ni una palabra, solo se sintieron.

Denise musitó que iba a correrse, justo antes del momento álgido. Alan continuó haciéndole el amor hasta alcanzar su propio y esperado orgasmo, derramando todo su semen en el interior de la chica.

—Me tranquiliza que tomes la píldora... —dijo de pronto—. Siento ser tan egoísta.

—La ginecóloga me dijo que podía probar unas nuevas... Que no agravarían la endometriosis.

Alan limpió a Denise con cuidado, y se aseó él. Luego echó la sábana por encima de ambos, para no coger frío.

—He pensado... en hacerme una vasectomía.

Denise se quedó perpleja.

—Pero...

—Técnicamente son reversibles. Eso evitaría que tuvieras que tomar algo que no te fuera bien.

—¿Harías eso por mí?

—Claro que sí.

—No es algo habitual...

—Solo me importa tu bienestar. Si en algún momento... hay una cura y quieres... Quieres que tengamos un hijo...

Denise alucinó.

—Dijiste que no querías tenerlos.

—Ahora no. Tampoco pienso mucho en el futuro a largo plazo. Sin embargo, no podemos saber lo que queremos dentro de unos años.

—¿Te imaginas conmigo dentro de años?

Alan le acarició el cabello castaño.

—Toda la vida...

Ella sonrió, besándolo en la comisura de sus sensuales labios.

—No soy hombre de relaciones cortas... Hasta hace no tanto tiempo, pensaba que estaría con Rebecca para siempre...

—No siento en absoluto haberme cruzado contigo, ni haberte fastidiado eso...

—Ni yo. Estoy mejor de lo que he estado nunca. Pero llevo mal estar separado de ti. Lo reconozco.

—No es sencillo. Yo tampoco, y eso que apenas veía a ese hijo de puta de Brendan.

Se mordió el labio, cosa que hacía cuando estaba enfadada de veras.

—Que digan lo que quieran. La gente opinará sin contar con nosotros. Por eso no tengo redes sociales.

—Me las voy a tener que quitar. Si ya me afecta una mala crítica de un hater gilipollas, imagina de personas que me tachan de roba maridos y engaña novios.

La ansiedad volvió de pronto y empezó a hiperventilar.

—Ey, ey... Estás aquí conmigo. Estás bien, aquí a mi lado. No seas tonta, vamos...

—Perdona, ha sido una experiencia terrible.

—Lo solucionaré, te lo prometo.

Alan decidió hacer algo arriesgado, que no sabría si Denise aceptaría. Pero tenía que hacerlo, se lo pedía el corazón.

## Capítulo 34

Denise, tras dormir varias horas con Alan, cansada como estaba del viaje, le pidió a este que la llevara al hotel de su hermana, que había quedado con ella. Realmente fue una mentira, lo que hizo fue hablar con Nick y pedirle la dirección de Rebecca. Este fue reticente a dársela, pero finalmente lo hizo, a escondidas de Alan.

Por lo que, ni corta ni perezosa, la joven actriz se aseguró de que estuviera en casa y se fue hasta allí.

Al llamar al telefonillo, Rebecca tardó en abrir. Probablemente porque esperaba a Nick, no a ella. Pese a eso, le permitió el paso.

Al salir del ascensor, Rebecca la esperó en el marco de la puerta de su

casa.

—¿Podríamos hablar?

—Adelante —la mujer le permitió el paso. Luego le indicó que se sentara en el sofá.

—¿Quieres algo para tomar?

—No, muchas gracias.

—Me imagino por qué estás aquí.

—Primero quiero que perdones a Nick... Se lo pedí de forma desesperada. Es un cacho de pan.

—No te preocupes por eso. Imagino que Alan no sabe nada...

Ella negó con la cabeza.

—No le gustan las mentiras, Denise.

—Lo sé. Pero se lo contaré luego.

—Quieres saber por qué no firmo el divorcio.

—Sí...

Rebecca se levantó y fue a por una carpeta. La abrió y dentro estaban los papeles. La firma de Alan estaba allí plasmada, pero al lado faltaba la su mujer.

—Me da la casa, tenemos finanzas separadas... No hay hijos... Cooper está a su nombre exclusivamente... Entonces... Yo sigo sin firmar y no entiendo la razón.

—Yo sí la sé. Son muchos años juntos... Es complicado dejarlo marchar del todo, romper el único vínculo que sí os une.

—Sí... Has acertado. Me resisto a romperlo. Sé que no volverá conmigo, que está contigo.

La mujer tragó saliva, se la vio afectada. No le pareció a Denise una malvada ex pareja, solo una mujer entristecida.

—No te mentaré, Rebecca... Él y yo nos enamoramos cuando estabais separados. Yo iba a hacerle lo mismo a mi ex, que hiciste tú con Alan; ser infiel. Así que te comprendo. Y también lo mal que te sientes. Pero ¿por qué tú a Alan? Yo no estaba bien con Brendan, en realidad no le amaba.

—Yo sí quería a Alan. Solo que me sentí confusa. Richard, el hombre con quien le fui infiel, realmente me quería. Luego me di cuenta de que yo no, de que seguía enamorada de Alan. Le dejé, le rompí el corazón, y le rogué a Alan volver. No había manera. Luego de saber lo vuestro, me di cuenta de que si volvió conmigo fue para olvidarte a ti.

—Cuando volvimos a vernos en Londres, la segunda vez, él me dejó claro

que no podía haber nada entre ambos. Pero sí que es cierto que en Portland volvimos a las andadas, porque nos anhelábamos. Entonces apareciste tú. Y te lo agradezco, Rebecca.

—¿Por qué?

—Porque evitaste que cometiéramos errores. Finalmente, no pudimos más, él te dejó y yo abandoné a mi ex.

—Veo que realmente estás enamorada.

—Es más que eso. Le considero el amor de mi vida.

—¿Y tú lo eres para él?

Denise asintió.

—A mí eso jamás me lo dijo...

—Lo siento.

—No lo sientas. Tengo toda la vida por delante, para permanecer sola cuando lo desee, y en pareja cuando lo crea conveniente. Alan fue el amor de mi vida, pero puedo estar equivocada, pues no supe conservarlo. Me alegra oírte que él lo es para ti.

Se quedaron calladas unos segundos, mirándose.

Rebecca cogió un boli que tenía en la mesita, y firmó todas las copias del divorcio. Luego las metió en una carpeta y se la tendió a Denise. Esta la cogió.

—Gracias...

—Gracias a ti, por fin he podido pasar página.

Después de aquello, Denise se fue con Kerry-Ann a tomar algo y le explicó lo sucedido.

—Estás como una cabra, Denise.

—Pero lo he conseguido.

Apretó contra su pecho los papeles.

Unas jovencitas se acercaron a la mesa y miraron a Denise, que entró en pánico.

—¡Tú eres la que hace de Lizzy!

—Sí...

Se pusieron súper contentas.

—¡Eres la mejor Lizzy que ha habido! Nos encantas. ¿Podemos hacernos unas fotos contigo? ¿Nos firmas autógrafos en las servilletas?

Denise lo hizo de mil amores, emocionada. Salió con las jóvenes, sonriente, exultante, haciendo el tonto con ellas.

Kerry-Ann sonrió, encantada de ver a su hermana disfrutar del estrellato,

no solo sufriendo por los haters.

Al irse las muchachas, se puso a llorar de alivio.

—¿Te creías que todo el mundo te odiaba? Qué tonta —le dijo, abrazándola.

—Me tengo que ir, Kerry-Ann... Me esperan en el hotel donde están todos, para hacernos unas entrevistas, y luego tenemos la cena de gala.

—Dime que estará Johnny.

Denise se quedó perpleja.

—¿Te gusta?

—Bueno, es un tío muy divertido... Y está soltero... Por ahora.

—¡No me lo puedo creer!

—Ey, soy libre. Tú no, tú no puedes ni tocar ni mirar a otros.

—Ni falta que me hace. Nos vemos.

Denise esperó a poder coger un taxi, pues en la city era complicado sin pegarse con los demás, y se fue.

Alan llegó al hotel, vestido con traje y corbata de color negro, y camisa blanca. Denise le dijo que estaría lista en unos minutos, y bajó junto a Katya. Ambas estaban guapísimas.

Silbó al verlas.

—Katya, vaya cambio en comparación con Roselyn.

—Tú estás igual de tonto —le contestó, divertida.

Unos brazos rodearon a Alan por detrás.

—Mi querido Alan, ya sé que me echabas de menos —dijo Oscar, sin soltarlo.

—Me incomodas.

—Lo sé y me encanta.

Después aparecieron todos los demás actores, los productores y el director con sus ayudantes.

La cena fue amena, llena de selfis y risas.

Alan y Denise se hicieron una con cara de borrachos, pues habían bebido más de la cuenta. Tanto que no se preocuparon de mantener las apariencias.

Denise se sintió libre, pues Alan ya lo estaba del todo, a la espera de la sentencia de divorcio que era tiro hecho. Y él estaba tan enfadado con “el qué dirán”, que se soltó la melena, literalmente.

La besó en público y fueron jaleados por los que lo sabían. JR. Anderson los aplaudió mirando al techo.

—¡Ya era hora, Dios mío! Sois peor que Rachel y Byron —comparó.

—¿Se nos notaba mucho?

—La tensión sexual entre ambos era brutal mientras rodabais. Sois buenísimos actores, pero la película os fue al dedillo. Y yo que me alegro, casi no tuvimos que repetir escenas.

—Gracias, JR.

—Gracias a vosotros por ser así de buenos.

La velada terminó y Denise acompañó a Alan a su casa, donde se quedó a dormir. Tras pasear juntos a Cooper a horas intempestivas, por demanda del perro, se acostaron.

Denise decidió entonces darle la carpeta.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo...

Alan sacó las hojas del divorcio, firmadas. Luego la miró a ella, perplejo.

—Cómo...

—Fui a hablar con ella. Y las firmó.

Alan abrazó a Denise con fuerza.

—¡Me vas a espachurrar!

—Te quiero, nena, te quiero.

Besó sus labios repetidas veces.

—Creí que te enfadarías...

—¿Enfadarme? Has conseguido que firme. Dios mío, gracias.

—Uf... Me quedo más tranquila.

—Cariño, eres la mejor.

Besó sus labios con fuerza y a la abrazó contra sí. Denise se sintió dichosa por fin; se quitó un gran peso de encima.

El día del preestreno llegó y la sala de cine estaba a tope de todo tipo de gente; críticos, invitados, actores, miembros del rodaje, los productores, el director, el autor de la historia, prensa y un largo etcétera.

Todos fueron pasando, con sus respectivas parejas o acompañantes. Johnny lo hizo con Kerry-Ann, armando un gran revuelo.

Pero lo fuerte llegó cuando Alan Davies salió de la limusina y le tendió la mano a una elegantísima Denise Rains. Él la sujetó por la cintura, para dar a entender que estaban juntos. Ella lo miró con una gran sonrisa.

Saludaron a todo el mundo y se acercaron a los fans. Alan tenía más fans

femeninas de lo que él podía esperar.

Siguieron caminando, cogidos de la mano. Antes de entrar, Denise le dio un beso a Alan en los labios, que él le devolvió con ímpetu.

Que la prensa publicara lo que le diera la gana.

Se sentaron junto a JR. Anderson y su esposa. Alan no le soltó la mano a Denise en ningún momento.

—Has conseguido que vea una película mía.

—Ya era hora.

—En verdad vengo porque me encanta la actriz protagonista. Denise Rains, se llama. Es británica.

—¿Es buena?

—Sí, está muy buena.

—¡Alan! —le pegó manotazo en el hombro, mientras rio a carcajadas.

—Shhh, va a empezar —le dio un beso en la mejilla. Ella giró la cabeza y tomó sus labios, mientras la historia de Rachel y Byron dio comienzo.

## Capítulo 35

# DESPERTASTE EN SEPTIEMBRE

*Dicen que el desino puede ser cruel. Y lo fue con Rachel y conmigo. Pero también nos dio algo tan preciado como una familia. Nuestra hija; Pamela. No fue fruto de un embarazo complicado, aunque hubo momentos durante la cesárea en los que se temió por la vida de Rachel, ya que llevaba 9 meses en coma postrada en una cama.*

*Pamela me devolvió la esperanza de vivir. Tenía unos enormes ojos verdosos, y le comenzó a crecer un buen cabello negro, como el mío. Estaba sana, que era lo que más me importaba en ese momento.*

*Cuidé de nuestra hija, como padre y como madre.*

*El Doctor consideró que, tras una cirugía, era mejor esperar a hacerle otra mucho más complicada, por lo que pasaron cerca de tres meses hasta que esta se dio lugar.*

*El día llegó y allí estábamos Pamela y yo, junto a mi madre Laurie. En espíritu estaban todos los amigos de Rachel también, pero no se les permitió salir del país dadas las circunstancias del año anterior.*

*—Todo saldrá bien —me dijo mi madre, mientras sujetaba a mi bebé entre sus amorosos brazos.*

*—Ya me he hecho a la idea de que nunca despertará. De que me pidió dos veces que la despertara cuando llegara septiembre y no cumplí... Una vez por cobardía, y la otra porque el destino me la tenía jurada.*

*—Lo sabremos pronto, cariño...*

*Mi madre me tocó el cabello, intentando serenarme, pero la desazón me hizo no tener esperanzas de ver a Rachel de nuevo despierta y feliz.*

*Las horas se hicieron eternas. Mi madre se llevó la pequeña a casa, porque no podía estar allí velando a su madre siendo tan solo un bebé.*

*El médico salió de la operación y yo creí desmoronarme de los nervios.*

*—Está viva —fue lo primero que dijo—. Le he quitado la masa tumoral y se le ha hecho una biopsia. Los resultados estarán mañana, pero por la experiencia diría que es un tumor benigno. Ahora está en coma inducido.*

*—¿Y se va a despertar? —pregunté, esperanzado.*

*—Imposible saberlo hasta no sacarla del coma.*

*—¿Cuándo podrá ser eso?*

*—Ahora mismo no se lo puedo decir con total seguridad. Primero se le*

*han de reestablecer las constantes. Lo que le he hecho ha podido afectarle a cualquier nervio o zona cercana, así que no sabemos... No sé si estará bien al despertar, si es que lo hace.*

*Tuve que aceptar que Rachel podía despertarse con alguna deficiencia o seguir siendo un vegetal hasta el día de su muerte.*

*Pasó entonces una semana antes de sacarla del coma inducido, cuando determinaron que no sufriría.*

*Le habían tenido que rapar el pelo y tenía la cabeza vendada.*

*Durante días siguió como si tal cosa.*

*Por otro lado, las pruebas físicas básicas indicaron que no habían tocado ningún nervio ni parte del cerebro importante.*

*Septiembre llegó de nuevo, pero no pude despertar a Rachel.*

*Una tarde dejé a la niña en su cunita, al lado de la cama de Rachel. Le puse nuestra canción y me quedé dormido escuchando la letra de Richard Marx.*

*Los océanos se apartan un día tras otro,  
y yo lentamente me vuelvo loco.*

*Oigo tu voz en la línea  
pero eso no hace que el dolor se detenga.*

*Si casi nunca te veo  
cómo podemos decir: para siempre.*

*A donde quiera que vayas,  
cualquier cosa que hagas  
estaré justo aquí esperándote.  
Todo lo que sea necesario,  
o de cualquier forma en que mi corazón se rompa,  
estaré justo aquí, esperándote.*

*Lo di por hecho durante todo el tiempo  
pero pensé que de alguna manera duraría.*

*Oigo la risa, pruebo las lágrimas,  
pero ahora no puedo acercarme a ti.*

*Oh, ¿no puedes verlo, cariño?  
me estás volviendo loco.*

*A donde quiera que vayas,  
cualquier cosa que hagas*

*estaré justo aquí esperándote.  
Todo lo que sea necesario,  
o de cualquier forma en que mi corazón se rompa,  
estaré justo aquí, esperándote.*

*Me pregunto cómo podríamos sobrevivir  
a este romance.*

*Pero al final, si estoy contigo,  
aprovecharé la oportunidad.*

*Oh, ¿no puedes verlo, cariño?  
me estás volviendo loco.*

*A donde quiera que vayas,  
cualquier cosa que hagas  
estaré justo aquí esperándote.  
Todo lo que sea necesario,  
o de cualquier forma en que mi corazón se rompa,  
estaré justo aquí, esperándote.*

*Esperándote.*

*—Byron... —su voz quebrada me despertó—. ¿Ya es septiembre? ¿Por  
qué no me has despertado?*

*La miré sin poder creerlo y se me llenaron los ojos de lágrima. Cogí la  
delicada mano que me tendía, y la besé con devoción. Luego la besé a ella,  
que me miró con ojos vidriosos.*

*—Sí, cariño, es septiembre.*

*—¿Qué me ha pasado? ¿Me volví a quedar sin sentido?*

*—Algo así... —sonreí sin dejar de llorar.*

*Pamela hizo un sonidito, quejándose por no ser atendida.*

*Rachel me miró cogerla, sin entender nada. No recuerdo bien cómo se lo  
expliqué, solo sé que se echó a llorar y sujetó a su bebé sobre su pecho, con  
delicadeza.*

*Desde aquel día, a principios de septiembre, Rachel y yo no volvimos a  
separarnos. Ahora veo a mi hija, de 17 años, que es igual que su madre, pero  
con mi pelo negro. Y también veo a mi mujer. Nunca volvimos a Estados  
Unidos, nos quedamos en Londres.*

*Rachel me mira siempre igual que cuando nos conocimos. Y, cada año, a  
finales de septiembre, ella me pide que la despierte cuando llegue el nuevo  
mes. Y yo la despierto.*

## Epílogo

Tras finalizar el metraje, Alan se subió al escenario. Se sintió realmente nervioso, no le agradaban nada en absoluto las apariciones públicas, pero el momento valió la pena. Denise lo miró, incrédula. Observó a los demás, que se partieron de risa.

—Bueno, todos sabéis que no me gusta hablar en público. Pero... Esta película, este libro, fueron especiales para mí. La novela se la regalé, a finales de agosto del año pasado, a la mujer de mi vida. Y rodé la película con esa misma mujer.

Denise le observó, sin poder creerse que Alan estuviera contando aquello al público presente, que permaneció callado y en vilo.

—Al principio ella tenía pareja, y yo estaba separado. Después ambos teníamos pareja, pero seguíamos enamorados el uno del otro. Así que les dejamos para poder estar juntos. Esto lo cuento para los que especularán que fuimos infieles, pero no es así en absoluto. A parte de esta intimidad, el libro me hizo ver que no hay que dejar pasar el amor verdadero. Me ayudó profundamente a tomar decisiones durante el rodaje que cambiaron mi vida. Denise, por favor, sube conmigo.

Todos la aplaudieron, emocionados, cuando ella se levantó y subió al escenario, cogiendo la mano que Alan le tendió. Sonrió, muriéndose de vergüenza.

—¿Algo qué decir? —le pasó el micrófono.

—Que te voy a matar.

La gente empezó a reírse.

—Bueno, ahora en serio, Denise. Yo soy como Byron, o como Mr. Darcy, que se declararon de la peor forma posible. Que no serían capaces de pedirle a Rachel, y a Lizzy, que se casaran con ellos de forma normal.

Alan la miró fijamente tras decir aquello. La mujer se quedó sin palabras.

Se oyó a Oscar decir: “¡Di que sí, Denise!”.

Ella asintió sin poder hablar, por la emoción. Alan la abrazó contra él.

—Gracias a todos por haber venido. Esperamos que ambos finales os hayan gustado —terminó por decir Alan, antes de bajarse del escenario, cogido de la mano de Denise.

Fueron rodeados por todos sus amigos y compañeros.

Kerry-Ann estrechó contra sí a su hermana, muy feliz. Oscar palmeó la

espalda de su compañero, emocionado. Finalmente, Denise y Alan volvieron a encontrarse entre la muchedumbre que los rodeó.

Se miraron como si estuvieran solos en el mundo. Alan sonrió, como la primera vez que se conocieron. Ella le besó largo rato, mientras él la estrechó con toda su alma.

*A donde quiera que vayas,  
cualquier cosa que hagas  
estaré justo aquí esperándote.  
Todo lo que sea necesario,  
o de cualquier forma en que mi corazón se rompa,  
estaré justo aquí, esperándote.*

*Me pregunto cómo podríamos sobrevivir  
a este romance.*

*Pero al final, si estoy contigo,  
aprovecharé la oportunidad.*

*Oh, ¿no puedes verlo, cariño?  
me estás volviendo loco.*

*Despiértame cuando llegue septiembre  
Fin*

### **Otros títulos de Laura Barcali:**

*Despiértame cuando llegue septiembre*

*Cómo has cambiado mi mundo*

*Ángeles y Vampiros*

*Susurro de besos*

*La Flor del Mal*

*No te escondas*

*Confesiones*

*Razas*